



# **Comentario a Efesios**

## **Ernesto Trenchard**

# Tabla de contenidos

---

<b>Tabla de contenidos</b>	<b>2</b>
<b>Prólogo del autor-editor</b>	<b>7</b>
<b>Introducción a la epístola a los Efesios</b>	<b>9</b>
<b>Observaciones preliminares</b>	<b>9</b>
<b>La paternidad literaria de la epístola</b>	<b>9</b>
<b>Los destinatarios de la carta</b>	<b>11</b>
<b>El origen y el propósito de la epístola</b>	<b>12</b>
<b>El propósito principal</b>	<b>13</b>
<b>Efesios y Colosenses</b>	<b>13</b>
<b>La ciudad de Éfeso</b>	<b>15</b>
<b>La fundación de la Iglesia en Éfeso</b>	<b>15</b>
<b>Análisis de la Epístola</b>	<b>17</b>
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>17</b>
<b>El propósito eterno de Dios en Cristo (Efesios 1:1-14)</b>	<b>18</b>
<b>Salutaciones (Ef 1:1-2)</b>	<b>18</b>
1. El autor de la carta	18
2. Los receptores de la carta	18
3. Los términos del saludo	19
<b>El plan divino para los siglos (Ef 1:3-14)</b>	<b>19</b>
1. Consideraciones generales	19
2. La doxología (Ef 1:3)	20
3. La elección en Cristo (Ef 1:4-6)	21
4. La base y la finalidad cósmica del plan (Ef 1:7-10)	23
5. La coordinación futura de todas las cosas en Cristo (Ef 1:9-10)	24
6. La herencia de Dios preordinada en Cristo (Ef 1:11-14)	25
7. Creyentes judíos y gentiles forman parte de la herencia (Ef 1:11-13)	26
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>28</b>

<b>Oración de Pablo en base al plan revelado por Dios (Ef 1:15-23)</b>	<b>29</b>
<b>La primera oración de Pablo (Ef 1:15-19)</b>	<b>29</b>
1. El preludeo a la oración (Ef 1:15-16)	29
2. Peticiones de importancia fundamental (Ef 1:17-18)	29
3. Tres peticiones detalladas (Ef 1:18-19)	30
<b>La preeminencia del Cristo glorificado (Ef 1:20-23)</b>	<b>32</b>
1. Consideraciones generales	32
2. La exaltación del Cristo (Ef 1:20-23)	32
<b>Temas para recapacitar y meditar</b>	<b>35</b>
<b>De la muerte a la vida por Cristo (Efesios 2:1 - 10)</b>	<b>36</b>
<b>Observaciones generales</b>	<b>36</b>
1. El estado del hombre caído (Ef 2:1)	37
2. El triste camino de los pecadores (Ef 2:2)	38
3. La vida de los rebeldes (Ef 2:3)	39
4. Los móviles del plan de redención (Ef 2:4)	40
5. La realización del plan por medio de la Resurrección (Ef 2:5-6)	41
6. La finalidad del plan (Ef 2:7)	42
7. La salvación: su fuente y su finalidad (Ef 2:8-10)	43
<b>Temas para recapacitar y meditar</b>	<b>45</b>
<b>La unión de judíos y gentiles en un solo cuerpo (Efesios 2:11-22)</b>	<b>46</b>
<b>El enlace conceptual</b>	<b>46</b>
<b>La posición anterior de los gentiles (Ef 2:11-12)</b>	<b>47</b>
1. Los gentiles incircuncisos	47
2. Los gentiles se hallaban separados de Cristo	48
3. Los gentiles eran extraños a la ciudadanía y a los pactos de Israel	48
4. Los gentiles se hallaban “sin esperanza y sin Dios”	48
<b>La posición actual de judíos y gentiles, reconciliados “en Cristo” (Ef 2:13-18)</b>	<b>49</b>
1. El dramático contraste (Ef 2:13)	49
2. Alejamiento y acercamiento	49
3. “Él es nuestra paz” (Ef 2:14)	50
4. El derribo de la pared intermedia de separación (Ef 2:14-16)	50

5. El anuncio de la paz (Ef 2:17)	51
6. El acceso al Padre (Ef 2:18)	51
<b>El nuevo pueblo de Dios (Ef 2:19-22)</b>	<b>51</b>
1. Una patria (ciudadanía) y una familia (Ef 2:19)	51
2. Un edificio (Ef 2:20-21)	52
3. Un templo santo o santuario (Ef 2:21-22)	53
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>53</b>
<b>La revelación del plan al apóstol de los gentiles (Efesios 3:1-21)</b>	<b>54</b>
<b>Introducción (Ef 3:1-2)</b>	<b>54</b>
<b>El misterio de Cristo (Ef 3:3-7)</b>	<b>55</b>
<b>La mayordomía de Pablo en relación con el Plan (Ef 3:7-13)</b>	<b>56</b>
<b>La segunda oración del apóstol (Ef 3:14-21)</b>	<b>58</b>
1. El Padre, ante quien se presenta el apóstol (Ef 3:14-16)	58
2. Las peticiones específicas del apóstol (Ef 3:16-19)	59
<b>La doxología (Ef 3:20-21)</b>	<b>61</b>
<b>Temas para recapacitar y meditar</b>	<b>62</b>
<b>Unidad y plenitud de la Iglesia (Efesios 4:1-16)</b>	<b>63</b>
<b>La unidad de la Iglesia (Ef 4:1-6)</b>	<b>63</b>
1. Consideraciones preliminares	63
2. La exhortación a guardar la unidad del Espíritu (Ef 4:1-3)	63
3. La base de la unidad (Ef 4:4-6)	64
<b>El crecimiento y la madurez de la Iglesia (Ef 4:7-16)</b>	<b>66</b>
1. Observaciones generales	66
2. Los dones generales (Ef 4:7-10)	66
3. Los dones especiales (Ef 4:11-12)	67
4. La meta del ministerio de los dones: la madurez del Cuerpo (Ef 4:13)	70
5. Obstáculos que impiden la madurez (Ef 4:14-15)	71
6. El crecimiento hacia la madurez determinada (Ef 4:15-16)	72
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>72</b>
<b>El viejo andar y el nuevo (Efesios 4:17-5:21)</b>	<b>73</b>
<b>Observaciones generales</b>	<b>73</b>

<b>El andar de los gentiles (Ef 4:17-19)</b>	<b>73</b>
<b>El andar según el nuevo hombre (Ef 4:20-32)</b>	<b>74</b>
<b>El andar en amor (Ef 5:1-7)</b>	<b>78</b>
<b>El andar en luz (Ef 5:8-14)</b>	<b>79</b>
<b>El andar en sabiduría (Ef 5:15-21)</b>	<b>80</b>
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>84</b>
<b>Las relaciones familiares del cristiano (Ef 5:22-6:9)</b>	<b>85</b>
<b>Consideraciones generales</b>	<b>85</b>
<b>Los esposos (Ef 5:22-33)</b>	<b>86</b>
1. Las esposas (Ef 5:22-24)	87
2. Los maridos (Ef 5:25,28-31)	87
3. Cristo y la Iglesia (Ef 5:26-27)	88
4. La cita de (Gn 2:24) en (Ef 5:31)	89
5. El “gran misterio” (Ef 5:32-33)	91
<b>Los hijos y los padres (Ef 6:1-4)</b>	<b>91</b>
1. Los hijos (Ef 6:1-3)	91
2. Los padres (Ef 6:4)	92
<b>Los esclavos y los amos (Ef 6:5-9)</b>	<b>93</b>
1. Los esclavos (Ef 6:5-8)	94
2. Los amos (Ef 6:9)	95
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>95</b>
<b>La armadura de Dios (Efesios 6:10-24)</b>	<b>96</b>
<b>Consideraciones preliminares</b>	<b>96</b>
<b>El poder para la realización del Plan (Ef 6:10-11,13)</b>	<b>97</b>
1. La potencia interior	97
2. La armadura completa	98
<b>El enemigo (Ef 6:11-13,16)</b>	<b>99</b>
<b>La armadura espiritual (Ef 6:14-17)</b>	<b>101</b>
1. La túnica y el cinturón que la sujeta	101
2. La coraza de justicia	102
3. El calzado del apresto del Evangelio de la paz	103

4. El escudo de la fe	103
5. El yelmo de la salvación	104
6. La espada del Espíritu... la Palabra de Dios	104
<b>La oración (Ef 6:18-19)</b>	<b>105</b>
<b>Pablo, embajador en cadenas (Ef 6:19-20)</b>	<b>106</b>
<b>Epílogo: saludos y bendición final (Ef 6:21-24)</b>	<b>107</b>
1. Tíquico, colaborador del apóstol	107
2. El saludo final (Ef 6:23-24)	107
<b>Temas para meditar y recapacitar</b>	<b>108</b>

## Prólogo del autor-editor

---

Esta nueva exposición de la serie CURSOS DE ESTUDIO BÍBLICO no tiene otra pretensión que la de las anteriores: proveer a los estudiosos y amantes de las Escrituras de habla hispana de una sencilla herramienta de trabajo con la que puedan iniciar el estudio de uno de los escritos más importantes de la revelación bíblica. No existen muchos libros en castellano sobre el tema, por lo que se espera que éste podrá ayudar a “llenar el hueco” entre tanto no aparezcan comentarios más extensos. Por supuesto, no ha sido la intención de los autores escribir un comentario —lo que implicaría un tratamiento profundo, palabra por palabra, del texto de la epístola—, sino una exposición de las líneas maestras y de lo esencial del contenido, sección por sección, del libro, teniendo en cuenta la doble finalidad de todos los libros y demás cursos de C. E. B.: la didáctica y la devocional. Soy consciente de que no siempre se ha logrado el equilibrio de este binomio, pero en todo caso se ha querido colocar una base, esperando que cada lector y estudiante profundice por su cuenta.

El libro ha sufrido una muy larga gestación, ¡característica de la mayoría de sus predecesores! El esquema original, que se ha procurado seguir en lo esencial, fue escrito por Ernesto Trenchard allá por los años 1956 ó 1957, para un campamento de verano en Vidrá, provincia de Barcelona, y luego se utilizó como curso para algunos estudiantes en residencia. En 1968 el mismo autor se puso a ampliarlo para un cursillo intensivo en Madrid, pero no pudiendo seguir por exceso de trabajo, encomendó la tarea al que escribe. Con el paso del tiempo y diversas circunstancias de la labor docente de C. E. B., se fue ampliando paulatinamente, aunque no fue posible poner punto final hasta este año, al redactar la última sección y revisar la Introducción.

Como es natural, algunos querrán saber qué parte o partes corresponden a los dos autores. No creemos que tendrán problema alguno en identificar esto por sí mismos, por la diferencia de estilo, especialmente si ya conocían los libros anteriores de Ernesto Trenchard, pero damos a continuación la información necesaria para satisfacer la curiosidad para las responsabilidades a que hubiera lugar después—. El bosquejo y el análisis, aparte algún ligero retoque, más el texto íntegro de los capítulos II a IV, y parte de la Introducción y del capítulo V, son del autor original. Al presente autor-editor corresponde el texto íntegro de los capítulos VI a X y la Bibliografía. La Introducción original de Trenchard, muy breve, como asimismo el capítulo V, del que sólo llegó a escribir una parte, han sido completados posteriormente para dar a la totalidad de la exposición un tratamiento y enfoque uniformes, aunque me doy cuenta sobradamente de que el resultado final está lejos de ser lo que habría sido si el querido don Ernesto lo hubiese podido terminar personalmente.

Las fuentes consultadas aparecen en la Bibliografía al final, pero quisiera hacer mención especial de las obras de Bruce, Foulkes, Hendriksen y Guthrie, en este orden, las cuales han constituido una ayuda muy apreciable, sin que esto implique una dependencia en cuanto a todos sus criterios, con algunos de los cuales difiero. Reconozco gustosamente mi deuda —y la de don Ernesto antes— a estos expositores, sin duda entre los mejores de los evangélicos conservadores de hoy, como también a otros muchos, demasiado numerosos para mencionar aquí. Hoy en día parece que se da mucha importancia en libros expositivos a las Notas colocadas al pie de página, o al final de cada capítulo o del libro, ¡y hay quienes no ven con buenos ojos un tomo que no esté libremente “espolvoreado” con ellas! Lamento contrariarles, pero he optado deliberadamente por seguir el sistema adoptado por don Ernesto, de incorporar todo lo posible en el texto. De esta manera se facilita la lectura corrida y el estudio de cada sección, sin la incomodidad

que supone el estar parando cada dos por tres para mirar las Notas al pie. Con todo, no soy insensible a la necesidad de que el estudiante pueda profundizar en sus estudios más allá de lo escrito en el texto si así lo desea, por lo que he introducido una ligera modificación en el repetido sistema que hasta ahora se ha seguido en todos los libros y demás materiales escritos de C. E. B., que es el de identificar las principales fuentes citadas en el texto mediante la página de Abreviaturas, al principio, con lo que se cubre lo más esencial de la necesidad del estudiante.

Quisiera expresar mi sincero agradecimiento a los colegas del equipo de C. E. B. Jaime Stunt, Juan Solé, Pedro Gelabert y Pedro Inglés, que han leído el original y han hecho sugerencias valiosas; en especial a Timoteo Glasscock, quien mecanografió buena parte del manuscrito y lo preparó para la imprenta. También doy las gracias a nuestro amigo y consiervo Pablo Lomore por su ayuda valiosa en el repaso de las palabras griegas, y a la señorita Rebeca García, que gustosamente acometió la ingrata tarea de revisar y corregir mi deficiente castellano. Agradecemos asimismo la ayuda especial de nuestros amigos OUTREACH INC., de Grand Rapids, USA, quienes nos ayudaron a cubrir una parte importante del costo de la edición. Sin la colaboración de todos los mencionados y otros que han colaborado de una forma u otra, habría sido difícil publicar este libro. Pero mi mayor deuda de gratitud la debo al Señor, por todo lo que me dio por medio del autor original de este escrito, y por el privilegio inestimable que me ha cabido, juntamente con los demás miembros de C. E. B., de ser su discípulo, colaborador y continuador de su obra. Por eso, ha sido una satisfacción muy honda el poder completar una de las exposiciones que dejó inacabada. Espero que los lectores y estudiosos del mundo evangélico de habla hispana acojan con agrado esta nueva aportación a la ya larga serie de estudios expositivos de C. E. B., y que les servirá de igual ayuda como los anteriores. Trenchard deseaba sobre todas las cosas que los creyentes fuésemos plenamente consecuentes con *“todo el consejo de Dios”* y se esforzó en transmitirlo con claridad y poder espiritual. Por la gracia de Dios compartimos todo el equipo de sus colaboradores este mismo propósito, y es mi deseo personal y oración que este libro contribuya también a este fin, nada más ni nada menos que sean *“llenos de la plenitud de Dios”* (Ef 3:19) todos los que *“aman al Señor Jesucristo con amor imperecedero”* (Ef 6:24).

Pablo Wickham, Madrid, Junio 1979

# Introducción a la epístola a los Efesios

---

## Observaciones preliminares

Iniciamos el estudio de uno de los escritos más sublimes de la revelación bíblica. Por la amplitud de sus horizontes, que abarcan tiempo, espacio y eternidad, por el fluir sereno y sosegado de su argumento, por su enfoque armonioso y magistral, tanto en la parte doctrinal como en la que se refiere a la praxis de la fe cristiana, es único. Alguien llamó a Efesios “la reina de las epístolas”; el poeta y filósofo cristiano Samuel Coleridge escribió que era “la más divina composición humana”, y el insigne hispanista Juan Mackay afirma que “bien podríamos hablar de (Efesios) como de la esencia destilada de la religión cristiana, el compendio más autorizado y más consumado de nuestra fe cristiana”. Otros también, en distintas épocas de la historia del cristianismo, no han quedado atrás en calificarlo en los términos más elevados.

Pero su importancia, claro está, va mucho más allá de su excelencia literaria o moral; estriba en el valor actual y perenne de su mensaje. Para la joven Iglesia apostólica, braceando fuertemente entre las traicioneras corrientes del paganismo decadente y las religiones esotéricas orientales, en contra del gnosticismo incipiente y sufriendo los últimos coletazos de un judaísmo palestino moribundo, la epístola sirvió como norte y horizonte donde mirar y orientarse. Le proporcionaba, además, una visión certera de qué era y cómo habría de seguir adelante con la comisión que su Señor y Maestro le había dejado. Porque en sus inspiradas páginas quedaban descritos magistralmente — completando la enseñanza recibida anteriormente en 1 Corintios, Gálatas, Romanos y Colosenses, el lugar tan especial asignado al nuevo pueblo de Dios junto al Mesías enviado, las consecuencias de tal identificación y la naturaleza de la unidad espiritual conseguida sobre la base costosa de la Obra expiatoria y reconciliadora de Cristo. Es la epístola eclesiológica por excelencia, y por eso, siempre ha de ocupar un lugar prominente en la ideología de la Iglesia. Aquí percibimos la idiosincrasia universal, cósmica, del cristianismo, porque plasma lo más granado de su razón de ser, como la nueva humanidad en torno a Cristo, el Verbo encarnado.

El valor peculiar de Efesios se necesita más que nunca en nuestros días, cuando, por una parte, la problemática ecuménica —hablamos del ecumenismo bíblico, no el humano— sigue siendo, pese a algunos esfuerzos por resolverlo, piedra de escándalo a muchos millones de personas en el mundo entero, y, por otra, las influencias inmorales malsanas de la decadente sociedad occidental amenazan con comprometer seriamente la misión de la Iglesia. La insistencia de esta epístola sobre la puesta en práctica de lo que se cree, en diversas relaciones humanas, viene a ser el correctivo ideal a una de las amenazas más peligrosas del cristianismo contemporáneo: esa dicotomía trágica que existe entre la doctrina y la práctica. Independientemente de las cuestiones controvertidas acerca de si Pablo fue o no su autor, la fecha de su redacción y la identidad exacta de sus destinatarios, de las que nos ocuparemos a continuación, Efesios merece ese “lugar de honor” entre los demás escritos del Nuevo Testamento que generaciones de creyentes le han otorgado desde los tiempos apostólicos.

## La paternidad literaria de la epístola

Los autores de esta exposición aceptamos la opinión tradicional de que Pablo, el apóstol, fue el autor. A pesar de muchos argumentos modernos en sentido contrario, una

apreciación objetiva de las pruebas encuentra difícil el rechazarla. La evidencia externa de los primeros siglos, de los llamados “Padres de la Iglesia”, como Ignacio, Ireneo, Clemente de Alejandría y Tertuliano, que o la citan, o hacen alusiones a ella y reconocen que Pablo fue su autor, es, en las palabras del delectísimo expositor Handley Moule, “abundante y absolutamente unánime” (op. cit., pág. 13). El mismo sigue diciendo que “en toda la literatura patristica, quizá ningún libro del Nuevo Testamento se cita más”. Aun el hereje Marción la colocó entre los demás escritos del apóstol en su canon abreviado, aunque la llamó “la epístola a los laodicenses” (véase abajo, “Los destinatarios”). No fue hasta el siglo XIX que se comenzó a poner en tela de duda su paternidad literaria paulina por los críticos liberales alemanes y holandeses, y aunque otros, más ortodoxos, también les han seguido, la gran mayoría de los eruditos reconoce que la evidencia externa a favor de la opinión tradicional es aplastante.

En cuanto a la evidencia interna, todos los argumentos —aunque algunos suscitan problemas no fáciles de resolver— topan con la afirmación rotunda de que el autor es “Pablo, apóstol de Jesucristo”. Las frecuentes referencias personales a sus circunstancias y ministerio, la estructura, la temática y el enfoque del escrito, todo lleva la clara impronta paulina. A menos que estemos dispuestos a admitir la validez de escritos seudónimos en las Escrituras, idea que ha sido combatida desde siempre tanto por judíos como por cristianos, esta evidencia es de mucho peso. Porque la personificación e imitación de un personaje de la talla de Pablo (en un escrito cuyo valor descansa sobre la autoridad apostólica suya), junto con la posibilidad de que tal engaño “piadoso” fuese aceptado —o pasase desapercibido— por dieciocho siglos, es inconcebible. Además, como han observado eruditos como Scott y Bruce, la epístola lleva tales trazos de la mente y mano de Pablo, que si se aceptase que otro la escribió, habríamos de postular la existencia en el primer siglo de otro “Pablo”; es más, uno que no sólo igualara al apóstol en capacidad mental y discernimiento espiritual, sino que le sobrepasara, puesto que indudablemente Efesios es la cúspide del imponente edificio constituido por los escritos del de Tarso. Sin ella la labor literaria suya habría quedado incompleta; ¿es razonable, pues, creer que otro que no fuera él mismo pudiese ponerle el toque final tan bien? Bruce observa con su humor lacónico habitual: “La historia cristiana primitiva no sabe nada de un segundo Pablo de tamaño calibre” (op. cit., pág. 12), mientras que Guthrie añade que, de existir tal gigante espiritual, tendría que ser, amén de todo lo demás que era Pablo, “un extraordinario artista literario” (op. cit., pág. 112), para poder llevar a cabo una imitación de esta envergadura, ¡y eso es pedir demasiado! Es más fácil creer que Pablo mismo lo escribió que no recurrir a expedientes desesperados de este tipo.

Consideraremos más abajo la cuestión de la fecha de redacción, que algunos críticos han esgrimido en contra de la opinión tradicional, pero es necesario antes examinar brevemente algunos otros argumentos que se han empleado.

Se dice que el vocabulario y el estilo de Efesios difieren notablemente de los demás escritos de Pablo, acercándose más a otros escritos de fecha tardía, tanto canónicos como patristicos. Pero tales argumentos, basados sobre supuestos cambios de estilo o vocabulario, son siempre sospechosos. Un autor puede variar mucho en estilo y lenguaje según el tema y la ocasión, y, de hecho, basta una comparación entre dos cualesquiera de las epístolas paulinas para constatar las mismas, o mayores, diferencias entre ellas que las que se alegan en el caso de Efesios. Dejando aparte las Pastorales, cuya paternidad literaria paulina —para la mayoría de los eruditos hoy en día, incluso algunos evangélicos— es aún más discutible, se advierten diferencias lingüístico-estilísticas considerables entre 1 Corintios y Colosenses, o 1 Tesalonicenses y Gálatas, pero nadie duda de que Pablo las escribió. ¿Por qué no se ha de aplicar entonces el mismo criterio a Efesios?

Podemos comprobar lo que acabamos de afirmar por ejemplos modernos de la literatura en general. No puede haber diferencias más grandes en estilo, vocabulario y enfoque que las que existen entre “Los Cuentos de Narnia”, “Cartas del diablo a su sobrino”, “Cristianismo Esencial”, una trilogía de cienciaficción “Out of the Silent: Planet”, “Perelandra”, “That Hideous Strength” y los libros de texto de literatura inglesa medieval y renacentista (todos estos últimos todavía no traducidos al castellano, desgraciadamente). Pero todos fueron escritos por un mismo autor, C. S. Lewis, y llevan la impronta inconfundible de su pensamiento incisivo y clarividente. Otro tanto se puede decir de los distintos géneros literarios cultivados por Unamuno —teatro, poesía y ensayo—, o los artículos profesionales médico-científicos, obras histórico-biográficas, y ensayos sociológicos, etc., de Marañón. Siempre que encontramos “gigantes literarios” que son, a la vez, polifacéticos en su cultura e intereses (no todos los “grandes” de la literatura son así, ni mucho menos), observaremos el mismo fenómeno, por lo que no es pedir demasiado aceptar que el gran apóstol pudiese cambiar de estilo, lenguaje y enfoque literario, según la ocasión y la época.

## Los destinatarios de la carta

La gran mayoría de los manuscritos griegos hacen constar que Pablo dirigió Efesios a “*los santos y fieles en Cristo, Jesús que están en Éfeso*” (**Ef 1:1**), pero ciertos textos de gran antigüedad, entre ellos el papiro Chester Beatty del siglo III y los códices Vaticano y Sinaítico del IV, omiten las palabras “*en Éfeso*”, lo que deja el destino en duda. Quizá esta evidencia, por sí sola, no habría bastado en contra de la de los otros muchos textos que las contienen, pero algunos de los Padres, entre ellos Orígenes y Tertuliano (siglos II y III), y Basilio y Jerónimo (siglo IV), dan a entender que conocían copias más antiguas en las que no constaban. Por supuesto, con esta omisión la construcción gramatical del original queda floja e incompleta, de modo que Pablo tenía que haber dictado algún nombre.

El arzobispo anglicano Ussher en el siglo XVII y el obispo Lightfoot en el XIX ofrecieron una solución al problema que procura tomar en cuenta los factores principales: postularon que la carta original sí que se dirigió a los efesios en primer lugar, pero a la vez Pablo pensaba en un amplio círculo de iglesias en la provincia de Asia, de la que Éfeso era la iglesia principal, de modo que el original llevaría “*en Éfeso*” mientras otras copias —quizá hechas por escribanos efesios creyentes (Moule)— dejarían el espacio en blanco para la inserción del nombre de la iglesia que fuese. Una lectura cuidadosa de la epístola apoya esta hipótesis, pues si Pablo se hubiese dirigido únicamente a la iglesia en Éfeso —con la cual había forjado lazos tan íntimos de comunión— habría dirigido más saludos personales a hermanos destacados de la congregación, pero aparte de decir que Tíquico les daría noticias más detalladas, no se hallan tales saludos personales al final del capítulo 6, ni tampoco en el encabezamiento del escrito donde a menudo Pablo solía colocarlos. Al mismo tiempo, no es una “epístola general”, pues Pablo a veces se dirige a sus lectores en términos que indican un conocimiento de sus personas y circunstancias, como en (**Ef 1:15-16**) (**Ef 3:3-4**), etc.

Las referencias paralelas de (**Ef 6:21**) con (**Col 4:7**), indican con toda probabilidad que Tíquico llevó las dos cartas —posiblemente con la de Filemón también— en el mismo viaje, lo cual corroboraría un destino por lo menos en la misma área geográfica de la provincia de Asia. Hasta se ha sugerido por algunos que esta epístola es la que se mandó a Laodicea (**Col 4:16**), cosa que podría, acaso, encontrar cierta confirmación en el hecho de que Marción la denominó así. Pero no puede haber una seguridad absoluta sobre esto, porque el hereje solía “arrimar las ascuas a su sardina” en lo que concernía a los libros bíblicos, y esta referencia podía ser una pista falsa.

## El origen y el propósito de la epístola

Las circunstancias y fecha probable de su redacción. La mayoría de los escriturarios creen que Pablo redactó la carta a los colosenses antes que ésta a los efesios, si bien por la misma época, a juzgar por la coincidencia de muchos conceptos y hasta expresiones verbales (véase abajo “Efesios y Colosenses”). La carta contiene varias referencias a su encarcelamiento (**Ef 3:1**) (**Ef 4:1**) y (**Ef 6:20**) y es casi seguro que tiene que ver con el período que se ha dado en llamar su primer “cautiverio” romano, en las circunstancias que se describen al final de Los Hechos y en Filipenses. Era “*preso del Imperio*”, esperando la vista de su causa, pero bien tratado y habitando su propia casa alquilada. La cadena que le sujetaba a su guardia no le impedía recibir mensajeros de las iglesias de las provincias donde había iniciado testimonio cristiano, y, libre de sus constantes viajes, podía dedicarse con más libertad de espíritu a la meditación de los sagrados misterios de la fe, de los cuales era mayordomo y enseñador, por comisión especial del Señor. La relación estrecha entre Efesios y Colosenses (con Filemón), que ya hemos notado, indica que estas tres “epístolas del cautiverio” (se incluye Filipenses en el mismo grupo, pero probablemente se escribió bastante antes que las otras tres) fueron escritas alrededor del año 60 a 61 (quizás 62) d. C., siendo Efesios la última de todas sus epístolas dirigidas a iglesias.

Otra faceta de la evidencia interna, que avala una fecha anterior al año 70 d. C., es la ausencia de referencias a la caída de Jerusalén. En la mayoría de los casos, el “argumento desde el silencio” es sumamente arriesgado, por no decir contraproducente, pero en este caso, en vista de lo que Pablo escribe en (**Ef 2:14-22**) acerca del derrumbamiento de la “*pared intermedia de separación*”, habría sido poco menos que obligado hacer referencia a la catástrofe que finiquitó definitivamente el testimonio visible de la religión judía centrado en el Templo de Jerusalén, si la carta hubiese sido escrita después, como afirman algunos que niegan que Pablo fuese el autor. Igualmente, la referencia a Tíquico en (**Ef 6:21**), paralela a (**Col 4:7**), carecería por completo de verosimilitud si se produjese muchos años después. De paso, se puede decir que estos y otros argumentos que pueden aducirse sirven para dar más relieve aún a la ridiculez de una hipótesis que pretende postular seriamente una labor de imitación y personificación, tratándose de Efesios y el apóstol Pablo.

En Colosenses su visión se remonta a la Persona del Hijo, quien en todo tenía el primado, tanto en la primera creación como en la Nueva, surgiendo ésta de la Obra de la Cruz y de la Resurrección. Enfatizaba esta supremacía de Cristo frente a ciertos errores que se infiltraban en la iglesia de Colosas, y, a la vez, no dejaba de hacer la aplicación del señorío del único Mediador a varios aspectos de la vida cristiana. Podemos suponer que su pensamiento seguía desarrollándose sobre este sublime nivel, pero, al redactar Efesios, no se hallaba frente a errores determinados, pudiendo contemplar el eterno consejo de Dios, centrado en el Hijo. El propósito eterno abarcaba toda la obra redentora de Dios que tenía por Meta la reunión y la coordinación de todas las cosas en Cristo en el cumplimiento de los tiempos (**Ef 1:10**). En Efesios, esta visión cósmica —que se contempla también en Colosenses— se relaciona en primer término con Cristo, pero también con la naturaleza y destino de la Iglesia, que, de algún modo, llega a ser el meollo de todos los propósitos de Dios. De ahí que esta epístola elabore como ninguna el tema de la Iglesia universal que halla su verdadera esfera en “*los lugares celestiales en Cristo Jesús*”. La semejanza de los temas de Colosenses y de Efesios, con estos distintos matices, explica tanto la coincidencia de los conceptos y expresiones verbales, como las claras diferencias que caracterizan a cada carta (véase “Efesios y Colosenses”, abajo).

Es posible que la iglesia de Éfeso —y otras de la provincia de Asia— necesitara las instrucciones prácticas de esta carta, dado el alto grado de decadencia moral al que había llegado la sociedad grecorromana, pero la ausencia de doctrinas erróneas específicas permitió que el apóstol Pablo desarrollara su sublime tema sin preocupaciones que limitaran el alto vuelo de su pensamiento. El origen, pues, se halla en el pensamiento inspirado de Pablo, unido a ciertas necesidades prácticas de los creyentes que habían de recibir la carta (véase más abajo consideraciones sobre el medio ambiente degenerado de Éfeso).

## El propósito principal

Esta discusión sobre el origen probable de la carta subraya a su vez el propósito principal, ya que entraña el hondo deseo de Pablo de hacer a otros hermanos partícipes de su amplia visión del gran plan de Dios para todos los siglos, que hallaba su Centro en Cristo y su Iglesia. El desorden y la rebeldía que han surgido del mal en todas sus diversas manifestaciones no han de durar para siempre, pues cederán ante la obra de Dios, dando lugar a una perfecta armonía de todo lo creado según el plan eterno de Dios en Cristo. La base ya está puesta, porque en Cristo *“tenemos redención por su sangre, la remisión de nuestros pecados” (Ef 1:7)*. La unidad final se verá *“en el cumplimiento de los tiempos” (Ef 1:10)*, y entre la Cruz y la consumación se extienden los siglos del testimonio de la Iglesia en el mundo, bien que, en cuanto a su esencia espiritual, se sitúa ya *“en los lugares celestiales en Cristo”*. Del propósito eterno surgen multitud de preciosas doctrinas, y éstas exigen frutos de justicia, de pureza y de amor, que son propios de los *“hijos de luz”*, los bendecidos según el beneplácito divino. El detalle de todo esto se hallará en nuestro estudio del texto.

## Efesios y Colosenses

Ya hemos anticipado ciertos detalles de este tema, pero es necesario volver a tratarlo aquí, aunque por razones de espacio no podemos hacer un exhaustivo estudio comparativo de las dos epístolas. La cuestión no carece de importancia, sin embargo, porque guarda una relación estrecha con el tema de la autenticidad paulina de la carta.

Los pasajes paralelos y conceptos similares. Uno de los argumentos empleados por los que niegan que Pablo fue el autor se basa en el supuesto de que el autor desconocido citase de memoria muchas partes de Colosenses para imitar al apóstol, lo que se dice explica los pasajes paralelos y las semejanzas entre las dos cartas. Pero un minucioso estudio comparativo, colocando los pasajes paralelos en dos columnas, nos lleva a unas conclusiones bien diferentes de esta tesis superficial. Es verdad que casi las dos terceras partes de Colosenses, o sea, aproximadamente 60-75 versículos, tienen algún grado de paralelismo con nuestra carta, lo cual podría interpretarse, a primera vista, como que Efesios no es más que una ampliación de ciertas partes de Colosenses. Pero la ampliación no es la que se esperaría de un imitador, puesto que éste habría sido más literal, a fin de evitar ser descubierto por un tratamiento demasiado “libre” del texto, mientras que el autor de Efesios se toma unas libertades muy grandes con él, aun tratándose de estos pasajes similares.

A menudo hasta emplea las mismas ideas y las expresiones de forma distinta. Los críticos alegan que Pablo no haría tal cosa, pero es aun más improbable que lo hiciera un imitador.

Ejemplos de pasajes que se tratan así son: el uso de la palabra “*misterio*” (**Col 1:27**) y (**Ef 3:3,6**), el concepto de la “*reconciliación*” (**Col 1:20**) y (**Ef 2:16**), y la figura de Cristo como “*Cabeza*” (**Col 2:10**) y (**Ef 4:15**), y la palabra “*oikonomia*” (“*dispensación o mayordomía*”) (**Col 1:25**) con (**Ef 1:10**) y (**Ef 3:2**), aunque en este caso la diferencia es poca. Tratándose de un apóstol inspirado, y no un falsificador, estos distintos matices de las mismas ideas encuentran una fácil explicación, si tenemos en cuenta el enfoque distinto de las dos cartas.

Las diferencias entre las dos cartas. Existen grandes diferencias entre ellas. Colosenses, escrita para salir al paso de doctrinas erróneas que amenazaban la iglesia allí, tiene un tono polémico; la iglesia corría peligro. En cambio, Efesios es reposada, libre de una argumentación apologética incisiva, abundando en oraciones y doxologías. Hay también mucho en ambas epístolas que no halla ningún paralelo en la otra: por ejemplo, la primera parte de Efesios 1, la segunda parte de Colosenses 1, los capítulos 3, 5:25-33 y 6:10-20 de Efesios. En cuanto a temática, hay notables diferencias también, unas de énfasis solamente, pero otras de mayor envergadura. En Colosenses se enfatizan más las glorias de la Persona y la Obra de Cristo, mientras Efesios subraya la íntima identificación de la Iglesia con Cristo, en el centro de los propósitos de Dios. Luego, Efesios abunda en referencias al Espíritu Santo; Colosenses sólo tiene una.

Ciertos temas de Colosenses hallan un mayor desarrollo en Efesios. Ya hemos mencionado el de la Persona de Cristo en relación con todo lo creado como Centro del Plan de Dios para los siglos, y es evidente que las exhortaciones prácticas, relativamente escuetas en la primera epístola, son ampliadas notablemente en Efesios. Pero quizá el caso más destacado, que pasa de una sola referencia en Colosenses a ser un tema clave de la otra epístola, es el de la reconciliación. De hecho, el versículo clave de Efesios es (**Ef 1:10**), donde se ve el gran propósito de Dios de “*reunir todas las cosas en Cristo*”. En Colosenses los redimidos no son más que algunos de los destinatarios, entre otras criaturas, de esta reconciliación (**Col 1:20**), pero en Efesios se presenta la Iglesia con un papel esencial que jugar en la proclamación de la reconciliación. El tema encuentra su exposición práctica en (**Ef 2:11-22**), donde se manifiesta la unidad de las dos grandes divisiones de la raza humana —judío y gentil— en la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo, la nueva humanidad o “*nuevo hombre*”. Pero para poder proclamar este mensaje reconciliador con eficacia, es esencial que la Iglesia practique su vivencia en su propio seno primero, y eso a todos los niveles, de suerte que la segunda parte de la epístola, a partir de (**Ef 4:1**), se ocupa de las diversas facetas prácticas de la reconciliación. Es en la Iglesia donde la unidad entre los distintos miembros ha de ser guardada y fomentada, en amor, perdón y santidad, y de acuerdo también con las diversas relaciones sociales y familiares en que se encuentran los creyentes.

Podemos decir, pues, para cerrar esta sección, que la relación entre las dos cartas es estrecha; se parecen mucho, pero hay diferencias muy considerables que obedecen al propósito distinto que informó la redacción de ambas, aun perteneciendo a la misma época. Sobre todo, Efesios lleva el tema principal de Colosenses un paso más allá, pasando del triunfo del Cristo cósmico al triunfo conjunto de éste y de la Iglesia, su Cuerpo, como centro y motor del gran Plan de Dios para los siglos, cuya meta es la reconciliación y reunión de todas las cosas “*en Cristo*”.

Para un estudio más detallado de este interesante tema, como asimismo de la cuestión de la autenticidad paulina y la identidad de los destinatarios de la carta, recomendamos especialmente los libros de Hendriksen, Guthrie y Foulkes.

## La ciudad de Éfeso

Su importancia comercial. La costa de lo que nosotros llamamos Asia Menor, o Turquía, pertenece al área jónica de la civilización griega. Los orígenes de la ciudad de Éfeso se pierden en las leyendas de la raza, pero por la época de la obra misionera de Pablo había llegado a ser la ciudad principal de la provincia romana de Asia, bien que Pérgamo era la capital oficial. Se situaba en las riberas del río Caistro, a cinco kilómetros de la costa, provisto de un puerto artificial que permitía la entrada de los barcos mayores de la época. Por el valle del Caistro pasaban rutas al interior, y de allí al Oriente, de modo que la ciudad había llegado a ser un gran emporio, notable por su variado comercio y por su ambiente cosmopolita.

El Templo de Diana. Los romanos identificaban su diosa Diana con la diosa griega Artemisa, que se representaba en las leyendas griegas como una cazadora joven de gran hermosura. La diosa de Éfeso —cuya imagen, según la leyenda local, había caído del cielo— era muy diferente de la Artemisa de la mitología griega, a pesar de la coincidencia de los nombres, y debía sus orígenes a los cultos paganos orientales, siendo, de hecho, la diosa “madre”, la de la fertilidad. Los efesios se adherían fanáticamente al culto de su “diosa”, considerándola como algo propio. A través de los siglos, habían levantado un templo en su honor en las afueras de la ciudad, que se consideraba como una de las siete maravillas del mundo de entonces. Los sacerdotes del culto habían adquirido una posición prepotente en lo económico, pues el templo servía de banco para los habitantes de extensos territorios. Controlaban mucho terreno, sacaban todo el provecho posible de los peregrinos —especialmente en la venta de los templecillos de la diosa—, y coleccionaban valiosas obras de arte. El templo y sus alrededores constituían una “ciudad de refugio” para criminales sentenciados a diversas penas. A causa de la naturaleza del culto, ciertas fiestas degeneraban en francas orgías inmorales. Fue una verdadera “fortaleza” del paganismo, en sus formas más poderosas y crudas, que es algo que hemos de recordar al leer la historia de la fundación de la iglesia cristiana en Éfeso.

La magia en Éfeso. Pablo no siempre obraba milagros, pero, al atacar la fortaleza satánica de Éfeso, Dios le concedió la autoridad de llevar a cabo abundantes obras de poder (**Hch 19:11-20**). Era necesario demostrar el poder divino frente a la falsa potencia diabólica de la magia, que hallaba su centro en Éfeso, complementando la nefasta influencia del Templo de Diana. Es difícil para nosotros comprender cómo la mente humana puede llegar a someterse a las fórmulas de la magia, pero la historia muestra que donde las almas no se someten a la revelación de Dios, buscan la ayuda de otras potencias consideradas como sobrenaturales. La magia negra tenía su buena parte de engaños y de pura farsa, pero, como en el caso del espiritismo de nuestros tiempos, hemos de suponer que los demonios se aprovechaban de la ceguera humana con el fin de esclavizar la personalidad de los incautos que se dejaban llevar por tales caminos. La quema de los libros de magia que celebraron ciertos “magos” convertidos en Éfeso señala un momento de triunfo real: el de la Palabra verdadera sobre los falsos escritos y fórmulas del “arte” maléfico.

## La fundación de la Iglesia en Éfeso

Después de su gran obra en Corinto, Pablo pasó por Éfeso, dejando allí a sus buenos amigos Aquila y Priscila antes de seguir él por el camino a Jerusalén. Apenas llegó a ser una visita de exploración, pero ya expresó su intención de volver a una ciudad de tanta importancia estratégica para la extensión del Evangelio.

La sinagoga y la escuela de Tirano. La historia de la evangelización de la ciudad y de la provincia se describe en **(Hch 19:8-20:1)**, y conocemos más de las experiencias personales de Pablo en el curso de sus trabajos en Éfeso por medio de su discurso en Mileto a los ancianos de Éfeso que se resume en **(Hch 20:17-38)**. Según su costumbre, empezó su ministerio en la sinagoga, con el fin de testificar a los judíos y sacar de entre ellos a los *“temerosos de Dios”* —gentiles que asistían a la sinagoga— el núcleo de una iglesia cristiana. Después de tres meses de discusión en la sinagoga —se trataba de probar por las Escrituras que Jesús era el Mesías— se produjo la inevitable escisión, después de la cual Pablo y sus colegas utilizaban las casas particulares para su obra, conjuntamente con la llamada *“escuela de Tirano”*, que sería una especie de “club” dedicado a ejercicios gimnásticos, concurso social, aulas para conferencias, etc. Es probable que Pablo trabajara en su oficio por las mañanas, cuando la “escuela” estaba en uso, y que, sobre las once de la mañana, diera sus “conferencias” en las aulas. No hemos de imaginar que se tratara de una “capilla” o “local de cultos”, sino de un lugar alquilado para un período de testimonio público todos los días. Los creyentes se reunían en casas amplias que pertenecían a convertidos pudientes **(Hch 20:20)**.

El éxito del testimonio. Casi nos parece imposible la comprensión literal de la declaración de **(Hch 19:10)**, que en el curso de dos años de ministerio todos los habitantes de la provincia de Asia, judíos y gentiles, habían oído la Palabra, pero el sentido mínimo ha de ser que la predicación fue tan extensa que el Evangelio se ponía al alcance de todos. Hemos de notar la extensión de la provincia en los mapas. Distaba mucho de ser nuestro vasto continente del mismo nombre, pero se consideraba como una de las provincias más pobladas y prósperas del Imperio de Roma a la sazón. Tengamos en cuenta los métodos de Pablo, quien predicaba en los grandes centros, esperando que no sólo sus colegas, sino también los convertidos, llevaran el mensaje a los rincones de la región.

Lucas nos da la historia del gran éxito espiritual de la obra, pero el referido mensaje a los ancianos, juntamente con versículos como **(1 Co 15:32)**, nos hacen ver que la vida de Pablo peligraba muchas veces por las asechanzas de los judíos, y que por aquella época llevaba pesadas cargas debidas a su preocupación por todas las iglesias.

El alboroto sobre *“Diana de los efesios”*. Un poco antes de la salida de Pablo de Éfeso ocurrió el alboroto que Lucas narra en **(Hch 19:23-40)**. Seguramente la intención de Lucas, como historiador de la extensión del Evangelio hacia el Oeste, es la de señalar los graves obstáculos que el diablo ponía en el camino de los siervos de Dios. Después de la información anterior sobre el Templo de Diana, no nos sorprende la reacción del gremio de plateros, típico de los muchos “intereses creados” que hallaban su centro en el Templo. Tantas personas se habían convertido que se notaba la disminución de la venta de los templecillos de Diana, pero, a la vez, la multitud podía ser movida fácilmente a una demostración violenta y prolongada de su fanatismo si se tocaba el resorte de su celo por la diosa local. Cuando Pablo pasa a las exhortaciones prácticas de su Epístola empieza diciendo: *“Esto, pues, digo y encargo solemnemente en el Señor: que vosotros no andéis más como también los gentiles andan, en la vanidad de su mente, ofuscado su entendimiento, extraños a la vida de Dios por la ignorancia obstinada que hay en ellos...”* **(Ef 4:17-18)**. Los frutos de este entendimiento ofuscado, y de la perversa ignorancia de lo que Dios quería revelar, proliferaban en todos los estamentos de la vida social, familiar y religiosa en Éfeso, de modo que Pablo hablaba de peligros reales, que acechaban constantemente a los creyentes que vivían en Éfeso. Por la gracia de Dios se edificó en Éfeso un Templo espiritual, donde habitaba Dios por el Espíritu, reflejo de la Iglesia universal. En cambio, en el transcurso de los siglos, el Templo de Diana cayó en ruinas, y hoy en día no pasa de ser un mero lugar de interés turístico o arqueológico, sin tener el menor impacto religioso sobre los habitantes de la región.

## Análisis de la Epístola

Tema general: Cristo y su Iglesia en el centro del plan de Dios para los siglos

- 1.** Saluciones (**Ef 1:1-2**)
- 2.** La parte doctrinal: El propósito eterno de Dios en Cristo (**Ef 1:3-4:16**)
  - El plan divino para los siglos (**Ef 1:3-14**)
  - La primera oración de Pablo en vista del plan (**Ef 1:15-19**)
  - La preeminencia del Cristo glorificado (**Ef 1:20-23**)
  - La historia de los redimidos: de la muerte a la vida, por Cristo (**Ef 2:1-10**)
  - La reconciliación y unión de judíos y gentiles en un cuerpo, la Iglesia (**Ef 2:11-22**)
  - La revelación del plan al apóstol de los gentiles (**Ef 3:1-13**)
  - La segunda oración del apóstol (**Ef 3:14-21**)
  - La unidad y plenitud de la Iglesia según el plan (**Ef 4:1-16**)
- 3.** La parte práctica: La conducta de los ciudadanos del cielo en el mundo (**Ef 4:17-6:20**)
  - El viejo andar y el nuevo (**Ef 4:17-5:21**)
  - Casos concretos del nuevo andar (**Ef 5:22-6:9**)
  - La lucha para la realización del plan (**Ef 6:10-20**)
- 4.** Saludos finales (**Ef 6:21-24**)

## Temas para meditar y recapacitar

- 1.** Discurra libremente sobre las circunstancias históricas y espirituales que motivaron la redacción de Efesios.
- 2.** Por medio de dos columnas paralelas, haga un estudio comparativo de Efesios y Colosenses, comentando luego tanto las similitudes como las diferencias entre las dos.

# El propósito eterno de Dios en Cristo (Efesios 1:1-14)

---

## Salutaciones (Ef 1:1-2)

Pablo empieza sus cartas según las normas epistolares corrientes en su época, mencionándose a sí mismo como el que escribe, para pasar luego a nombrar los receptores de su comunicación. Una comparación de los comienzos de diferentes epístolas revelará ciertas modificaciones dentro de esta norma general.

### 1. El autor de la carta

Pablo el apóstol. Por excepción, Pablo no asocia consigo mismo a ninguno de sus colegas al dirigir esta carta a los efesios, quizá a causa de su carácter de “carta circular” que notamos en la Introducción. De todos modos, la autoridad de las Epístolas paulinas se deriva de la comisión de Pablo mismo como apóstol en el sentido especial y restringido del término, es decir, como uno de los comisionados por el Señor que habían de recibir y transmitir las verdades del Nuevo Pacto. Pensando en su derivación y en su uso general durante el primer siglo, un “apóstol” era “un enviado en misión especial”, o sea, un “delegado”, lo que admite un sentido más amplio de la palabra en ciertos lugares del Nuevo Testamento. Aquí, sin duda alguna, Pablo recalca el significado especial y limitado que ya hemos mencionado, pues compartía este cometido con los Doce apóstoles. De ello depende la autoridad inspirada del escrito.

Apóstol de Cristo Jesús. La frase “*de Cristo Jesús*” puede significar que pertenecía a Cristo Jesús, o que había sido enviado por Cristo. Los dos matices expresan claras verdades en cuanto a Pablo. El mismo, como hombre, no era nada, pero el hecho de ser apóstol de Cristo Jesús prestaba indudable autoridad a todo cuanto había de comunicar a los efesios.

Por la voluntad de Dios. Suena muy pronto en la epístola esta nota tan característica de todo su contenido. Como veremos, al estudiar los versículos siguientes, todo el plan de la salvación tuvo origen en la voluntad de Dios, hallando su Centro en la Persona del Hijo. La proclamación de las Buenas Nuevas de la salvación correspondía en primer lugar a los apóstoles, y aquí su obra —en relación especial con Pablo— es una manifiesta expresión de la voluntad divina. Al principio de Gálatas, Pablo recalca el hecho de que su misión fue totalmente independiente de la voluntad humana, al escribir: “*no de parte de hombre, ni por medio de hombre alguno, sino por Jesucristo y por Dios Padre*” (Ga 1:1). El instrumento era un hombre, que empleaba el idioma de su tiempo, pero la voluntad de Dios determinó tanto la misión como los términos del mensaje.

### 2. Los receptores de la carta

Los efesios. No hemos de volver sobre la cuestión de quiénes fuesen los receptores de la Epístola, pues creemos que se ha establecido de una forma convincente que Pablo envió su mensaje en primer lugar a los efesios, con el deseo de que la carta fuese transmitida a varias otras iglesias de la provincia de Asia.

A los santos y fieles en Cristo Jesús. Un estudio detenido del término “*santos*”, tal como se emplea en las Epístolas de Pablo, revela que se aplica a todos los verdaderos creyentes por cuanto éstos se hallan “separados” del pecado y del mundo en Cristo Jesús. El origen del concepto se halla en las personas y objetos “santificados” o “consagrados” para el uso exclusivo de Dios en el Antiguo Testamento, con referencia especial a los sacerdotes del sistema levítico y a los enseres del Tabernáculo o del

Templo. Otras cosas eran “profanas”; o sea, para el uso común, pero no así aquello que se había dedicado al servicio de Jehová. Se trata, pues, de la posición de los creyentes, escondidos en Cristo y apartados para Dios por este hecho. Huelga decir que la santidad posicional de los creyentes debiera manifestarse por medio de una vida santa, pero aquí se trata de lo que Dios había hecho por los efesios en su gracia.

Los “*santos*” son también los “*fieles*”, que equivale a “creyentes” en general, sin que falte el indicio de que han de ser constantes en su profesión de fe, siempre “*en Cristo Jesús*”.

### 3. Los términos del saludo

Gracia y paz a vosotros. He aquí la “bendición” normal con la cual Pablo empieza sus cartas. Gracia, en su uso en el griego helenístico, no significaba gran cosa, pero absorbido el término en el lenguaje del Nuevo Testamento tomó carta de nobleza, pues no sólo indica “favor”, sino toda operación divina que nace del amor de Dios y que tiene por objeto la cumplida bendición de los hombres “*en Cristo*”. Se manifiesta sobre todo en la gran obra de la redención, pero Pablo desea —en espíritu de oración y de súplica— que los efesios puedan experimentar esta obra divina a su favor en todos los detalles de su vida.

Paz era el saludo normal de los hebreos, y Pablo la asocia siempre con la gracia. Es la aceptación tranquila y confiada de la voluntad de Dios, aun en medio de circunstancias que parezcan adversas y dolorosas. Sin la paz interna, y sin esta trabazón de amor pacífico que nos una a los hermanos, no puede haber manifestación alguna de la voluntad de Dios. La gracia y la paz proceden por igual de “*Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*”, hecho demostrativo de la deidad del Señor, pues sólo Dios puede ser fuente de gracia.

## El plan divino para los siglos (Ef 1:3-14)

### I. Consideraciones generales

En la Introducción señalamos la probabilidad de que Pablo, dentro de la relativa tranquilidad de su primer cautiverio en Roma, dejase volar su pensamiento, ayudado por el Espíritu Santo que “*todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios*” (1 Co 2:10), hasta abarcar el plan eterno de Dios para la Iglesia y aun para el universo. No encontramos el término “*Iglesia*” en esta epístola hasta llegar a (Ef 1:22), pero, sin duda, los receptores de las bendiciones que se señalan en esta porción forman parte de la Iglesia, tal como se ha de ver en párrafos sucesivos.

Muy prominentes son los conceptos de la gracia de Dios, sus propósitos electivos que expresan esta voluntad, y la predestinación, o preordinación, que determina la santidad de los fieles y su constitución en una familia espiritual por medio de su adopción como hijos. Hallaremos términos que será preciso examinar, con ánimo de entenderlos correctamente, dentro de las hermosas perspectivas del gran plan de los siglos. Todo será para la alabanza de la gloria de su gracia, con la cual “*nos agració*” (V. H. A.) en el Amado. La pequeña frase “*en Cristo*” —o su equivalente— se halla nada menos que once veces en la porción (Ef 1:1-14), además de los similares “*por Jesucristo*” y “*para él*”: hecho que enfatiza la preeminencia del Hijo en todos los aspectos de la formulación y la realización del sublime propósito de Dios (Col 1:13-20).

Algunos comentaristas bíblicos suelen enfatizar tanto el aspecto volitivo del plan que procede del beneplácito de la voluntad de Dios, quien elige los beneficiarios de su gracia, que se olvidan de mencionar los aspectos complementarios de esta verdad, desarrollados con igual énfasis en otras partes de las Escrituras, que describen la promulgación

histórica del Evangelio. Muy lejos está de nuestro ánimo el deseo de quitar fuerza alguna de las expresiones que hemos citado, pues la soberanía de Dios es una verdad fundamental de la fe cristiana; sin embargo, a causa de las formulaciones dogmáticas de ciertos sistemas teológicos que han influenciado profundamente en el pensamiento de extensos sectores del cristianismo, hemos de enfatizar la verdad consoladora de que nuestras bendiciones espirituales se hallan garantizadas en Cristo, según la voluntad de Dios, formulada desde antes de la fundación del mundo. La santa doctrina de la elección puede tergiversarse, mudándose en la enseñanza horrenda, desconocida en las Escrituras, de que Dios, por la operación de una voluntad arbitraria, “a secas”, ha determinado desde antes de la creación quiénes han de recibir el auxilio de su gracia y quiénes han de ser privados de ella, predestinando a aquéllos a la gloria eterna y a éstos a la condenación eterna. Desde cierto punto de vista Dios no tiene por qué “explicar” su voluntad, pero desde otro, nos hemos de fijar en la revelación que Él mismo se ha dignado ofrecernos en su gracia y que arroja mucha luz sobre ella. “Dios es amor”, declara el apóstol Juan enfáticamente por dos veces, señalando el amor como esencia de su ser, y el amor nunca obra arbitrariamente.

Elaborando este concepto, notamos que todo lo que quiere Dios, y todo lo que Él determina, estará conforme con los atributos divinos que Él mismo nos ha descubierto en las Sagradas Escrituras, así que toda operación de su voluntad y de sus consejos se desarrollará dentro del marco de la más perfecta justicia y santidad, mientras que su amor, impulsor de su gracia, saca a luz el plan de la redención: muestra perfecta de su sabiduría. Todo eso lo sabemos, no por raciocinios humanos, sino porque a Dios le ha placido revelárnoslo en las Escrituras. Sobre todo, vemos la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (**2 Co 4:6**).

Le agradó a Dios crear al hombre, y no un autómatas, y el hombre, según la definición bíblica, ha de obrar con responsabilidad moral ante Dios o cesa de ser lo que Dios quiso que fuese. Aun después de la Caída, el hombre, incapaz de salvarse, puede admitir o rechazar las operaciones de la gracia de Dios tendentes a su salvación. Si no, tendríamos que borrar amplias secciones de la Biblia en las cuales Dios reprocha a muchos hombres el haber escuchado la Palabra suya y haberla rechazado, verdad que se resume en (**Jn 3:16-21**). El Hijo es el Escogido de Dios, y todos aquellos que se encuentran “*en el Hijo*” también son “*escogidos*”. La manera en que llegan a hallarse “*en Cristo*” es el tema del Evangelio que declara que hay valor infinito en el Sacrificio de la Cruz, de manera que “*todo aquel que en él (Cristo) cree, tiene vida eterna*”. En el pasaje que estudiamos somos llamados a gozarnos en las maravillosas operaciones del consejo de la voluntad del “*Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*” sin que por ello dejemos de recordar que somos amonestados muchas veces en las Escrituras a que “*no recibamos en vano la gracia de Dios*” (**2 Co 6:1**).

## 2. La doxología (Ef 1:3)

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. La sublime visión que se abre ante la mirada extasiada del apóstol le lleva a “bendecir” a Dios, llamándole “*el Bendito*”, a la manera de los hebreos. Desde cierto punto de vista, sólo le compete a Dios bendecir a sus criaturas, pues éstas nada pueden añadir a su perfección divina, pero las doxologías son frecuentes en las Escrituras como reconocimiento de lo que Dios es en sí, siendo Fuente de toda bendición. Los términos suelen distinguirse en el Nuevo Testamento, pues “*euloguétos*” —que se emplea aquí— describe a Dios en su esencia, y en el Nuevo Testamento siempre se aplica a Él. Pero “*euloguémenos*” describe la persona que recibe la bendición divina, siendo así “*bendito*” (**Mt 25:34**) (**Lc 1:42**) y (**Ga 3:9**).

Es significativo que Pablo eleve su doxología al “*Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*”, pues la expresión de la voluntad divina, que tantas bendiciones traerá sobre los fieles, se relaciona en todo momento con el Hijo, quien, por el misterio de la Encarnación y la consumación de su obra, llegó a ser Señor. El título completo nos recuerda también que él es Jesús, el Hijo del Hombre, como también el Cristo, en cuyas manos prosperan todos los propósitos de Dios. Así hemos de conocer a Dios viendo su gloria en la faz de Jesucristo, pues en vano intentaremos sondear los misterios del Ser del Trino Dios fuera de lo que se nos ha dado a conocer en el Hijo, y por la iluminación del Espíritu Santo (**Mt 11:27**).

Toda bendición espiritual. El Bendito no puede por menos que bendecir, según lo que Él mismo ha revelado de su Persona, y, bendiciéndonos, lo hace generosamente, con toda bendición “*eulogía*” en Cristo. Cuáles sean estas bendiciones es el tema de la carta, y sólo notamos aquí que se trata de bendiciones espirituales, no condicionadas por las fluctuantes circunstancias de esta vida. Desde luego, Dios puede bendecirnos en cosas materiales, pero la visión de la fe convierte aun éstas en bendiciones espirituales. Toda bendición se halla “*en Cristo*”, como esfera dentro de la cual se derraman sobre nosotros, siendo él el instrumento único que las hace efectivas en nuestras vidas. No se contempla nada “*fuera de Cristo*” en este pasaje.

En lugares celestiales. La frase “*en tois epuranois*”, que, literalmente, no dice más que “*en los celestiales*”, se halla cinco veces en esta epístola, y en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, bien que “*celestiales*” es bastante común. Todos los traductores ven la necesidad de suplir alguna palabra para completar el sentido, como “*en lugares celestiales*”, o “*en esferas celestiales*”. La interpretación de la frase se complica por el hecho de que en (**Ef 6:12**) esta esfera es también la de “*huestes espirituales de maldad*”, de modo que no corresponde “sin más” a lo que llamamos “el Cielo”. Es mejor contrastar “*lugares celestiales*” con “*esferas mundanas*” o “*temporales*”, ya que, en Cristo, nuestro nuevo ser, regenerado por el Espíritu Santo, se mueve sobre un plano que se diferencia de lo mundano o temporal, siendo espiritual y celestial. En (**Fil 3:20**) Pablo nos recuerda que nuestra ciudadanía se halla en el Cielo, de donde esperamos un Salvador, y la analogía es evidente. Como seres humanos estamos “*en Éfeso*”, “*en Nueva York*”, “*en Buenos Aires*”, “*en Madrid*”, “*en Barcelona*”, etc., pero siendo redimidos ya, nos hallamos “*en Cristo*”, de modo que la vida interna y real se desenvuelve sobre un plano muy diferente, íntimamente relacionado con la plenitud de vida de “*los siglos de los siglos*”. El problema presentado por hallarse la misma expresión en (**Ef 6:12**) quizá tenga su solución en las referencias que hacen ciertos pasajes bíblicos a potencias espirituales, que un día se rebelaron contra Dios, que no han sido desalojadas aún de las esferas superiores (**Ap 12:7-12**) y (**Job 1:6-12**) (**Job 2:1-7**).

### 3. La elección en Cristo (**Ef 1:4-6**)

El momento de la elección. La frase “*según nos eligió en él*” relaciona el tema de la elección con las bendiciones que Dios derrama sobre los suyos en los lugares celestiales, y el momento se señala por la frase “*antes de la fundación del mundo*”. Esta forma exacta solamente se halla en (**Jn 17:24**) y en (**1 P 1:20**), aunque otras análogas se usan en (**Mt 13:24**) (**Lc 11:50**) (**He 4:3**) (**Ap 13:8**) (**1 Co 2:7**), etc. Lo importante es que comprendamos que la elección divina se presenta como pretemporal, o quizá mejor, supratemporal, pues no depende del vaivén de las circunstancias terrenas. Este mundo había de ser el escenario de la obra de la redención en su manifestación histórica, pero el designio divino que determinó el acontecimiento y sus resultados se sitúa en la eternidad. He aquí la base de la seguridad de la salvación del creyente, quien no puede estar a merced de ciertas fluctuaciones de su fe, “*entrando y saliendo*” de la esfera de la gracia.

El propósito de la elección. Examinaremos los términos elección y preordinación en el párrafo siguiente, notando aquí que los receptores de este beneplácito divino somos nosotros, los creyentes que nos hallamos en Cristo. Lo que fue determinado se expresa por las cláusulas: *“Nos eligió... para que fuésemos santos y sin mácula en su presencia... habiéndonos preordinado para ser hijos suyos por medio de Jesucristo”*.

Hemos analizado el significado de *“santos”* al comentar el versículo 1, y sólo resta subrayar que la elección de Dios tuvo por objeto la preparación de una familia de tales *“santos”*, separados en Cristo Jesús para sí mismo. El término traducido *“sin mácula”* (o *“sin mancha”*, *“sin culpa”*) es *“amómos”*, que, en este contexto, ha de significar la perfección moral de los hijos de Dios como fruto y consumación de la gran obra de redención, determinada antes de la fundación del mundo. Notemos que esta perfección se manifiesta *“en su presencia”* o *“delante de él”*, que señala la meta del plan en este aspecto. Con todo, podemos sacar consecuencias prácticas de estas frases, ya que corresponde la santidad de vida al *“santo en Cristo”*, y un andar irreprochable a los que se hallan sin mancha en la presencia de Dios. Esta aplicación práctica y ética de la doctrina se desarrollará en la sección apropiada de la Epístola.

La adopción como hijos de Dios. La doctrina de *“la adopción”*, *“uiozesía”*, *“colocar como hijo”*, es característica de los escritos de Pablo, y debiera estudiarse en **(Ga 4:4-7)** y **(Ro 8:14-17)**. Es una de las hermosas figuras que ilustran las variadas facetas de la totalidad de la obra de salvación, basándose, como otras, en las costumbres sociales de entonces. La adopción en cierta familia de un niño que procede de otra es algo conocido en nuestros tiempos, pero adquiriría una categoría especial en la esfera grecorromana de entonces. Si un cabeza de familia quedaba sin hijo heredero —o simplemente quería añadir otro joven a la familia ya existente— podía buscar a un muchacho o un joven de una familia digna, y, con el consentimiento de todos —previa una ceremonia solemne—, le recibía como hijo suyo, con todos los derechos, privilegios y responsabilidades de los nacidos en la casa. El apóstol Juan, en sus escritos, suele subrayar el sagrado misterio del nuevo nacimiento, por el cual somos *“engendrados de Dios”*, enfatizando la comunidad entre el Padre y el hijo. Pablo añade la figura de la adopción con el fin de recalcar que el hijo no ha de ser una mera *“criatura”*, sino un ser adulto, capaz de reconocer al Padre, de comprender sus propósitos, sirviéndole con fidelidad y devoción.

Aquí vemos que esta adopción, esta formación de una familia de hijos adultos, es algo que Dios preordinó, en su amor, y según el beneplácito de su voluntad, antes de la fundación del mundo. Cuando el apóstol Juan contempla la familia de Dios —desde su punto de vista especial—, exclama: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios, ¡y lo somos!”* **(1 Jn 3:1)**; cabe el mismo sagrado asombro al comprender que el amor de Dios le impulsó a constituir una familia de hijos adoptivos, en Cristo, desde la eternidad.

Elección, preordinación, beneplácito. El verbo *“elegir”*, *“eklégomai”*, quiere decir —en su voz media— *“escoger para uno mismo”*, mientras *“preordinar”* traduce *“proorídso”*, o *“determinar de antemano”*, un verbo que no se encuentra antes de los escritos de Pablo. Los dos verbos se enlazan estrechamente, ya que la elección se lleva a cabo por medio de la preordinación, es decir, según el plan eterno que Dios había propuesto en el Hijo para la formación de la familia espiritual. *“Beneplácito”* traduce *“eudokía”*, y un examen del término —con el verbo correspondiente— nos llevaría fuera de los límites de esta exposición. Introduce la idea de *“deseo”* y de *“deleite”* en la presentación del propósito de Dios, muy de acuerdo con el plan de formar una familia amada según la voluntad de quien es, en sí mismo, AMOR. Nadie tiene derecho de aislar estos hermosos términos de su contexto para aplicarlos donde no pertenecen. Se trata de los propósitos que hemos venido examinando en los párrafos anteriores, bien que aún nos queda otra finalidad de

suma importancia, ya que todo había de ser *“para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos agradó en el Amado”*.

Todo el plan había de revelar —ante la asombrada mirada de ángeles y hombres— la gloria de la gracia de Dios, al escoger a pobres hombres pecadores, transformándoles en hijos suyos en Cristo. La traducción de la V. H. A. no parece muy elegante, pero conserva la idea de gracia en todas sus partes: *“su gracia, con la cual nos agradó”*, que refleja el sentido del original. Los destinatarios del amor del Padre hallan la totalidad de esta gracia *“en el Amado”*, precioso título del Señor que resonó del Cielo cuando se consagró a su obra redentora en su bautismo (**Mt 3:17**), allí *“agapetos”*, y aquí *“égapémnoi”*. *“Para alabanza de su gloria”* se halla también en los versículos 12 y 14, constituyendo un refrán que recuerda el hecho de que el anuncio de la gracia infinita de Dios ha de hallar eco por medio de las alabanzas de los “agraciados”, como también resonancia en todos los seres inteligentes —no rebeldes— que Dios ha creado (**Ap 5:8-14**). *“Porque de él y por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén”* (**Ro 11:36**).

#### 4. La base y la finalidad cósmica del plan (**Ef 1:7-10**)

La redención por su sangre. En (**Ap 13:8**) hallamos la expresión: *“el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo”*, y Pedro escribe de *“la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya preordinado desde antes de la fundación del mundo”* (**1 P 1:19-20**). Pablo emplea el tiempo presente: *“en quien tenemos redención por su sangre, la remisión de ofensas”*, pero la redención que ahora disfrutamos fue parte principal del plan eterno que expone en este pasaje, como recuerdan las citas del Apocalipsis y de 1 Pedro. La Obra de la Cruz se llevó a cabo, en el plano histórico, en Jerusalén en el año 30 de nuestra era, pero lo que fue manifestado entonces tuvo su origen en el pensamiento y en la voluntad de Dios como medio para conjugar las demandas de su justicia con las exigencias de su amor al proyectar la salvación de hombres pecadores.

Redención —(*“apolutrósis”*)— es una metáfora más que se saca de la vida social y económica de la época. Por ser muy conocido el término, sólo recordaremos muy brevemente que los muchísimos seres que gemían bajo el yugo de la esclavitud en el Imperio de Roma sólo podían ganar su libertad por medio del pago del precio del rescate —(*“lutron”*)— según las condiciones exigidas por la ley. Si un esclavo hallaba a un redentor que abonase el *“lutron”*, recibiría los documentos que declaraban su libertad como miembro autónomo ya de la sociedad, y esta transacción se llamaba *“redención”*. Como término que expresa una de las facetas de la salvación, afirma que Cristo es el Redentor, quien pagó el *“lutron”* mediante el cual nosotros nos hallamos libres: libres del pecado, de la potencia de Satanás, del sistema de este mundo y del temor de la muerte, para ser no ya *“libertos”* —no muy bien mirados dentro de la sociedad—, sino hijos adoptivos y amados de la familia de Dios.

Para comprender el verdadero significado de la sangre hemos de acudir a los sacrificios típicos, ordenados por Dios, en el sistema levítico, con referencia especial a la Pascua, los sacrificios de Levítico capítulos 1 al 7, el Día de Expiaciones y su epílogo (**Lv 16:1-17:11**). El oferente se identifica con la víctima, y, al ser inmolada ésta, su sangre representa la vida ofrecida en sacrificio sobre el altar, y es *“la sangre que hace expiación, a causa de ser la vida”* (**Lv 17:11**). Claro está, la sangre animal no podía cancelar el pecado, pero anticipaba simbólicamente la ofrenda de la Vida de valor infinito del Cordero de Dios sobre el altar de la Cruz, que es el único *“lutron”* capaz de satisfacer la justicia de Dios en orden al pecado. La redención equivale aquí a la remisión de ofensas, pues el pecado se ha borrado y el que aprovecha la redención queda libre de su pesada carga de culpabilidad. Hay varios términos que señalan distintos aspectos del pecado, y el que se

emplea aquí es “*paraptama*”, un traspié, una caída por el camino de la vida, que constituye una ofensa contra Dios.

Las riquezas de su gracia. La obra expiatoria de Cristo es el medio por el cual tal cúmulo de bendiciones espirituales pueden estar a la disposición del creyente, representada esta obra por su sangre. Todo el designio de la redención brotó de la gracia de Dios, que hemos explicado como el amor divino en acción, el poderoso motor de tan vasto plan. No es posible imaginar nada más sublime ni más amplio, de modo que Pablo habla de las riquezas de su gracia que hizo abundar para con nosotros. Más tarde destacará el contraste fundamental entre la gracia de Dios y las obras humanas, siendo éstas totalmente ineficaces cuando se trata de la salvación del pecador (**Ef 2:4-10**).

La manifestación de la sabiduría de Dios. Dios hizo que su gracia abundase para con nosotros “*en toda sabiduría y discernimiento*”. Es fácil comprender que, detrás del sublime plan de Dios, y las operaciones de su gracia, se halla la sabiduría divina en grado inconmensurable. Sólo el ejercicio de la infinita sabiduría de Dios pudo lograr la reconciliación entre dos principios opuestos —su justicia y su amor— que se describe poéticamente en el (**Sal 85:10**): “*La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron*”. No es tan fácil ver la aplicación, en este contexto, del vocablo traducido por “*discernimiento*”, “*inteligencia*” o “*prudencia*” que se halla asociado con la sabiduría, ya que normalmente es una actividad psicológica del hombre, algo que surge de su mente. Sin duda denota, excepcionalmente, la manera en que la sabiduría de Dios discernía la naturaleza del mal que había de ser vencido, proveyendo el único medio capaz de mantener su justicia y, a la par, manifestar su amor para con el hombre pecador.

#### 5. La coordinación futura de todas las cosas en Cristo (**Ef 1:9-10**)

La revelación del “*misterio*”. La primera impresión que recibimos al leer el término “*misterio*”, es que se trata de las profundidades del plan de Dios que no están al alcance de la inteligencia humana. Desde luego, tales “*misterios*” existen, pero no se trata aquí de ellos, pues Pablo emplea el término “*mysterion*” en un sentido técnico que sus lectores en Éfeso comprenderían perfectamente bien. Tanto en el judaísmo como en ciertos medios religiosos paganos, un “*misterio*” fue algo oculto a los ojos del vulgo, pero revelado al iniciado, capaz de entender el secreto.

Para Pablo llega a ser algo escondido antes del advenimiento de Cristo, pero ya revelado a los fieles por medio del ministerio apostólico. Normalmente se trata del “*misterio*” de la constitución de la Iglesia, de creyentes hebreos y gentiles (**Ef 3:1-13**), pero el misterio que se da a conocer en estos versículos se relaciona con el propósito divino de reunir todas las cosas en Cristo en el cumplimiento de los tiempos. Los hombres naturales nada saben de este secreto de los propósitos de Dios, pero se pone al alcance de los fieles gracias a estas sublimes revelaciones del plan total de Dios. El poder contemplar el decurso de la historia dentro de las vastas perspectivas del plan de Dios, con el conocimiento de la Meta final, debiera traer tranquilidad y paz al corazón del creyente instruido en el “*misterio*”.

La dispensación del cumplimiento de los tiempos. Es mejor leer estos versículos en la Vers. R. V. R. 60, ya que la V. H. A. dificulta la comprensión del sentido, tan amplio y sublime en sí que es necesaria mucha concentración para absorberlo. En líneas generales, vemos que el beneplácito de Dios obra por medio de Cristo no sólo para derramar abundantes bendiciones sobre los fieles, miembros de su Iglesia, sino también para la consumación del plan total de la creación. El que nosotros vivamos espiritualmente en esferas celestiales no ha de hacernos olvidar el hecho de que Dios es Creador de todas las cosas, y que no en vano sacó a luz sus maravillosas obras. La mancha del pecado impide la manifestación de la perfección de lo creado ahora, pero hay razones para creer que la Obra de la Cruz tiene un alcance cósmico, es decir, universal.

Habrá “*cielo nuevo y tierra nueva*”, por un proceso de “conversión” de lo viejo en lo nuevo (**Ap 21:1**) (**2 P 3:10-13**), que constituirá una nueva “*dispensación del cumplimiento de los tiempos*”, bajo la plena soberanía del Cristo como Cabeza. Bajo el régimen del pecado, los “*tiempos*” llegan a su fracaso inevitable, pero, en Cristo, llegarán a su cumplimiento, cuando se manifieste lo que Dios se propuso en relación con ellos. Al proseguir nuestros estudios, tendremos razones para pensar que Cristo y su Iglesia ocuparán el centro de la Nueva Creación, dando sustancia y significado a toda ella.

La palabra “*dispensación*” traduce “*oikonomía*”, que significa, en primer lugar, la administración de una casa. De ella se derivó la voz moderna de “economía”. En las Escrituras, señala la administración distintiva de cada uno de los “*tiempos*” o “*siglos*” que jalonan el desarrollo del proceso temporal o histórico desde la creación hasta este “*cumplimiento*” que se nota aquí. En el llamado “dispensacionalismo” se ha exagerado la diferencia entre un período administrativo y otro, como si se tratara de “compartimientos estancos”, sin percibir la unidad del plan de Dios a través de los siglos, que se rigen fundamentalmente por principios idénticos. Con todo, el tema de “*los siglos*”, “*los tiempos*” y “*las dispensaciones*” es importante, pues ningún estudiante serio de las Escrituras puede ignorar la diferencia de “administración divina” que se revela antes y después del llamamiento de Abraham, antes y después de la promulgación de la Ley, antes y después del advenimiento de Cristo, etc. Lo que —con poca propiedad— llamamos “la eternidad futura” se describe en el Nuevo Testamento por la frase “*el siglo de los siglos*” o “*los siglos de los siglos*”, de modo que este “*cumplimiento de los tiempos*” del versículo 10 no señala un estado fijo e invariable, sino la consumación del plan de Dios, libre ya de toda oposición y rebeldía. El cumplimiento de los tiempos se traduce más literalmente su plenitud, término que volveremos a encontrar en estos estudios.

La consumación y reunión de todas las cosas en el Cristo. La reunión de todas las cosas se expresa por un verbo muy especial, “*anakefalaioomai*”, “*encabezar*”, cuyo elemento fundamental es “*kefale*”, “*cabeza*”, o “*kefalaion*”, “*punto principal*”. Se empleaba en la retórica para indicar el resumen de los puntos anteriormente desarrollados en un discurso. En el contexto aquí no puede significar menos que la coordinación de todas las cosas, tanto seres inteligentes, como cosas materiales, bajo el control y dentro de la operación vital del Cristo de Dios. Se le llama aquí el Cristo, el Ungido, por cuanto sacará a luz en esta plenitud de los tiempos la consumación de la misión que recibió del Padre. El pensamiento primordial es muy parecido al concepto que Pablo desarrolla en (**Col 1:13-20**), y bien podríamos aplicar a los conceptos de nuestra porción la hermosa expresión de (**Col 1:18**): “*para que en todo tenga él la preeminencia*”.

## 6. La herencia de Dios preordinada en Cristo (Ef 1:11-14)

El consejo de la voluntad divina. Los términos del versículo 10 nos llevaron a la consideración de la consumación del vasto proyecto eterno que colocará todas las cosas bajo el señorío de Cristo, cuando se manifieste la plenitud de todos los tiempos. Más tarde el apóstol volverá a meditar en este aspecto cósmico de la obra de Dios, pero dentro del plan universal se halla la Iglesia, que es el tema especial de esta carta. No se nombra como tal, pero sin duda la “*herencia*” es la Iglesia. Las bendiciones son nuestras en Cristo y miles de astros no valen lo que un alma humana redimida. Dios obra todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, y el punto céntrico del amante consejo es Cristo, y “*en él*” se hallan todos los fieles, quienes se presentan aquí como la “*herencia*” de Dios, o como su “*posesión adquirida*”.

Antes de meditar en esta hermosa figura, quizá sea aconsejable señalar tanto la extensión como los límites de la notable declaración del versículo 11: “*Aquel (Dios) que obra todas las cosas conforme al consejo de su voluntad*”. Es una expresión admirable de

la omnipotencia de Dios, ya que no hay voluntad alguna que pueda prevalecer contra el consejo de la suya. Ahora bien, esto no quiere decir que *“Dios puede hacer cualquier cosa”*, según la idea popular; significa más bien que puede realizar todo lo que ha determinado según los postulados de su propio ser. En **(Tit 1:2)** leemos que Dios *“no miente”*, o que *“no puede mentir”*, mientras que Santiago declara que Dios *“no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie” (Stg 1:13)*. La omnipotencia de Dios toma en cuenta el hecho del mal, y es tal que puede hacer que las obras de los perversos redunden en alabanza suya; pero el Santo no puede realizar nada que esté en conflicto con su santidad esencial. Tampoco puede cambiar su propia ley determinando que *“todo lo que el hombre siembra, eso también segará”*, pues no puede negarse a sí mismo.

He aquí la contestación a la repetida objeción de los incrédulos: *“Si Dios es omnipotente, ¿por qué permite tal o cual tragedia que aflige aún el corazón de los hombres?”*. El origen del mal no se ha revelado, pero el consejo de la voluntad de Dios toma en cuenta el hecho, como también recuerda la necesaria responsabilidad moral del hombre que Él ha creado según sus propios designios. A pesar de la injerencia del mal, y de acuerdo con su pensamiento para el hombre, sigue ordenando todas las cosas para conseguir la consumación de lo que Él ha determinado; he aquí el significado bíblico de la *“omnipotencia de Dios”*, que dista mucho de ser la mera aplicación de una fuerza arbitraria sin límites.

## 7. Creyentes judíos y gentiles forman parte de la herencia (Ef 1:11-13)

La herencia es la posesión que Dios prepara para sí mismo en Cristo, y que se verá en toda su extensión y gloria en la plenitud de los tiempos. El verbo *“en quien fuimos constituidos herencia”* se deriva de *“kléoo”*, o sea, *“señalar una porción por medio de echar suertes”*, pero se ha de entender a la luz de la distribución de la Tierra Prometida entre las doce tribus de Israel, según los relatos del libro de Josué. Echando suertes, los ancianos de Israel determinaron *“la porción”* o *“la herencia”* que había de ser asignada en perpetuidad, tanto a las tribus, como a las familias dentro de ellas. En cuanto a la forma verbal, cabe la posibilidad del significado: *“Fuimos hechos participantes de la herencia”*, o, alternativamente, que *“fuimos constituidos herencia”*: la segunda alternativa parece convenir mejor al contexto, de modo que nosotros —los creyentes en Cristo Jesús— constituimos la herencia preordinada, y de nuevo hallamos el refrán: *“para alabanza de su gloria”*, puesto que la manifestación de la herencia en toda su hermosura y plenitud revelará maravillosamente la gloria de Dios.

En el capítulo 2 hallaremos enseñanzas del apóstol sobre el derrumbamiento de la *“pared intermedia de separación”* entre judíos y gentiles, a los efectos de constituirse la unidad esencial de la Iglesia. Aquí contempla los dos aspectos del plan que determinó la formación de la herencia de Dios, pensando en todo cuanto Dios hizo por medio de Israel hasta que llegó *“el cumplimiento del tiempo”* para el advenimiento del Mesías **(Ga 4:4)**, y luego en el llamamiento tanto de judíos como de gentiles para formar parte de la herencia según el glorioso plan de los siglos.

Siguiendo las líneas generales de la traducción inglesa R. S. V., damos el significado de los versículos 11 y 12 como sigue, con el fin de destacar este doble aspecto de *“judíos y gentiles”*: *“En él —según el designio de Aquel que realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad— nosotros, quienes éramos los primeros para esperar en el Cristo, hemos sido preordinados y nombrados a fin de vivir para la alabanza de su gloria. En él también vosotros, que habéis oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creísteis en él, fuisteis sellados por el Espíritu Santo prometido, quien es la garantía de nuestra herencia, hasta su plena redención, para la alabanza de su gloria”*.

El contraste se destaca si nos fijamos en las palabras y la frase subrayadas. “*Nosotros*” hace referencia al Israel espiritual que primeramente fijó su esperanza en el Cristo, en el Ungido, para que Dios fuese alabado. Al emplear el pronombre personal en plural, “*nosotros*”, Pablo se identifica con los creyentes judíos que reconocieron al Mesías y le aceptaron, según el plan de Dios para el verdadero pueblo de Israel. En marcado contraste, hallamos “*vosotros*”, o sea, los gentiles que llegaron a formar parte de la herencia por la gracia de Dios después de oír la predicación del Evangelio en sus lejanas provincias, creyendo luego en Cristo para ser sellados por el Espíritu Santo.

El modo de la entrada de los gentiles en la herencia (**Ef 1:13-14**). Las versiones modernas reflejan exactamente el griego al describir los pasos por los cuales los gentiles —ajenos al pacto especial con Israel— llegaron a ser parte constitutiva de la herencia de Dios. Como en el caso de los judíos creyentes, todo se realiza en Cristo. En cuanto al orden cronológico de los pasos, primeramente oyeron la Palabra, que no sólo era Palabra de verdad, como revelación divina, sino también “*el evangelio de vuestra salvación*”, o sea, el mensaje que llegó a ser medio de salvación para sus almas. Fue preciso que la Palabra fuese creída, y se enfatiza la fe en Cristo, quien había sido el objeto de la fe de los judíos creyentes también.

Esta unión con Cristo permitió que fuesen sellados con el Espíritu Santo prometido. Volveremos al tema del sello del Espíritu Santo, pero ponemos de relieve aquí el orden normal de los pasos por los cuales hombres perdidos en sus pecados llegan a formar parte del pueblo de Dios, la herencia que Él preordinó, que se ha rescatado por la sangre del Cordero, y cuya redención completa está ya determinada. “*La fe viene por el oír*”, dice Pablo en (**Ro 10:17**), enunciando un principio fundamental que se ilustra una y otra vez en Los Hechos. El Evangelio es el mensaje divino, la verdad que Dios quiere que los hombres escuchen, anunciando la salvación en Cristo Jesús. Las almas sedientas reciben la Palabra con humildad y fe, abriendo sus corazones al Salvador, quien satisface sus anhelos y les da vida eterna.

Otras Escrituras nos aseguran que el Espíritu Santo opera en todas las etapas de la salvación en el alma humana, desde la convicción de pecado en adelante, pero aquí el énfasis recae sobre su obra de confirmación, ya que sólo el Espíritu de Dios puede comunicar la vida de Dios a quienes estaban antes muertos en delitos y pecados. Pero lo hace mediante la Palabra, que se recibe con fe; proceso que Pedro describe con más detalle en (**1 P 1:22-25**). No “regenera” el alma en algún momento anterior y secreto, con el fin de que pueda escuchar la Palabra y recibirla, sino que opera conjuntamente con la Palabra, que es la preciosa semilla que germina para vida eterna.

El sello, las arras y la herencia redimida. El significado de la figura del “*sello*” puede variar según el contexto, pero predomina el concepto de asegurar algo como el sello en un paquete certificado. Implícito en este concepto se halla otro: existe un dueño con autoridad para sellar el objeto, o la posesión, como algo que le pertenece por derecho propio e inalienable. Un sello estampado al final de un documento oficial sirve para garantizar su autenticidad y autoridad. El Espíritu Santo había sido prometido tanto en las Escrituras del Antiguo Testamento, como en la profecía de Juan el Bautista, reiterándose y confirmándose la promesa por el mismo Señor Jesucristo (**Mt 3:11**) (**Jn 7:39**) (**Jn 14:16-17,26**) (**Jn 15:26-27**) (**Jn 16:7-14**) (**Hch 1:4,8**), y su obra interna hace eficaz en el corazón del creyente la virtud redentora y vivificadora de la obra de Cristo en la Cruz y en su Resurrección. El que recibe el Espíritu Santo es sellado como “*posesión*” de Dios en Cristo, no pudiendo ser de algún otro, sino de su nuevo Dueño.

Las “*arras*” —“*arraba*”— traduce un término que corresponde a la “*señal*” que confirma la compra de un terreno, de una casa o de un objeto de cierto valor. Antiguamente podía ser

una parte anticipada de aquello que había de ser del comprador una vez que se hubiese completado la transacción, y este aspecto de la figura concuerda bien con los indicios de la obra del Espíritu Santo aquí. No sólo garantiza nuestra herencia futura, sino que él mismo, Dios “dado” a nosotros, es parte esencial de la herencia. ¡Cuán poco nos damos cuenta del altísimo honor que ya hemos recibido al pasar el Espíritu Santo por el umbral de nuestro humilde ser!

El pensamiento básico del apóstol, al emplear la figura de la herencia, es que Dios ha adquirido una posesión que un día será “redimida” totalmente, según su plan eterno, “en Cristo”. Consiste en las almas —procedentes del judaísmo y de la gentilidad— que han sido rescatadas de este mundo y del poder del diablo por la sangre de Cristo (**Ef 1:7**). La redención es un hecho ya en cuanto a nuestra vida espiritual, pero es evidente que aún vivimos sujetos a las circunstancias que han surgido de la Caída, de modo que, en el lenguaje de (**Ro 8:23**), “*gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo*”. Es decir, la redención —ya hemos subrayado anteriormente que se trata de una liberación— abarca el cuerpo y no sólo la vida interior; todavía esperamos la resurrección del cuerpo que nos librá a aun de la presencia del mal, llevando a su culminación las potencias de la personalidad salvada. Cuando la “herencia” se vea dentro del marco del cosmos coordinado bajo la autoridad suprema de Cristo, la preciosa heredad que Dios determinó gozará de la libertad absoluta. El Espíritu Santo es la “señal” del “completo rescate” de la posesión adquirida, para alabanza de la gloria de Dios.

Aflora un aspecto secundario del significado de la “herencia” en el versículo 14, ya que se llama “nuestra herencia”, de la cual el Espíritu Santo es “señal”. Es un concepto complementario, pues si bien Dios lleva a cabo su designio, al redimir su herencia —que también se llama “posesión adquirida”—, al mismo tiempo nosotros, los redimidos, vamos a posesionarnos de la herencia que Dios nos prepara, según las repetidas promesas del Nuevo Testamento. No la hemos ganado nosotros, pues todo será de pura gracia, pero Dios ha determinado que hemos de reinar con Cristo, y que nuestra esfera peculiar en los siglos de los siglos corresponderá a la fidelidad con la cual hayamos desempeñado nuestra mayordomía espiritual en la tierra. Dentro de su vasta “posesión adquirida” habrá la “finca” especial de los herederos con Cristo (**1 Co 3:9**), no para que nosotros seamos “algo”, sino con el fin de que le sirvamos según sus planes eternos, y como medio de glorificarle para siempre. Dios tendrá sumo placer al contemplar la bendición final de los suyos, pues en (**Ef 2:6-7**) leemos: “*Con él nos resucitó, y con él nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las extraordinarias riquezas de su gracia en su benignidad hacia nosotros en Cristo Jesús*”.

## Temas para meditar y recapacitar

- I. Discurra sobre el plan eterno de Dios según las enseñanzas de (**Ef 1:3-14**), destacando los aspectos siguientes: a) lo que fue proyectado antes de la fundación del mundo; b) la base para la realización del plan en la obra de Cristo en el mundo; c) la consumación del plan en relación con el universo; d) la consumación del plan en relación con los creyentes.

# Oración de Pablo en base al plan revelado por Dios (Ef 1:15-23)

---

## La primera oración de Pablo (Ef 1:15-19)

### 1. El preludio a la oración (Ef 1:15-16)

El Plan y las peticiones de Pablo. Sería fácil pensar que Pablo cesa de describir el plan eterno en este punto de su escrito, sintiéndose movido a orar por los efesios, como solía hacer por los creyentes en tantas partes, fuesen los convertidos bajo su ministerio, fuesen otros de los cuales había oído. Es su costumbre mencionar su ministerio de intercesión inmediatamente después de los saludos normales, como en (1 Ts 1:1-3) por ejemplo, pero aquí la oración se desarrolla más ampliamente, enlazándose íntimamente con la exposición del plan divino que llenó los versículos 3 al 14. “*Por lo cual (o “por esta causa”) —escribe— no ceso de dar gracias por causa de vosotros...*”, pues ha de orar con el fin de que los receptores de la carta lleguen a comprender la infinita sabiduría de Dios manifestada en el plan de los siglos, ordenando sus vidas de acuerdo con la voluntad de Dios. De hecho, al final de nuestra sección, su visión inspirada se eleva a algunas de las alturas más sublimes del Plan, viendo al Señor entronizado por encima de toda autoridad tanto de este siglo como del venidero.

La fe y el amor de los hermanos. Pablo menciona otra razón que le lleva a interceder por los hermanos, pues seguía recibiendo noticias de su fe en el Señor Jesús y de su amor para con los santos. Esto es muy típico de los comienzos de las cartas de Pablo, bien que algunos escriturarios han preguntado si emplearía estas frases en el caso de los efesios, a quienes conocía tan bien. De hecho, había conocido su fe y su amor personalmente cuando estuvo con ellos, pero años han pasado, muchos años, de modo que hace referencia a noticias recibidas recientemente. Hallamos casi las mismas frases en una carta muy personal que dirigió Pablo a su buen amigo Filemón (Flm 1:4-5). ¡Cuán importante es que se mantenga la fe —la absoluta confianza en el Señor Jesús— según van pasando los años! ¡Cuán vital es que permanezca el amor para con todos los santos! Si el apóstol hubiera recibido noticias de fluctuaciones en la fe de los efesios, y de parcialidades en la manifestación del amor, no habría sido posible exponerles las maravillas del Plan de Dios. Su constancia despierta la gratitud de Pablo, quien no cesa de dar gracias por ellos al mencionarles en sus oraciones.

### 2. Peticiones de importancia fundamental (Ef 1:17-18)

Pablo pide que se conceda a los hermanos espíritu de sabiduría. En vista de que muchos hermanos suelen formular sus oraciones públicas en términos muy generales e imprecisos, se les recomienda que presenten peticiones concretas delante del Señor. Hay base razonable para ello, pero no hemos de perder de vista que, en las oraciones detalladas que se conservan de Pablo, éste no acostumbra pedir bendiciones materiales, ni mejorías de salud, etc., sino anhela bienes espirituales para los santos, pues éstos constituyen el fundamento de todo lo demás. Esta oración se dirige al “*Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria*”, ya que el camino hacia el Padre es por medio del Hijo, y podemos recordar aquí el comentario sobre el versículo 3. Este título, “*el Dios de nuestro Señor Jesucristo*”, no resta nada del valor total de la deidad del Hijo, pues tales títulos corresponden al Señor en función de “*Siervo de Jehová*” y de “*Mediador*”, siendo Jesús el “*Hijo del Hombre*” que reconoce al Padre. Aquí nos hallamos sobre un terreno

práctico, y hemos de buscar la doctrina de la identidad en esencia de las Personas de la bendita Trinidad en otros lugares.

El primer movimiento de la oración es muy hermoso: “*Que os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de él*”. Sin duda la contestación a esta petición depende de la operación del Espíritu de Dios, quien nos hace conocer “*lo profundo de Dios*” (1 Co 2:10-14), pero la frase “*espíritu de sabiduría*” se refiere al resultado de la obra divina dentro de nosotros, de modo que “*espíritu*” debiera escribirse con minúscula. Se contrasta con el falso espíritu del mundo, que, bajo el disfraz de algunas frases de inteligencia, suele ser “*espíritu de locura*”.

Es conveniente tratar las dos frases de la petición juntas, pues la posibilidad de poseer espíritu de sabiduría depende de la revelación que vamos recibiendo de Dios. Pablo no está pensando aquí en las “revelaciones” especiales que podrían recibir los profetas del Nuevo Testamento, sino en la obra del Espíritu de Dios, quien, de modo constante y continuo, a través de la Palabra, va descubriéndonos las verdades que Dios quiere que sepamos. Gracias a este proceso de revelación, podemos ser sabios espiritualmente, y no sólo eso, sino también inteligentes en el manejo de los asuntos de esta vida. Es algo para todos los santos, no tratándose aquí del privilegio de algunos dotados.

Necesitamos este “*espíritu*” para comprender el Plan universal de Dios, pero, en primer término, la luz de la revelación se enfoca en Dios mismo, de modo que somos llevados “*al pleno conocimiento de él*”, con referencia a Dios, bien que se sobreentiende que sólo conocemos a Dios por medio del Hijo encarnado. La traducción “*pleno conocimiento*” se justifica por el uso del sustantivo (“*epignósis*”), cuyo prefijo intensifica el sentido normal de (“*gnósis*”). Sería inútil conocer el Plan sin aumentar en el conocimiento de su autor.

La iluminación de los ojos del corazón. En algunas traducciones se halla “*mente*” y no “*corazón*”, pero, sin duda alguna, Pablo escribió “*corazón*” según el testimonio de los mejores textos griegos. En las Sagradas Escrituras, “*corazón*” significa “el hombre interior”, y no sólo la sede de los afectos, según el uso figurado de hoy. De él surgen los pensamientos, los deseos y los impulsos que cuajan luego en acciones. Sobre todo es la fuente de las decisiones, la voluntad.

El mismo Señor señaló al corazón como el centro activo de la vida interior del hombre, con énfasis especial sobre las manifestaciones de la maldad del hombre caído (Mr 7:1-23). El nuevo nacimiento transforma el “*corazón*”, de modo que Pablo puede valerse de la figura, hermosa y atrevida a la vez, de “*los ojos de vuestro corazón*”. Este hombre interior puede ver, pero, para ver bien, necesita la iluminación del Espíritu Santo de Dios, que le capacitará para distinguir entre lo espiritual y lo carnal. Aquí precisa de la ayuda divina para comprender el desarrollo del maravilloso plan de los siglos, con cuanto implica para la vida y el servicio de los santos.

### 3. Tres peticiones detalladas (Ef 1:18-19)

Pablo pidió que los creyentes recibiesen inteligencia espiritual con el fin de que comprendiesen claramente tres aspectos de las bendiciones que habían recibido en Cristo, y que se detallan en los versículos 18 y 19: a) que supiesen cuál fuese la esperanza de su vocación; b) cuáles las riquezas de la gloria de la herencia de Dios en los santos; c) cuál la magnitud de la potencia que Dios concedía a los santos.

a) La esperanza de la vocación. Los dos primeros elementos de esta petición se relacionan estrechamente con el llamamiento de los creyentes, esto es, aquel que llegó a sus oídos mediante la predicación del Evangelio. Al responder afirmativamente al llamamiento, entraron a formar parte de la maravillosa herencia de Dios, sellada para la redención completa cuando venga el Señor (Ef 1:11-14). ¿Para qué nos llamó? ¿Cuál es

la esperanza por medio de la cual fuimos salvos, según la terminología de Pablo en **(Ro 8:24)**? No es posible contestar estas preguntas aquí, pero recordamos al lector que las Sagradas Escrituras señalan múltiples facetas de la gloria venidera, la Meta que tenemos delante y que nos anima a proseguir por el camino que nuestro Adalid nos abrió. Están allí para nuestro estudio y meditación, con el fin de que la esperanza futura —la objetiva, la obra final de Dios en cuanto a los suyos— actualice la esperanza presente, *“la esperanza que no avergüenza”*, verdadero tónico del alma cristiana.

b) Las riquezas de la herencia. Esta herencia es la que Dios ha *“comprado”* por la sangre de Cristo, constituida por los redimidos, y que corresponde a la que se nos presentó en los versículos 11 al 14. La oración de Pablo no sólo pone de relieve *“las riquezas de la gloria”* de esta herencia, sino que nos hace ver la importancia de que crezca nuestro conocimiento de los propósitos de Dios. Él nos llama a una obra de colaboración con Él mismo: una obra cuya finalidad es la de completar la herencia. Si nuestro conocimiento es limitado y la esperanza pobre y fría, habrá poco entusiasmo y celo en nuestros esfuerzos por extender el Reino de Dios.

c) La magnitud del poder de Dios. Según sus inescrutables designios, Dios ha determinado que la obra del testimonio en el mundo, resultando en la separación y la santificación de quienes han de formar la herencia consumada de la eternidad, ha de ser llevada a cabo por medio de hombres en la tierra: los redimidos desde los apóstoles en adelante, los llamados a servir al Señor. La tarea a la cual fueron llamados los apóstoles en el Día de Pentecostés parecía totalmente fuera de su alcance, ya que ellos constituían un grupo minúsculo frente a las añejas tradiciones del judaísmo y el poderío de las fuerzas satánicas que animaban los sistemas paganos del Imperio de Roma. Pablo analiza la aparente flaqueza y locura de la predicación del Evangelio en tales circunstancias en **(1 Co 1:17-2:5)**, enfatizando a la vez que el Evangelio, el anuncio de Cristo crucificado, es potencia de Dios y sabiduría de Dios para aquellos que reciben el mensaje por la fe. Por los versículos que tenemos delante aprendemos cuál fue la fuente de poder capaz de convertir a unos sencillos galileos en instrumentos que habían de fundar un Reino espiritual, el único duradero, que presenciaria el colapso del judaísmo —por lo menos en su tierra— y persistiría después de la desaparición de las legiones de Roma.

Para facilitar el análisis, y con el fin de dar el debido lugar a nuestra meditación sobre la glorificación y el señorío de Cristo, en relación con el Plan de los siglos, hacemos un alto entre los versículos 19 y 20, pero la descripción y explicación de *“la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los creyentes”* continúa hasta el final del capítulo. Pablo acumula aquí todos los vocablos griegos que expresaban distintas facetas de potencia —aquel poder dinámico, conocido por su obra eficaz, y no una mera potencia en reserva— relacionándolo todo con la Resurrección y glorificación de Cristo. Es la *“dinámica de la potencia de su fuerza la que obró en Cristo, levantándole de entre los muertos y sentándole a su Diestra en los lugares celestiales”* **(Ef 1:20)**. Aun el poder necesario para la creación de millones de astros no puede compararse con el que se manifestó en la Resurrección y la glorificación de Cristo. El poder de Satanás obraba por las “armas” del pecado y de la muerte, pero Cristo, por su propia muerte, quitó el pecado y agotó la muerte en su Persona, *“destruyendo por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”* **(He 2:14)**. En su Resurrección el Señor *“quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad (anunciadas) por el Evangelio”* **(2 Ti 1:10)**.

Expresándonos en términos muy humanos, podemos decir que el único “problema” que pudiera existir para Dios era el de vencer el mal, librar a los redimidos y constituirles en *“herencia”*, sin menoscabo de su justicia. Por la Cruz y la Resurrección de Cristo —conceptos que nunca se separan en el pensamiento de Pablo— Dios ganó la victoria por

medio del ejercicio máximo de su potencia, y, según los términos del versículo que comentamos, la manifestación de poder tan incalculable, en operación dinámica, fue “*para con nosotros los creyentes*”, no sólo para redimirnos, sino con el fin de capacitarnos para la obra presente. Al final de su segunda oración en esta Epístola, Pablo nos enseña que el conocimiento del propósito y del amor de Dios se nos concede “*para que seamos llenos de toda la plenitud de Dios*”, obrando esta potencia inconmensurable de Dios en nosotros (Ef 3:18-21). Las implicaciones prácticas son de gran importancia, pues si nos quejamos de la falta de “*potencia*” en la Obra del Señor, no puede ser motivada por limitación alguna en la dinámica que Dios pone a nuestra disposición, sino por los obstáculos que permitimos obstruir los cauces por donde ha de fluir el poder, es decir, la carnalidad y los pecados que quedan “sin crucificar” en la vida de nosotros los creyentes.

## La preeminencia del Cristo glorificado (Ef 1:20-23)

### I. Consideraciones generales

Iniciamos una nueva sección aquí —pese a la continuidad gramatical del pasaje— con el fin de que se destaque el desarrollo del tema principal, el Plan de los siglos. Después de meditar en las sentidas peticiones de Pablo a favor de los amados hermanos de Éfeso —y de todo lugar— sería fácil gozarnos en los resultados prácticos y devocionales que se derivan de sus súplicas, sin darnos cuenta de que la intención de las súplicas de Pablo es la de capacitarnos para comprender las grandes obras de Dios, y que el poder no sólo sirve para potenciar nuestro testimonio, sino también para sujetar todas las cosas bajo los pies del Cristo de Dios, el Encargado de vencer toda oposición, hasta que se produzca la manifestación completa del Reino de Dios.

Hemos de distinguir el aspecto del tema que se destaca aquí en los versículos 20 al 23, de aquel que tratamos en el versículo 10, pese a las analogías que realmente existen. Los términos anteriores enfocaron la luz de la revelación sobre “*el cumplimiento de los tiempos*”, cuando todas las cosas han de ser reunidas (encabezadas) y coordinadas bajo el señorío de Cristo, para existir “*en Cristo*”. Es decir, Cristo ha de ser supremo en los futuros siglos de los siglos. Aquí, sin embargo, se trata de su dominio actual, como resultado directo de su Resurrección y su Exaltación a la Diestra de Dios. En relación con este señorío, Pablo usa el término “*iglesia*” por primera vez en esta carta, pero ya hemos visto que lo sustancial del concepto se encierra en otras designaciones que describen el conjunto de los redimidos, comprado como heredad del Señor. Las figuras y metáforas cambian, pero todas se resumen en el concepto de Iglesia, como el pueblo espiritual de Dios.

### 2. La exaltación del Cristo (Ef 1:20-23)

Cristo a la Diestra de Dios. La Resurrección y la Exaltación de Cristo constituyeron conjuntamente el tema principal de Pedro cuando primeramente proclamó el Evangelio en el Día de Pentecostés; frente al rechazo de Cristo por parte de los judíos, quienes clavaron a su Mesías en un madero, valiéndose de los romanos, anunció la resurrección del Señor y su exaltación a la diestra de Dios, desde donde derramó la potencia del Espíritu Santo sobre los creyentes. Dios había trastocado los pensamientos de los hombres en cuanto a su Hijo; ellos le dieron la muerte, pero Dios le concedió el triunfo máximo sobre la muerte, constituyendo al Resucitado Fuente de vida para todo creyente. Ellos le habían dado muerte de criminal en el vil madero, pero Dios le había exaltado a su Diestra, según el resumen de Pedro: “*A este Jesús que vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo*” (Hch 2:36).

Pablo emplea el artículo al hablar de lo que Dios “*obró en el Cristo*” (**Ef 1:20**), enfatizando así que se trata del Mesías, del Ungido, aquel que había de llevar a feliz término todas las obras de Dios. Notemos la identificación exacta entre la proclamación de Pedro y las enseñanzas de Pablo, pues para ambos la Resurrección manifiesta la gran victoria sobre el pecado y la muerte, preludio del dominio de quien ejecuta los designios de Dios desde la “*diestra*”, es decir, desde la sede de su gobierno espiritual, a través de esta dispensación. Como único Mediador, administra los bienes que surgen de su obra de redención.

De nuevo hallamos la frase “*en los lugares celestiales*”, señalando el contexto que el Cristo exaltado se halla en el centro de las esferas donde se desarrolla la vida espiritual de los redimidos. Esto determina el sentido de la expresión, por lo menos para nosotros los creyentes, aunque queda pendiente el misterio de que aún operan las fuerzas del mal en tales esferas (**Ef 1:3**) (**Ef 6:12**).

El dominio de Cristo sobre toda jerarquía humana y espiritual. Pablo, por el Espíritu, enfatiza la soberanía absoluta del Cristo exaltado, bien que no se patentice aún en el plano histórico. La mención de “*todo principado, y autoridad, y poder, y señorío*” encierra misterios que no podemos resolver ahora, pero no se trata de meros términos grandilocuentes que expresen de una forma general el concepto de “*toda autoridad*”. Por medio de sus enseñanzas inspiradas, los apóstoles confirmaron el concepto judaico de que las potencias angelicales —tanto las obedientes como las caídas— se hallan organizadas en jerarquías, que sin duda reflejan el orden original de Dios al crearlas, bien que las satánicas no pueden ser ahora más que una trágica parodia de su estado primitivo. Ya vimos que aún no han sido lanzadas de ciertas esferas supraterráneas, sin que se nos permita comprender todo el misterio que ello supone durante la dispensación actual. Parecidos órdenes, celestiales o satánicos, se mencionan en (**Ef 3:10**) (**Ro 8:38**) (**1 P 3:22**) (**Col 3:16**) (**Ef 6:12**).

Según los postulados de la filosofía de los gnósticos, estas jerarquías constituían un puente entre Dios y la materialidad pecaminosa de este mundo, error que Pablo refuta en Colosenses por subrayar la preeminencia de Cristo como único Mediador entre Dios y los hombres. Lo importante, frente a los versículos 21 y 22 aquí, es que Cristo ha sido exaltado sobre toda autoridad y potencia, no sólo de este siglo, sino del venidero. Todas las cosas han sido sujetas bajo sus pies, y Dios ha ordenado que su Nombre resuene triunfalmente sobre todo otro nombre. Este último concepto nos recuerda la sublime declaración de (**Fil 2:9-10**): “*Dios le ensalzó a lo sumo, y le dio el Nombre que es sobre todo nombre...*” acordándonos de que, bíblicamente, el “*nombre*” no es una mera etiqueta que distingue un ser humano de los demás, sino algo que expresa la plenitud de la personalidad de cada uno y la virtud de su actuación. La realidad existe ahora, pero su plena manifestación espera la revelación final de los propósitos de Dios.

Cristo, Cabeza suprema de la Iglesia. Por referencias posteriores en esta misma epístola, sabemos que “*Iglesia*” es la designación del conjunto de los salvos, el “*Cuerpo místico de Cristo*”. Por su derivación, “*Iglesia*” (“*ekklesia*”), significa “un grupo llamado fuera”, y los griegos aplicaban el vocablo a sus asambleas consultivas (**Hch 19:39**), traducido por “*asamblea legal*” o “*regular*”. En vista de la gran confusión que reina hoy —el resultado de los cambios lentos introducidos a través del proceso histórico— es muy importante recordar que, en el Nuevo Testamento, “*iglesia*” quiere decir, o la totalidad de los creyentes unidos con Cristo por la fe, que es la iglesia “universal”, o la iglesia local, que es la reunión de verdaderos creyentes en un lugar geográfico a los efectos de su adoración, comunión y testimonio. La “*iglesia local*” es el reflejo visible de la “universal”, y es la única iglesia visible. No tiene justificación bíblica el uso de “*Iglesia visible*” para señalar el conjunto de todas las instituciones llamadas “cristianas”, y que abarcan, en cuanto al

elemento humano, toda persona que profese ser cristiano, aun cuando su manera de vivir le identifique con el mundo.

Es interesante la expresión: “*Y (Dios) le dio por cabeza suprema a la Iglesia*”, pues este sublime “*don*” se destaca como una faceta del gran plan de Dios para los siglos, renovándose también el concepto de la gracia de Dios que tanto se enfatizó en el versículo 6. Es de veras “el Don que incluye a todo otro don”, ya que Cristo, como Cabeza, vitaliza todo el Cuerpo y a la vez él mismo concede a la Iglesia los dones especiales necesarios para su debido funcionamiento (**Ef 4:11-12**). Su autoridad sobre la Iglesia es absoluta, y hacemos bien en notar que “*Cabeza suprema*” puede traducirse literalmente por “*Cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia*”. Si algo hay en la llamada Iglesia que no está bajo su control, entonces se introduce un elemento negativo que puede llevar su testimonio a la ruina, igual en las grandes instituciones como en la iglesia local de poca fuerza numérica. En algunas capillas se coloca en sitio visible el texto “*Jesucristo es el Señor*”, pero no basta la exposición de esta gran verdad en medio del pueblo de Dios reunido si en la práctica no se ve la debida sumisión a su Nombre. Desde luego, aquí se trata de lo que Dios ha hecho, puesto que Él ha dado a Cristo como Cabeza de la Iglesia según su soberana voluntad, pero la bendición de los fieles consiste en su sumisión a la voluntad revelada de Dios.

La Iglesia como Cuerpo y plenitud de Cristo. Hemos anticipado ya algún comentario sobre la Iglesia como “*Cuerpo de Cristo*”, es decir, como organismo espiritual y no organización humana que elige su cabeza a su voluntad. Entre las distintas figuras que describen el pueblo de Dios, ésta es la más completa y la más sugestiva, ya que cada miembro se une con los demás miembros por la vitalidad espiritual del conjunto, dependiendo todo de la Cabeza que es Cristo. Ya hemos visto que excluye la idea de una corporación institucionalizada, regida por leyes aprobadas en consejos humanos, y quedamos con el concepto fundamental de una “comunión de vida” que fluye de Cristo, que se mantiene por medio de él y que se comunica a todos los miembros.

La última cláusula del versículo 23: “*la plenitud de aquel que llena todas las cosas en todos*”, ha dado lugar a muchas discusiones tanto gramaticales como teológicas, pero aquí no podemos hacer más que simplificarlas y resumirlas. La primera posibilidad es que el apóstol, al designar la Iglesia como “*plenitud*” de Cristo, sigue desarrollando la figura del Cuerpo, señalando que la Cabeza necesita al cuerpo como su “complemento” natural, formando la totalidad el “Cristo místico” de (**1 Co 12:12**). Por otra parte, las últimas palabras ponen de relieve que Cristo llena “*todo en todos*” en el universo, dando valor real a todo lo creado, de modo que el énfasis del pasaje recae sobre la obra de Cristo más que en la función del cuerpo como tal. En consonancia con este concepto, el Cuerpo será la “*plenitud de Cristo*” en sentido pasivo, o sea, como todas las demás cosas, y en grado especial, es un vaso “lleno de Cristo”. La mayoría de los expositores se inclinan a la segunda explicación, mientras que reconocen la posibilidad de la primera, que expresa también una verdad evidente.

Es importante que no perdamos el hilo del tema principal del apóstol. Acabamos de ver la manera en que su primera oración enlaza los aspectos del Plan de los siglos que se presentaron en (**Ef 1:3-14**), como también con el señorío de Cristo sobre su Iglesia que se funda sobre la Obra del Calvario, con la Resurrección y la Exaltación del Señor a la diestra de Dios. Pero Pablo no pierde de vista el dominio universal del Señor: una realidad presente que espera una manifestación futura y completa. Los últimos conceptos destacan la Iglesia, regida por la Cabeza que Dios le concedió, como el centro del universo, siendo Cristo la “*plenitud de todo*”. Al estudiar la sección (**Ef 2:1-10**) pasaremos a algo que parecerá muy diferente, pero no lo es, pues el tema de la salvación por la gracia y por la fe —sin mezcla de obras humanas— constituye el meollo del Plan de los

siglos, y hemos de recordar esta continuidad por encima de las divisiones en capítulos, y sin dejarnos influenciar por las veces en que el pasaje siguiente se ha utilizado aisladamente en sentido soteriológico, es decir, como base para doctrinas sobre la salvación del hombre.

## Temas para recapacitar y meditar

1. Haga un claro análisis de la oración de Pablo con su preludio (**Ef 1:15-19**).
2. Una vez introducido el tema de la potencia de Dios en el versículo 19, Pablo lo desarrolla de diversas maneras en este versículo y los siguientes, hasta el versículo 23. Discurra sobre el tema en relación con estos versículos.

# De la muerte a la vida por Cristo (Efesios 2:1-10)

---

## Observaciones generales

El pasaje (**Ef 2:1-10**) es tan conocido que existe el peligro de considerarlo como algo distinto y separado del tema general, que, como hemos visto, es el propósito de Dios, determinado antes de los siglos, de reunir todas las cosas en Cristo en el cumplimiento de los tiempos. Dentro del plan universal, como corazón activo en un cuerpo perfecto, se halla el designio de constituir la Iglesia, unida vitalmente con su Señor y bajo su señorío. Cambiando la metáfora, la Iglesia universal constituye el pabellón interior de un maravilloso palacio, siendo también el módulo que determina la estructura de todas las demás edificaciones, abarcando la obra total todo cuanto Dios ha creado. Dentro del pabellón interior se encuentra el “salón del trono”, y sobre el trono Aquel que Dios ha constituido Señor sobre todo principado, autoridad, potencia y soberanía. En el curso de nuestros estudios veremos la necesidad de emplear otras figuras complementarias a éstas, debido a la infinita riqueza de la obra de Dios, pero, en este lugar, sólo sirven para recordar al lector la necesidad de no olvidar el plan total al pasar al estudio de temas que, a primera vista, parecen ser muy diferentes.

El apóstol acaba de señalar (**Ef 1:19-23**) el triunfo y el dominio total de Cristo, demostrados en su Resurrección y su glorificación a la Diestra de Dios, y surge el interrogante: ¿Triunfo sobre qué y sobre quiénes? ¿No se identifica el Cristo con el Verbo eterno, Mediador desde siempre de todas las obras de Dios, omnipotente como segunda Persona de la Trinidad? ¿No ha triunfado siempre por las exigencias de su propia naturaleza divina? La pregunta involucra todo el misterio del comienzo del mal en el universo de Dios, misterio que no se revela en las Escrituras, bien que se insinúa su relación con la necesaria libertad de los seres inteligentes que Dios, en sus perfectos y libres designios, ha tenido a bien crear. Lo importante es el hecho del mal, con sus diversas manifestaciones, aquellas “*obras del diablo*” que habían de ser destruidas por la manifestación del Hijo de Dios (**1 Jn 3:8**). Al desarrollar el argumento de esta epístola, Pablo comprende que la gracia de Dios ha de destacarse sobre el fondo de la negrura del pecado, cual hermoso arco iris sobre los nubarrones de un día tempestuoso. El Plan de los siglos tomó en cuenta el misterio del mal e hizo provisión para el triunfo de la bondad de Dios sobre la malignidad del diablo, aquel agente activo y dirigente de las fuerzas enemigas. El mal logró entrar en la esfera de las actividades humanas por medio de la Caída, siendo preciso analizar su naturaleza y potencia que se desarrollan en el curso de este “*siglo*” —y por lo ancho de la esfera del “*mundo*”— con el fin de estimar la sublimidad del plan que venció el mal, sacando de los dominios satánicos un pueblo que fuese para la alabanza de la gracia de Dios. Valiéndonos otra vez del idioma metafórico, el edificio había de levantarse por medio de piedras sacadas de la cantera del mundo de los hombres, hundidos éstos en sus ofensas y pecados.

He aquí la razón que impulsa al apóstol a analizar el estado de este mundo que sigue las corrientes impuestas por Satanás como príncipe de la potestad del aire. Los tres primeros versículos del capítulo 2 encierran una gran riqueza doctrinal sobre el estado del hombre caído y las fuerzas que operan en este mundo durante el “*siglo*” actual, siendo tan necesaria para la comprensión del plan de la gracia como lo es un diagnóstico exacto antes de la intervención del cirujano, que dará esperanza y vida al paciente.

La potencia de la resurrección. Pablo acaba de señalar “*la extraordinaria potencia de la fuerza de Dios*” al levantar a Cristo de entre los muertos, colocándole a su diestra como

Señor absoluto sobre toda autoridad conocida en el universo. Tomando en cuenta el contenido total de **(Ef 2:1-10)**, discernimos un hermoso paralelismo, ya que el mismo Dios, por una obra de gracia que no depende para nada de los méritos humanos, da vida *“juntamente con Cristo”* a una generación de hombres antes *“muertos por sus ofensas y pecados”*. La potencia de la resurrección se extiende, generando nueva vida espiritual en las vastas multitudes de hombres que habían de unirse a Cristo por la fe. Por eso la gran mayoría de los traductores bíblicos anticipan el sentido de **(Ef 2:5)** al dar el significado del versículo 1 en el que Pablo deja una laguna gramatical, señalada por la frase subrayada: *“Y a vosotros os dio vida, estando muertos por vuestras ofensas y pecados”*.

Por la ayuda de estas observaciones debiéramos estar bien situados para discernir la continuidad del argumento de Pablo, sin hacer caso de la división entre los capítulos 1 y 2, pero, sí, notando que se trata del “reverso de la medalla de la gracia”.

### I. El estado del hombre caído (Ef 2:1)

No nos cansamos de reiterar que los hondos misterios de la redención han de ser revelados a la inteligencia de los hombres por medio de una gran diversidad de metáforas, que llegan a ser “ilustraciones abreviadas”, facetas de la verdad que nuestra mente no podría abarcar en su totalidad ahora, bien que es posible que veamos el “todo” con facilidad cuando seamos no sólo salvados, sino también glorificados. No hemos de levantar sistemas de interpretación sobre la base de una sola metáfora, ni siquiera sobre un conjunto de ellas; nos toca procurar comprender el significado de cada una a la luz de todas aquellas que Dios nos ha concedido en su Palabra: trabajo que exige estudios pacientes, examinando las facetas del “diamante” de la verdad una por una, pensando también si quizá nos hemos olvidado de alguna. Esto nos ayudará a ser humildes, ya que siempre estaremos en espera de nueva luz; nos salvará también de la tendencia de “cerrar el sistema”, según el imperativo de la lógica humana, creando una dogmática “ortodoxa” que otros han de recibir so pena de ser considerados “herejes”. Desde luego no nos referimos aquí a la necesidad de aceptar las verdades fundamentales de la fe, sin las cuales el cristianismo no existe.

Los lectores, ya regenerados y sentados con Cristo en esferas celestiales, habían estado muertos por sus delitos y pecados, habiéndose obrado en ellos el milagro de la resurrección espiritual, en espera de la del cuerpo cuando venga Cristo. Eran *“muertos que andaban”*, según la fraseología del versículo 2, de modo que se trata de una muerte ética y espiritual. Disfrutaban de la vida natural, pero, siendo hijos de Adán caído, carecían de las facultades espirituales que les permitiesen apreciar verdades reveladas y espirituales. Conocemos a científicos y eruditos, cuyos raciocinios en su especialidad nos asombran por el poderoso vuelo de sus pensamientos, pero que son capaces de hacer declaraciones infantiles y ridículas cuando hacen referencia a las Sagradas Escrituras. La acción del pecado ha *“ofuscado su entendimiento”* y son *“extraños a la vida de Dios por la ignorancia obstinada que hay en ellos”* **(Ef 4:18)**.

Entre otras muchas metáforas, este estado se describe como la muerte espiritual, pero no quiere decir la figura que estos “muertos” hayan perdido toda responsabilidad moral, ni que sean incapaces de responder afirmativamente al llamamiento del Evangelio, siempre que acepten humildemente la ayuda del Espíritu Santo. Para creer tal cosa tendríamos que borrar centenares de textos de la Biblia. El versículo 1 declara que los gentiles estaban *“muertos por sus ofensas y pecados”*, y el original señala el instrumento que produjo el mal. El término traducido por *“ofensas”* (*“paraptoma”*), describe el tropiezo del hombre que cayó por el camino. *“Pecados”* (*“hamartia”*), enfatiza el fallo de aquellos que *“no alcanzaron la gloria de Dios”* **(Ro 3:23)**. Ambos términos señalan la separación de Dios, única Fuente de vida.

## 2. El triste camino de los pecadores (Ef 2:2)

El curso de este mundo. Pablo se dirige, en primer término, a los efesios y demás lectores como “*gentiles*” o “*paganos*”, empleando el pronombre “*vosotros*”, bien que más adelante ha de ensanchar el área de las actividades de los enemigos de Dios. Anduvieron “*en otro tiempo*” —antes de su conversión— “*siguiendo la corriente (curso) de este mundo*”. El vocablo traducido por “*curso*” o “*corriente*” es “*aión*”, que normalmente quiere decir “*siglo*”, pero los traductores han querido evitar la extraña expresión “*el siglo de este mundo*”, prefiriendo darnos el sentido general en la frase: “*el curso de este mundo*”. Con todo, Pablo emplea sus términos con sumo cuidado, de modo que esta breve frase señala que los tristes caminantes de las sendas del pecado andan en la esfera del “*mundo*” —que aquí significa la esfera donde el diablo ejerce su nefasta influencia— y durante el período de su dominio —siempre limitado— que tuvo su principio y tendrá su fin. El uso corriente nos ayuda a comprender que el pecador anda en los dominios del diablo durante el curso de este período de tiempo caracterizado por las actividades de Satanás.

La autoridad de Satanás. Satanás se llama aquí “*el príncipe de la potestad del aire*”, y conforme a sus impulsos aquellos “*muertos*” del versículo 1 son llevados adelante a su triste fin. Es muy natural que los escriturarios hayan discutido bastante el significado de esta expresión, que es análoga a la que utilizó el mismo Señor en (Jn 12:31): “*El príncipe de este mundo*”; nos recuerda también que el diablo pretendió que la autoridad y la gloria de todos los reinos del mundo le habían sido entregadas (Lc 4:5-6). Las Escrituras no nos dejan duda respecto a la autoridad real del diablo sobre los seres que ha podido involucrar en su propia caída; no nos atañe a nosotros preguntar por qué Dios lo permitió, sino aceptar el hecho evidente de la potencia de un ser real, llamado Satanás, quien dirige poderosas fuerzas del mal hasta el límite predeterminado por Dios. Es probable que, a través de potencias espirituales del mal —ángeles caídos— influya también en las decisiones de los príncipes de este mundo, inspirando así los grandes movimientos antagónicos a Dios, como son los sistemas paganos, el mahometismo, el comunismo en su aspecto ateo, etc. No es omnipresente, de modo que no puede dirigir todos los movimientos de todos los hombres al mismo tiempo; pero, habiendo ganado el bastión de la “*carne*” en cada uno de ellos, y disponiendo del auxilio de las huestes espirituales del mal, se ha erigido en “*director*” de este funesto camino del hombre caído. “*Potestad*” —mejor “*autoridad*”— está en número singular aquí, de modo que no se trata de su control de diversas “*autoridades*”, como las que se mencionan en (Col 2:15), sino de un principio central de autoridad que es suyo hasta que Dios determine otra cosa.

“*La autoridad del aire*” no significa que Satanás domina especialmente en la atmósfera que rodea nuestro globo terráqueo, compuesta principalmente por oxígeno y nitrógeno —conceptos modernos surgidos de estudios científicos desconocidos cuando Pablo redactaba Efesios—, sino que a él le corresponde una autoridad especial en una esfera supraterránea, que, con toda naturalidad, se llamaba “*del aire*”, por hallarse la atmósfera encima de la tierra, y por debajo de los “*cielos*” de los astros. Cada escritor tiene que expresarse en el idioma de su tiempo, y en este caso la figura se entiende perfectamente bien con tal que no nos comprometamos a un literalismo que, lejos de esclarecer la verdad, la oscurezca.

El orden satánico. Pese a ciertas dificultades gramaticales, es necesario entender la expresión “*el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia*” como una extensión de la descripción de Satanás y de su autoridad de la cláusula anterior. El es “*espíritu*”, o sea, se mueve libremente sin la sujeción de un cuerpo como el de los hombres; pero, repetimos, eso no implica la omnipresencia, que es atributo sólo de Dios. Ya hemos visto su poderosa influencia detrás de los hombres y de sus sistemas, y ahora aprendemos que “*obra en los hijos de desobediencia*”.

“*Hijos de desobediencia*” es un “hebraísmo”, o sea, una forma de hablar muy usada por los hebreos, y no tanto por los griegos. “Hijo de algo o de alguien” significa una participación muy directa e inmediata en el asunto de referencia, del modo en que el hijo participa en la vida del padre. Así que los secuaces de Satanás se caracterizaban por su desobediencia; término fuerte en el griego que significa “la resistencia obstinada a la voluntad divina”. Querían ser libres de la voluntad de Dios —la única legítima y en último término fuente de la libertad verdadera—, pero, engañados por este “*espíritu*” que cayó él mismo a causa de su orgullo y desobediencia, se hallan arrastrados a una servidumbre funesta, ya que el diablo se vale de su desobediencia para imponer sobre ellos su yugo. Queriendo ser libres, se han convertido en esclavos del rebelde por antonomasia, uniendo su suerte a la de aquel que será echado al lago de fuego.

### 3. La vida de los rebeldes (Ef 2:3)

“*Vosotros y nosotros*”. En los versículos 1 y 2 Pablo tenía delante el triste estado de los gentiles, cuyos desvaríos estaban delante de sus ojos en todos los lugares que visitaba al llevar el evangelio por las provincias del Imperio. Pero toda la raza cayó en Adán, y, pese a los privilegios especiales de los israelitas, éstos eran tan “caídos” como los gentiles incircuncisos que tanto despreciaban. Pablo se había convertido siendo judío, y ahora se apresura a ensanchar la definición del ámbito del mal con el fin de abarcar a sus compatriotas según la carne: “*Entre los cuales también todos nosotros vivíamos en otro tiempo*”. El mal era universal, y no se anulaba por el llamamiento especial del pueblo hebreo.

La carne y sus impulsos. “*La carne*” es un término que es preciso entender en su contexto, pues no todos los usos bíblicos indican el mal. Aquí, sin embargo, es “*la carne*” como concepto teológico, es decir, todo lo que viene a ser el hombre caído, aparte de la intervención de la gracia de Dios y la obra del Espíritu Santo. Es la “sustancia” misma del hombre natural, y aún persiste en el hombre convertido a Dios, siendo la cabeza de puente que utiliza Satanás para influir en las decisiones de cada ser humano. Aquí Pablo indica que todo hombre caído vive según los impulsos y “*voluntades*” —“*manifestaciones de la voluntad*”, pues el sustantivo se halla en número plural— de esta carne, ajena, por definición, a la vida y voluntad de Dios. Incluye también “*los pensamientos*” del hombre caído, pues éstos se tuercen bajo la misma influencia satánica. Hablando en términos generales, los “*deseos*” (“*epizuiníais*”) pueden ser buenos o malos, pero en este contexto salen del corazón corrompido del hombre natural, de modo que equivalen a “*concupiscencias*”, “*malos deseos*”. La “*voluntad*” lleva al hombre a ciertas decisiones, y aquí el hombre “*hace*” o cumple la voluntad —en sus diversas manifestaciones— de la carne y de los pensamientos humanos, ya torcidos por el pecado. El mismo Señor hizo el diagnóstico del mal y de sus resultados al enseñar a los fariseos y a los discípulos que el pecado —aquello que contamina al hombre— sale de los escondrijos de su “*corazón*”, como sede de sus pensamientos, deseos y decisiones (**Mr 7:20-23**). En la sección (**Ef 4:17-5:14**) Pablo habrá de detallar los amargos frutos de los deseos del pecador, hondamente enraizados en el subsuelo de la “*carne*”.

El hombre caído frente a Dios. “*Eramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*”, declara Pablo, pasando ahora a ver al hombre caído frente a su Creador y Juez. Es preciso fijarnos en la frase “*por naturaleza*”, pues no llegamos a ser pecadores porque hemos pecado, sino que pecamos a causa de ser pecadores “*por naturaleza*”: la naturaleza del hombre descendiente de Adán y envuelto fundamentalmente en la caída de Adán. La experiencia nos enseña esta misma verdad, por desagradable que sea, pues los niños pequeños, pese a su gracia infantil, pronto manifiestan el egoísmo, la rebeldía, la envidia, el espíritu de lucha, etc. Por la gracia de Dios, esta “solidaridad en el mal y en la culpabilidad” halla su bendita contrapartida en la Persona y Obra de Cristo como Postrer

Adán, pues, enlazados los creyentes con él, hallan una nueva solidaridad de vida y de justificación (**Ro 5:12-21**).

Para algunos creyentes es difícil comprender los conceptos contrastados y complementarios del *“amor de Dios”* y de la *“ira de Dios”* (**Jn 3:16**) (**Jn 3:36**), pero constituyen la “cara y cruz” de la misma moneda. Lo que se llama *“la ira de Dios”* es la reacción constante e inevitable de la justicia y de la santidad de Dios frente al pecado, que es algo ajeno a su ser, aborrecible, y que merece sus justos juicios. En cambio, el hombre, como “ser salvable”, es el objeto de su amor, pues *“de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito”*, quien había de sufrir bajo la ira judicial de Dios con el fin de que el amor divino hallara libre curso frente al pecador. Pasaremos en el versículo 4 al amor de Dios, pero, antes de contemplar las maravillas de la gracia, es preciso reconocer el triste hecho de que todo hijo de Adán, judío o gentil, es *“hijo de ira”*; o sea, que la manifestación de la ira de Dios es algo natural e inevitable en su caso, mientras se halla en la esfera del pecado, que trae consigo la condenación. La palabra traducida por *“hijo”* aquí es diferente de aquella que Pablo usó en la expresión análoga del versículo 2, pero el sentido de “íntima asociación” es igual, y aquí es con *“la ira de Dios”*.

#### 4. Los móviles del plan de redención (Ef 2:4)

Misericordia y amor. Acabamos de estudiar las malignas operaciones del diablo, quien, movido por su odio a su Creador, procura desbaratar sus obras, sobre todo llevando a la perdición a los hijos de la raza humana creada a imagen y semejanza de Dios. El comienzo del versículo 4 ofrece un contraste dramático y consolador: *“Pero Dios, siendo rico en misericordia, por su mucho amor... nos dio vida juntamente con Cristo”*. Dios, dentro de los sabios propósitos que sólo entendemos en parte, permite la operación del príncipe de la potestad del aire hasta la fecha señalada. Sin embargo, no ha dimitido y sigue gobernando por medio de su providencia soberana. No sólo eso, sino que la maravilla de su amor y la infinita sabiduría de su plan resplandecen con gloria aumentada al sacar a los suyos de las garras de Satanás, llevándoles a alturas de bendición insospechables cuando anunció su propósito de crear al hombre (**Gn 1:26**).

A los efectos de nuestro comentario, colocamos en primer lugar el concepto del amor, y después el de la misericordia de Dios, ya que Dios es amor de modo que todos los múltiples aspectos de su gracia brotan del manantial de su amor. Hemos de leer *“a causa de su mucho amor con que nos amó”*, notando el énfasis que se deriva del uso del sustantivo con su adjetivo —*“su mucho amor”*— seguido por la forma verbal análoga: *“con que nos amó”*. Pablo contempla extasiado la maravilla del amor divino, que brota inagotable del corazón del Creador. *“De tal manera amó que dio a su Hijo unigénito...”*, pues el amor no tiene más expresión que el don, es decir, la entrega total que anula todo interés personal con el fin de satisfacer el profundo deseo de enriquecer al destinatario del amor (**1 Jn 4:9-10**).

Del amor emana la misericordia, que se relaciona muy estrechamente con la gracia de Dios. El amor es el móvil que pone en marcha todo el plan, mientras que la misericordia es la actitud que Dios adopta frente al pecador en su deseo de bendecirle, pese al pecado que *“provoca la ira”*. Sin embargo, la misericordia no es una mera sombra del amor, pues Dios es *“rico en misericordia”*, deleitándose en recibir a los rebeldes de antaño. Nos puede extrañar que Pablo no hable directamente de la obra de la Cruz en esta porción (pero véase más abajo en los versículos 14-16), pasando en seguida a la vida que el creyente recibe al unirse con Cristo resucitado, pero, si estamos familiarizados con el modo de expresarse del apóstol, recordaremos que *“la Palabra de la Cruz”* abarca también la Resurrección y, a la vez, la proclamación de la Resurrección siempre supone la realidad de la condenación del pecado por el sacrificio de la Cruz. Aquí Pablo quiere

destacar la gran victoria sobre todas las fuerzas del mal, por la que los *“muertos por sus delitos”* pasan a ser los resucitados con Cristo, participando de la plenitud de su vida; la doctrina de la expiación se sobreentiende sin necesidad de detallarla en este contexto.

### 5. La realización del plan por medio de la Resurrección (Ef 2:5-6)

Los muertos y los vivos. Anteriormente señalamos el hermoso paralelismo que existe entre la elocuente descripción de la potencia que levantó a Cristo de los muertos, exaltándole sobre toda cosa creada (Ef 1:19-23) y esta declaración sobre la nueva vida de los creyentes en unión con Cristo resucitado: *“Dios... nos dio vida juntamente con Cristo”*. Para subrayar aún más el dramático cambio en el estado del creyente, Pablo recuerda parentéticamente que los vivos de hoy eran los *“muertos por sus ofensas”* de ayer, y bien que su propósito aquí es el de poner de relieve el móvil del amor, se insinúa que la resurrección de entre los muertos es una manifestación estupenda de la potencia de Dios. Los muertos necesitan *“vida de resurrección”*, y primeramente fue necesario que Cristo hiciera suya nuestra muerte para que nosotros pudiésemos ser partícipes de su vida de resurrección. Necesitamos que él se presente a nosotros de la forma en que lo hizo a Marta, diciendo: *“Yo soy la Resurrección y la vida”*, pues en ambos casos había mediado el hecho de la muerte que sólo es reversible por medio de la Resurrección.

La unión del creyente con Cristo al recibir esta nueva vida, al ser resucitado con él y al participar con él de la dignidad de los lugares celestiales, se expresa por el uso del prefijo (*“sun”*) —*“con”* o *“juntamente con”*— en combinación con los tres verbos principales: *“dar vida”*, *“resucitar”* y *“sentar”*. Aprendemos así que no puede haber nada, ni de vida ni de gloria, sino a través de nuestra unión vital con Cristo en todo lo que significa su Muerte expiatoria, su Resurrección y su Exaltación. *“Nos dio vida juntamente con Cristo”* contrasta nuestro estado actual con el anterior de muerte, mientras que *“nos resucitó con él”* señala el hecho histórico de la victoria sobre la muerte, y quizá también proyecta el pensamiento hacia la resurrección futura del cuerpo, ya que la Resurrección de Cristo es la garantía de la nuestra. *“Con él nos sentó en lugares celestiales en Cristo Jesús”* enseña enfáticamente que hemos pasado a una nueva esfera espiritual por estar en Cristo, cumpliendo así la declaración de (Ef 1:3): *“Nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*. Se trata de algo que ya se efectuó, y no de una promesa escatológica, aunque es muy evidente el eslabón que une el aspecto *“celestial”* de la vida del creyente ahora con la plenitud de las bendiciones que recibiremos —también en Cristo— en los tiempos venideros.

Los resultados prácticos de esta posición celestial se ponen de relieve en (Col 3:1-4): *“Si, pues, resucitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba... Pensad en las cosas de arriba, y no en las de la tierra...”*. Se ha hecho notar que el paralelismo entre la Resurrección y la glorificación de Cristo, y nuestra experiencia al ser exaltados con él, aun siendo muy real, no es completo, pues Cristo fue glorificado para sentarse *“a la diestra de Dios”*, con el fin de administrar, en plena soberanía, los frutos de su obra redentora. En cambio, nosotros somos elevados a las regiones celestiales por la sola gracia, y nunca se dice del creyente que Dios le sentó a su diestra como símbolo de dominio. Es verdad que reinaremos, pero sólo *“con Cristo”* y en la medida y manera que él mismo determine.

*“Por gracia habéis sido salvos”*. Pablo interrumpe su declaración básica mediante dos incisos: *“aún estando nosotros muertos por nuestras ofensas... por gracia habéis sido salvados”*. Hemos hecho algún comentario sobre el primero, que recuerda el antiguo estado de muerte con el fin de enaltecer las maravillas de la vida presente de los resucitados con Cristo. El segundo inciso anticipa las declaraciones de los versículos 8 y 9, recordando a los lectores que el maravilloso triunfo de la Resurrección, en cumplimiento del plan de los siglos, se debe única y exclusivamente a la gracia de Dios.

Ya hemos notado que la gracia es “el amor de Dios obrando” para el bien del hombre, aparte de todo mérito de éste. Es verdad que el pecador ha de humillarse, arrepentirse y confiar totalmente en Cristo para ser salvo, pero estas actitudes no son “obras”, sino la manifestación de la nulidad de toda obra, la confesión de que todo ha de proceder de la gracia de Dios para ser recibido por la mano de la fe. Volveremos a este tema fundamental al comentar los versículos 8 y 9.

## 6. La finalidad del plan (Ef 2:7)

La perspectiva futura. El epígrafe subraya “la finalidad del plan”, pero el lector comprenderá que señala aquélla tan especial explicada en el versículo 7, ya que el plan de Dios abarca muchas finalidades y su voluntad para la totalidad de su creación se revestirá de innumerables aspectos. El versículo 7 declara que la gran obra de la gracia de Dios, al darnos vida juntamente con Cristo, elevándonos con él a “lugares celestiales”, fue “para mostrar en el siglo venidero las extraordinarias riquezas de su gracia en benignidad (bondad) hacia nosotros en Cristo Jesús”. No es sólo que la Iglesia glorificada servirá como “muestra” de las maravillas de la gracia de Dios que la redimió de los dominios del diablo, elevándola al centro de la Nueva Creación —que es cierto—, sino también que Dios desea tenerla como objeto de su gracia por los siglos de los siglos, deleitándose en manifestar una “benignidad” especial a su favor. No hay artículo delante de “benignidad” y el verso habla de algo futuro, del propósito divino de derramar cariñosos favores sobre nosotros “en Cristo”. Hemos hablado de la “Iglesia” a los efectos de la claridad de expresión, pero el pronombre “nosotros” individualiza el trato cariñoso que recibirá cada persona salva. Colectivamente seremos “Iglesia”, pero no dejaremos de ser personas, hombres y mujeres salvos por la gracia de Dios, recibiendo cada uno algo especial del amor del Padre.

Los siglos venideros. La mención del “cumplimiento de los tiempos” en (Ef 1:10) nos llevó a ciertas consideraciones sobre el programa de Dios que se lleva a cabo por medio de períodos de tiempo, o “siglos”. Los griegos no disponían de un vocablo especial para lo que nosotros llamamos “eternidad”, valiéndose de frases como “el siglo de los siglos” o “los siglos de los siglos”, que Pablo usa en (Ef 3:21), etc., bien que “generaciones” o “tiempos” pueden llevar un sentido análogo. Pero el uso inspirado de “siglo” o “siglos” en las Escrituras nos hace pensar en aquellos períodos predeterminados, a través de los cuales Dios lleva a cabo sus propósitos, sea en esta creación, sea en la venidera. Solo Dios puede ser “eterno”, en el sentido de estar por encima de toda consideración de “tiempo” en cuanto a su propio Ser. En el momento en que Dios determinó “algo” que salió de Él, siendo diferente de Él, se hizo necesario el concepto de “tiempo” como marco dentro del cual podía desenvolverse la historia de la criatura.

La frase “los siglos venideros” señala períodos futuros, posteriores a la venida de Cristo, indicando también una diversidad en el desarrollo del tiempo. Bajo el régimen del pecado, el tiempo lo envejece y desgasta todo, pero, después de la resurrección de los salvos, el tiempo —“los siglos”— servirá para el desarrollo de los planes de Dios en orden a sus criaturas, sin el desgaste de ahora, llegando cada siglo a su debida consumación. A veces las descripciones simbólicas del “Cielo” del Apocalipsis se interpretan en sentido muy literalista, lo que da la impresión de algo estático y homogéneo: una perfección que llega a un punto estacionario precisamente a causa de su misma perfección. Tal no es el cuadro que sacamos al meditar en la totalidad de las Escrituras, pues innumerables “siglos” podrán salir de la infinitud y eternidad de Dios, siempre nuevos, llevando cada uno su signo especial, que determina su finalidad, su desarrollo y su consumación, de modo que la perfección nunca desembocará en el estacionamiento y el aburrimiento. Durante tales “siglos” Dios mostrará las extraordinarias riquezas de su gracia al derramar su infinita bondad sobre “nosotros”, que tenemos la dicha inefable de “estar en Cristo”.

## 7. La salvación: su fuente y su finalidad (Ef 2:8-10)

La salvación. De todos los términos que las Escrituras emplean para ilustrar la obra de gracia de Dios a nuestro favor, la salvación es el más amplio, abarcando todos los demás. La metáfora supone un estado anterior de perdición, como el de un hombre caído al océano, sin saber nadar, cuyas luchas desesperadas por mantenerse a flote sólo sirven para hundirle más. Sin el buen intento de otros de salvarle —disponiendo de los medios necesarios— tal hombre se pierde irremisiblemente. Pablo ha descrito el estado de perdición espiritual del hombre natural en (Ef 2:1-3), pero ahora, dirigiéndose a creyentes, puede declarar: *“Por gracia habéis sido salvos”*. No hay lugar aquí para examinar todas las facetas de esta salvación provista por Dios, y que procede enteramente de su gracia, pero recordamos al lector que —en el sentido de nuestro pasaje— es algo ya completo, pues nos hallamos en Cristo por la fe. Con todo, se aplica varias veces en el Nuevo Testamento a la consumación de nuestro testimonio y servicio aquí en el mundo hasta que el Señor venga, y por eso hemos de *“llevar a cabo nuestra propia salvación con temor y temblor”*, bien que la potencia es la de Dios que *“obra en nosotros tanto el querer como el hacer”* (Fil 2:12-13). No sólo eso, sino que *“somos guardados para la salvación dispuesta a ser revelada en el tiempo postrero”* (1 P 1:5); la salvación futura que abarcará el cuerpo además de todo el conjunto de nuestras circunstancias.

Gracia, fe y obras. El amor de Dios le impulsa a proveer una salvación completa para el hombre perdido, y que llegará a su consumación cuando cada personalidad redimida se halle consumada, perfectamente preparada para su destino eterno. Este “movimiento” de Dios hacia el hombre, sin que éste merezca nada, es la gracia, el amor manifestado como potencia salvadora. El énfasis de este pasaje recae sobre la gracia de Dios, pero la fe del hombre arrepentido ha de responder con toda humildad a la gracia de Dios revelada en Cristo. La salvación es don de Dios, la manifestación del amor divino, pero la situación total se describe en estas palabras: *“Porque por gracia habéis sido salvos, por la fe, y esto no de vosotros, es don de Dios”*. “Esto” (el género neutro en el griego) es todo el proceso salvador que brota de la gracia y se expresa en el don de Dios. La fe (un sustantivo de género femenino) tiene su parte como la mano vacía que se extiende para recibir el don de la salvación. No es meritoria en manera alguna, siendo todo lo contrario de una obra.

La fe tiene dos facetas principales: a) la percepción y la inteligencia del hombre que reconoce la verdad de la palabra de Dios que le ha sido presentada, pues *“la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Cristo”*. No se trata de creer “cualquier cosa”, sino de reconocer el valor de la Palabra divina que ha sido predicada; b) sin embargo, muchas personas admiten la verdad del Evangelio y aun así se pierden, pues no han pasado a la segunda etapa: la de la confianza total y personal en el Salvador presentado por medio de las Buenas Nuevas de la salvación. Valiéndonos de una ilustración muy usada, pero muy significativa, el hecho de creer que un tren sale de la estación para la ciudad de X a cierta hora, y el acto de comprar el billete para tal tren, no servirá para nada a los efectos de llegar a X, si el poseedor del billete no sube al tren. La fe completa es la entrega de la voluntad, de los afectos, del “corazón” a Cristo, de tal forma que el creyente, después de su entrega, se halla *“en Cristo”*, según la repetida y profunda frase del apóstol.

Las obras que se cree meritorias. La confusión que rodea el tema de *“las obras”*, tanto en el ámbito católicorromano como en otros, se debe a una lectura muy superficial de las Escrituras. Aquí Pablo hace constar con toda claridad que la salvación brota de la gracia y se recibe por la fe, *“no por obras para que nadie se gloríe”*; sin embargo, pasa en seguida a una segunda declaración, igualmente importante, que subraya la inmensa importancia de *“obras”* en su debido lugar: *“nosotros somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras”* (Ef 2:10). El versículo 9 niega la validez de las obras del hombre carnal como medio para “ganar” la salvación, ya que brotan de la carne, que es

abominable delante de Dios, y llevan la mancha de su origen. “*Buenas obras*” pueden ser muy necesarias y útiles en la sociedad, en la que los hombres, movidos por diversos impulsos, son capaces de ayudarse mutuamente, y tales obras son muy estimables dentro de aquella esfera. Pero NO sirven de “moneda” para comprar la salvación, ya que todo hombre es pecador, transgresor de la santa Ley de Dios, y, por ende, bajo la condenación. Si el hombre natural fuese capaz de coadyuvar en la obra de su propia salvación, podría jactarse, diciendo: “Dios ha hecho su parte, y yo la mía”, aun cuando la parte humana no fuese más que el uno por ciento; jactancia que es totalmente inadmisibles cuando se trata del hombre perdido que se halla en la presencia de su Creador y Juez. Que doble su rodilla anquilosada por el orgullo delante de su Dios, pidiendo el perdón de sus pecados, dispuesto a recibir por la fe la salvación que es fruto bendito y único de la gracia de Dios manifestada en Cristo Jesús.

Es preciso que aun buenos evangélicos hablen con cuidado de la fe, pues a veces se presenta como un algo “místico” que se produce en el hombre, permitiéndole acercarse a Dios. Si fuese eso, se convertiría en “mérito”, que es igual que una “obra natural”, y tal concepto ha de ser rechazado totalmente. La fe no pasa de ser “la mano del corazón” que recibe el don que se ha provisto enteramente por la gracia de Dios: o, dicho de otra manera, es la confianza total en quien ha hecho toda la obra. Así queda claro que toda la gloria y la honra corresponden a Dios.

La obra de Dios y las obras espirituales. No sólo es cierto que la salvación no es el resultado de las obras de los hombres, sino también se revela que todos nosotros, que constituimos conjuntamente la Iglesia, somos “*hechura suya, creados en Cristo Jesús*”. El vocablo “*hechura*” traduce el griego (“*poiema*”), del cual ha derivado nuestra voz “*poema*”, la obra de un poeta (“*poiétes*”) para los griegos. Se encuentra en número plural en (**Ro 1:20**), con referencia a las obras de Dios en la creación, y en ningún otro sitio del Nuevo Testamento. Dios es el gran Hacedor, quien se deleitó en trazar los planes para su obra maestra, la Iglesia, antes de los tiempos de los siglos. Si un “pintor de brocha gorda” intentara retocar el cuadro “Las Lanzas” de Velázquez, guardado en el Museo del Prado, Madrid, toda persona entendida llamaría al “pintor” un loco, y su intento “un crimen”, por ser el cuadro perfecto en su género, mientras que los medios del “pintor” no son aptos más que para dar color a las puertas de un pajar. ¿Cómo calificaremos, pues, a quienes se sienten capaces de añadir sus míseras obras al “poema” de Dios? La locura es evidente, y el intento degenera en blasfemia. Él es el Creador, y nosotros, conjuntamente, su obra maestra, debiendo ésta todo su valor a la infinita sabiduría del Creador, de quien deriva también todo concepto de “hermosura”.

Sin embargo, nuestras obras, ya como creyentes, se relacionan estrechamente con la obra de Dios, pues Pablo sigue diciendo: “*creados (nosotros) en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*”. Antes de pasar al significado general del verso, notemos una vez más que la obra de Dios se realiza “*en Cristo Jesús*”, o sea, en relación estrecha con su Persona y en la esfera de su obra de redención. Siendo “*obra de Dios*” en este sentido, hemos de andar “*en buenas obras*”, pues el Creador tuvo este designio antes de la fundación del mundo. Las obras espirituales del creyente constituyen el fruto de la nueva vida que ha recibido por medio del nuevo nacimiento, y el árbol es conocido por sus frutos. Si un árbol no produce naranjas, después de los años necesarios de desarrollo, es evidente que no es naranjo, o siendo naranjo, es estéril e inútil; de igual modo un “cristiano” que no manifieste los frutos del Espíritu Santo en su vida (**Ga 5:22-23**) o no es tal cristiano —en el sentido real de poseer la vida nueva que brota de la Resurrección de Cristo—, o es uno tan carnal que no es posible distinguirlo del hombre natural, del hombre sin Cristo. Bien asimilado este

sencillo principio, es fácil entender el dicho de **(Stg 2:18)**: *“Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras”*.

Las buenas obras que Dios acepta no brotan de impulsos humanos naturales, sino de la obra del Espíritu Santo, Quien opera a través del *“nuevo hombre, creado según Dios”* (**Ef 4:24**). No han de considerarse sólo como algo eventual que se manifiesta normalmente en la vida del hombre convertido, sino como una parte constitutiva del plan de Dios — aquel plan de los siglos que es el tema dominante de Efesios—, ya que *“Dios las preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”*. Nuestras versiones reflejan bien el sentido del original, y nos hacen pensar en las etapas del plan: a) la victoria sobre el mal por la obra de la Cruz; b) la vida de resurrección de Cristo, bendita fuente de la vida nueva; c) la participación de los creyentes en esta vida de resurrección; d) las buenas obras que habían de surgir de la nueva vida en la potencia del Espíritu Santo. Recordemos el pensamiento análogo que ya consideramos en **(Ef 1:4)**: *“Según nos eligió en él (Cristo) antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin mácula en su presencia”*. En **(Ef 2:10)** aprendemos que las buenas obras fueron *“preparadas”* para *“los santos”* predestinados. Ya hemos hecho referencia a la lista de las distintas variedades del *“fruto del Espíritu”* en **(Ga 5:22-23)**, y debiéramos recordar que todas brotan, directa o indirectamente, del amor. El egoísmo no puede producir buenas obras, pese a la aparente *“nobleza”* de ciertas actitudes del hombre que mantiene su *“amor propio”*, pensando en su propia dignidad. Nuestras buenas obras son de servicio, de sacrificio, de humildad, como las del Maestro cuando lavó los pies de los discípulos, amonestándoles después: *“Si yo, el Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis”* (**Jn 13:1-17**).

## Temas para recapacitar y meditar

1. Discurra sobre los diversos aspectos de la vida del hombre caído según se presentan en **(Ef 2:1-3)**.
2. Sería posible ordenar todo el contenido de **(Ef 2:4-10)** bajo el epígrafe de *“Salvación”*. Utilice el material de estos versículos para discurrir sobre el tema de la salvación, siguiendo el bosquejo siguiente:
  - Una definición de la salvación en contraste con la perdición.
  - El Autor de la salvación. Sus fuentes, en relación con el Autor.
  - Aspectos de la salvación.
  - La finalidad de la salvación: 1) En el futuro. 2) En el presente.
  - Los medios para que el hombre reciba la salvación: 1) negativos, es decir, supuestos medios humanos; 2) positivos, es decir, los medios ordenados por Dios.
  - (Quédese dentro del análisis de estos versos, sin hacer referencia a otras partes de las Escrituras.)

# La unión de judíos y gentiles en un solo cuerpo (Efesios 2:11-22)

---

## El enlace conceptual

Pablo empieza una nueva sección de su argumento por medio de la frase *“Por tanto, acordaos...”*, que enlaza lo que va a exponer con el gran tema de la salvación por la gracia y la fe de los versos precedentes. Los *“muertos en delitos y pecados”*, los engañados secuaces de Satanás, han recibido vida nueva en unión con Cristo Jesús, siendo elevados con él a las esferas celestiales. “Bien —dice el apóstol— conviene a vosotros los gentiles hacer un alto con el fin de contemplar la cantera de la cual habéis sido sacados, para que lleguéis a comprender las extraordinarias riquezas de la gracia de Dios para con vosotros”. El resumen del estado anterior de los gentiles en contraste con los privilegios de los hebreos permite la introducción del tema de la reconciliación de los dos pueblos (el judío, y el resto de la humanidad, los gentiles) en Cristo, y de todos los creyentes con Dios, y de allí Pablo pasa a describir las maravillas de la Iglesia, compuesta de creyentes que antes eran o judíos o gentiles, y que ahora son conciudadanos de la familia de Dios. Al fin hay cambio de metáfora, pues el apóstol introduce unas enseñanzas de elevado valor sobre la naturaleza de la Iglesia considerada ya como “edificio”, que, siendo habitación de Dios en el Espíritu, es también templo santo o santuario en el Señor.

El diagnóstico del mal del hombre que consideramos en **(Ef 2:1-3)** revelaba la triste condición de cada individuo, como miembro de la raza caída en Adán; en cambio, el resumen de **(Ef 2:11-12)**, que encabeza el pasaje que vamos a examinar, detalla el estado de los gentiles como pueblo, separado en lo religioso de lo que Dios iba realizando por medio de Israel. Porque la gran Obra reconciliadora de Cristo se llevó a cabo en un plano histórico e implicaba el derribo de inmensas barreras religiosas y raciales que se habían erigido en la tierra entre el pueblo de Dios y las demás naciones.

Dios apartó a Abraham y a sus descendientes en Isaac para sí, y por medio de disciplinas especiales les separó de las demás naciones para que fuesen el instrumento suyo para la recepción, la conservación y la transmisión de su revelación escrita. Las promesas, los pactos, la circuncisión, la preservación y posterior redención de la nación esclavizada en Egipto, y la Ley de Sinaí, dieron forma y relieve a su nacionalidad, a fin de que sirvieran de testigo al único y verdadero Dios en medio de la corrupción e idolatría del paganismo circundante. Y a pesar de los muchos fracasos, el orgullo y la incredulidad, manifestados a lo largo de la historia de Israel, los propósitos divinos se cumplieron. Así, *“la pared intermedia de separación”* fue necesaria; como ya notamos en **(Ef 1:11)**, era un *“consejo de la voluntad de Dios”* y *“para la alabanza de su gloria”*; pero el orgullo judaico se extralimitó trágicamente al transformarla en *“muralla”* que resguardaba las bendiciones divinas para Israel solamente, excluyendo a todos los demás a menos que se hicieran israelitas. En vez de irradiar la luz del testimonio al amor, la misericordia y la justicia del Dios verdadero para la bendición de los gentiles, llegaban a despreciarles como *“perros”* e *“incircuncisos”* inmundos, a los cuales —decían— Jehová aborrecía **(Mt 5:43)**. Esta triste caricatura de su misión no tardó en crear la *“enemistad”* **(Ef 2:15)** entre judío y gentil que dificultaba aún más la divulgación del conocimiento de Dios a todos los hombres.

Pero no fue sólo por causa del exclusivismo judaico que los gentiles se encontraban en una situación tan alejada de la posibilidad de salvación, *“sin Cristo..., sin esperanza y sin Dios en el mundo”*, sino que realmente estaban lejos porque habían rechazado la luz de la

revelación original divina, como el apóstol explica en **(Ro 1:18-32)**, adorando a la criatura en vez del Creador y rehusando escuchar la voz de su conciencia para deleitarse en hacer todo lo que sus concupiscencias y pasiones desearan.

Con la aparición de Cristo y por su Obra expiatoria esta triste situación cambió radicalmente. Las barreras entre Dios y los hombres, y por ende entre hombre y hombre, fueron derribadas, las distancias se anularon, la enemistad fue quitada de en medio y se creó una nueva humanidad en Cristo en la cual hay paz y armonía perfectas y acceso al mismo Dios, Padre de todos los que creen, por el mismo Espíritu. El uso de las hermosas figuras gráficas que el apóstol emplea al final del capítulo subraya esta perfecta unidad en Cristo. Aquí no hay “parches” ni “pegamentos” humanos, sino una Nueva Creación, producto del Plan divino, como tuvimos ocasión de estudiar en el versículo 10 anteriormente. A continuación pasamos a considerar todo esto con más detalle.

## La posición anterior de los gentiles (Ef 2:11-12)

### I. Los gentiles incircuncisos

Los cristianos de las iglesias de Asia disfrutaban ya de los privilegios y derechos propios de los “*santos*” en Cristo Jesús, pero anteriormente su posición había sido bien diferente. Pablo quiere que se acuerden de distintas facetas de su vida en la gentilidad como preámbulo al importante tema de la reconciliación de los creyentes judíos y gentiles en Cristo, y para moverles a la debida gratitud y alabanza a Dios. Eran “*gentiles en la carne*” (que en este contexto equivale a “*por naturaleza*”), y, además, calificados despectivamente “*la incircuncisión*” por los israelitas orgullosos, quienes mantenían una actitud de superioridad consciente frente a ellos en la esfera religiosa. Pero este desprecio no tenía justificación alguna, demostrando palpablemente que Israel no había comprendido bien la razón de su separación de las demás gentes, por lo que Pablo lo juzga con mucha severidad en **(Ro 2:17-29)**.

La ordenanza de la circuncisión se había establecido como señal de la separación de los hijos de Abraham de las naciones idólatras, pero siempre con miras al servicio que el pueblo escogido había de prestar al llevar la luz de la revelación a todo el mundo **(Gn 17)**. Al insistir en que aquellos que no pertenecían visiblemente al “*pueblo del pacto*” no podían participar de sus beneficios, aquella marca física que señalaba una esfera de santidad y servicio se convirtió en un blasón de orgullo carnal. Se fijaba tanto en el símbolo en sí, que no se percibía o se olvidaba la honda realidad espiritual que proclamaba; de ahí que tantas veces Moisés, los profetas y aun algunos predicadores del Nuevo Testamento, como Esteban, tuvieran que llamarles a los judíos “*incircuncisos de corazón y de oídos*” y exhortarles a vivir de acuerdo con la señal exterior que llevaban **(Lv 26:41) (Dt 10:16) (Dt 30:6) (Jer 4:4) (Jer 6:10) (Jer 9:26) (Hch 7:51)**.

La actitud que debían de haber tomado hacia los gentiles, pues, se echaba de ver claramente a través de todo el Antiguo Testamento, pero haciendo caso omiso de las verdades espirituales del amor y de la humildad que Dios esperaba de ellos para poder usarles como testigos suyos entre las naciones, las miraban a éstas despectivamente como manifiestamente inferiores. De ahí brotó la enemistad entre ellos y los gentiles, que sólo pudo ser abolida por medio de la Cruz **(Ef 2:14)**. Desde luego, los gentiles pagaban a los judíos con la misma moneda, devolviéndoles desdén por el desprecio que recibían, considerándoles como raza de usureros fanáticos e incapaces de apreciar los valores de la civilización. El antisemitismo, que persiste hasta nuestros días, había nacido siglos antes del Advenimiento de Cristo. Pablo apunta las dos vertientes de la separación racial: era un hecho natural, “*en la carne*”, y también religioso, según las implicaciones del rito de

la circuncisión —“*hecha con mano en la carne (cuerpo)*”— del que se jactaban “*los que se llaman circuncisión*”.

## 2. Los gentiles se hallaban separados de Cristo

Toda la historia de Israel constituye, en esencia, el marco dentro del cual se desarrollaba la promesa del Cristo, el que era la Simiente de la mujer de (**Gn 3:15**), la consumación de la línea santa de Abraham, el heredero de David, el Ungido y el Siervo de Jehová, en cuyas manos habían de prosperar todos los propósitos de Dios para con los hombres. Esta promesa podía ser motivo de orgullo legítimo aun para los fieles de Israel, ya que de ellos, según la carne, había de surgir el Cristo, que es “*Dios sobre todas las cosas*” (**Ro 9:5**), y en Cristo se hallaba no sólo la salvación de ellos, sino la de todos los hombres (véanse las muchas profecías de bendición universal contenidas en los capítulos 40 a 55 de Isaías que hallan su centro en la persona del verdadero Siervo de Jehová). Pero los gentiles nada sabían de esta bendita esperanza, ni de los propósitos de Dios que el Ungido había de llevar a su consumación. Fue una triste pérdida que les separaba no sólo de los judíos orgullosos y enemigos, sino también de los humildes y fieles, es decir, aquel Remanente o Resto fiel por medio del cual Dios quería hacer llegar la bendición de su conocimiento a todos los hombres.

## 3. Los gentiles eran extraños a la ciudadanía y a los pactos de Israel

La cláusula “*alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa*” describe la separación de los gentiles de todo el sistema teocrático que caracterizaba el pueblo escogido y cuya constitución es tema del Pentateuco desde el capítulo 12 del Génesis en adelante. “*Los pactos*” se mencionan en número plural, pero todos dependían de la misma promesa, y hemos de entender “los pactos de gracia” que Dios concertó con su pueblo para el adelanto de sus propósitos de salvación hasta que el “*nuevo pacto*” se sellara con la sangre del Cordero de Dios.

Una consideración del pacto hecho con Abraham según (**Gn 15**), a la luz de los comentarios de Pablo en (**Ga 3:15-29**), nos hace ver que toda la obra dependía de Dios mismo, limitándose Abraham a recibir por la fe las bendiciones que le fueron garantizadas. Más tarde el pacto legal había de cumplir su cometido de disciplina y de prueba, pero sin que abrogara el pacto basado sobre la promesa incondicional de bendición que Dios había otorgado previamente a Abraham cuando salió de Ur de los caldeos (**Gn 12:1-3**). Prueba de ello fue la renovación del pacto sobre la base del pacto abrahámico al que Moisés aludió en su intercesión por el pueblo después del incidente del becerro de oro (**Ex 32-34**). De igual modo el pacto hecho con David en cuanto al Reino dependía únicamente de la promesa y no de las obras o méritos de éste (**2 S 7**). ¡Bendito el israelita fiel que sabía gozarse en las obras de Dios que brotaban de su promesa y que se confirmaban por sus pactos! De todo ello el gentil no sabía nada.

## 4. Los gentiles se hallaban “sin esperanza y sin Dios”

“*Esperanza*” no lleva artículo, de modo que significa más que la separación de la esperanza mesiánica que ya hemos considerado. Por la falta de la luz de la revelación especial (o sea, del conocimiento del Dios verdadero preservado en algunas ramas de la raza semita y recogido en los descendientes de Abraham), quedaban “*sin esperanza*” alguna, aparte de alguna obra de misericordia que Dios hiciera con individuos, según su providencia. No quiere decir que ningún gentil se había salvado jamás desde la formación del pueblo de Israel, pero sí señala la condición general de quienes se hallaban fuera del ámbito de la luz espiritual que brillaba en Israel. “*Sin Dios*” traduce la voz griega (“*azeoi*”), de donde se deriva nuestro término “ateos”. Se empleaba por los griegos para señalar la “impiedad” de quienes no se sujetaban a la religión oficial de las varias ciudades, pero

aquí no significa tanto el hecho de “negar a Dios”, sino el triste estado de ignorarle. Los sistemas idolátricos desviaban la mirada de los hombres del Dios verdadero, fijándola en la “vanidad” de los diferentes engendros de la imaginación humana, de modo que el término “*azeoi*” lleva el diagnóstico del estado de los gentiles a su última expresión, pues los hombres, creados a imagen y semejanza de Dios, ignoraban su existencia, viajando sin rumbo por los procelosos mares de la vida. Por el contexto parece ser que la frase “*en el mundo*” quiere decir el mundo en que los gentiles vivían, el mundo de los hombres en general, tan hermoso en sus posibilidades y tan triste para quienes vagan por él “*sin esperanza y sin Dios*”.

Por otra parte, al margen de la evidencia bíblica acerca de la situación en que se encontraba el mundo gentil, los escritos de los filósofos y poetas de aquel entonces dan amplio testimonio del pesimismo y de la desesperación que embargaban a los hombres. Desilusionados con su paganismo vacío, pero faltos de algo que lo reemplazara, carecían de rayo de luz alguno que diera sentido y significado a su destino e iluminara las densas tinieblas de superstición en que estaban sumidos. Y parece ser que tal sentir desesperado, que afectaba todos los sectores de la cultura del mundo antiguo, llegó a su colmo alrededor de la fecha de la Encarnación, justamente en el momento más apropiado en los planes de Dios, cuando parecía que no había solución alguna a la triste suerte de la raza.

## La posición actual de judíos y gentiles, reconciliados “*en Cristo*” (Ef 2:13-18)

### 1. El dramático contraste (Ef 2:13)

El versículo 4 señaló la transición de la esclavitud del hombre bajo el poder de Satanás, a la vida y la libertad del creyente, por medio de la frase: “*Pero Dios... nos dio vida...*”. Aquí las miserias de los gentiles “*en otro tiempo*”, tratándose de los creyentes, llegan a su fin, exclamando Pablo: “*Mas ahora, en Cristo Jesús, habéis sido hechos cercanos...*”. El contraste es de tiempo y de esfera, pues ahora los creyentes se hallan en la dispensación de la gracia, disipándose las sombras de la ignorancia pasada, y, lejos de hallarse en un mundo sin esperanza, se gozan en estar “*en Cristo Jesús*”, reconciliados con Dios y los unos con los otros. El título “*Cristo Jesús*” no es exactamente igual a “*Cristo*”, pues éste podía referirse al Mesías de las promesas y de las profecías, mientras que con el aditivo “*Jesús*” señala el cumplimiento de todas ellas por el nacimiento del niño de Belén y la consumación de su obra redentora (Mt 1:21).

### 2. Alejamiento y acercamiento

La distancia de los gentiles de las bendiciones de Israel se puso de relieve en los versículos 11 y 12, pero ya se ha anulado la distancia, habiéndose procurado un acercamiento que coloca a los creyentes de la gentilidad al mismo nivel de privilegio que los judíos. Este concepto ha de desarrollarse en detalle en los versículos siguientes, de modo que sólo nos compete fijarnos en el medio del acercamiento, que es la sangre de Cristo. Ya vimos al comentar (Ef 1:7) que el medio de la redención fue por “*su sangre*”, y recordamos que la sangre de Cristo equivale a todo el valor infinito de su Vida que fue ofrendada por nosotros sobre el altar de la Cruz. Por medio de esta frase —y de otras análogas— Pablo explica la base de todas las múltiples bendiciones que hemos venido considerando, pues sólo el sacrificio del Calvario pudo anular la enorme distancia que separaba a los gentiles del Reino de Dios. Sin duda, Pablo se hace eco en estos términos de las citas de (Is 48:22) y (Is 57:19-21), en las que Dios afirma que “*no hay paz para los impíos (malos)*”, aparte de la obra reconciliadora suya.

### 3. “Él es nuestra paz” (Ef 2:14)

Como ya hemos indicado, el tema principal de los versículos 14 a 16 es el de la reconciliación de judíos y gentiles en Cristo, y la de ambos pueblos con Dios, sobre la base de la obra de la Cruz. Tan profunda doctrina se inicia por la hermosa declaración de nuestro epígrafe, que, en vista del énfasis del orden de las palabras en el griego debe leerse: “*Él solo, en su persona, es nuestra paz*”. Toda la obra de reconciliación es de Cristo; aún más, su Persona llega a ser la misma sustancia de la paz que reciben creyentes de origen judaico o gentil. A Pablo le agrada personificar las bendiciones del Evangelio en Cristo, y la frase nos recuerda declaraciones como las de **(Col 3:4)**: “*Cuando Cristo, vuestra vida, sea manifestado...*”, **(Col 1:27)**: “*Cristo es el todo y en todos*”..., etc. En él desaparece toda causa de división y toda separación entre Dios y los hombres y entre hombre y hombre, creándose una nueva entidad espiritual, un nuevo pueblo, la Iglesia, en el que se establece una íntima relación vital entre todos sus componentes, por muy diversas que sean sus procedencias religiosas o raciales.

En el versículo 15 este pueblo se denomina “*un solo y nuevo hombre (o humanidad)*”, subrayando de forma sublime no sólo la realización de todos los propósitos de Dios en orden a la creación del hombre en su imagen y semejanza (que fue malograda, hasta el Advenimiento de Cristo, por el pecado con todas sus funestas consecuencias), sino su íntima relación con el Segundo Adán, nuestro Señor Jesucristo. Este es la Cabeza de una nueva raza de hijos de Dios, en quien, como hemos visto en **(Ef 1:10)**, todas las cosas han de hallar su cumplimiento y razón de ser, mediante la reconciliación que él vino a realizar **(Col 1:20)**. Además, el “*nuevo hombre*” contrasta con el “*viejo*”, producto de la Caída, la raza adánica que “*yace en el maligno*” y está bajo la condenación de Dios.

### 4. El derribo de la pared intermedia de separación (Ef 2:14-16)

La “*pared intermedia*” consistía en “*la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas*” que, como hemos visto, tenían la finalidad de apartar y preservar a los israelitas de los gentiles que seguían las locuras y los desvaríos de la idolatría, con toda su corrupción e inmoralidad. Estos mandamientos ordenaban su culto y sus costumbres de acuerdo con la justicia y la santidad del carácter divino, siendo la Ley mosaica la expresión clara de éste y de sus exigencias en la vida de los hombres. A fin de guardar la pureza y la vocación santa del pueblo de Dios, la Ley no permitía el acercamiento de gentil alguno a menos que la acatara plenamente, con todas sus consecuencias, mediante la circuncisión.

Pero la barrera no era sólo espiritual; era física también. Sin duda Pablo tenía en mente la valla del Templo que hacía separación entre el patio de los gentiles y los patios interiores, reservados exclusivamente para los judíos. Ningún gentil podía traspasar aquella barrera so pena de muerte, castigo fulminante que se anunciaba claramente mediante una inscripción en la pared a fin de que nadie pudiese alegar ignorancia. Recordamos que Pablo casi perdió la vida a manos de una multitud enfurecida porque suponían que había llevado al gentil Trófimo, uno de sus colaboradores, dentro de aquella barrera, hecho que demuestra la importancia que tal separación tenía para los judíos **(Hch 21:28-36)**.

Los medios por los cuales se quitó de en medio la “*pared intermedia*” se describen en tres frases significativas: “*la sangre de Cristo*” **(Ef 2:13)**, su “*carne*” **(Ef 2:15)**, y “*la Cruz*” **(Ef 2:16)**, de las que la primera ya ha sido considerada arriba y en el comentario sobre **(Ef 1:7)**. “*Su carne*” es la santa humanidad de Cristo, preparada en la Encarnación, manifestada como totalmente del agrado del Padre por medio del Bautismo y la Transfiguración en su ministerio terrenal, y ofrecida representativamente en la Cruz para la expiación de los pecados. Se relaciona directamente con la abolición de las enemistades **(Ef 2:15)**, las de los hombres todos hacia Dios y de las que existían entre los

judíos y los gentiles, ya que quita la raíz del pecado que informa tales actitudes equívocas, sustituyéndola por la paz y el amor que ahora han de reinar donde antes había egoísmo y odio. “La Cruz” representa la totalidad de la obra que allí se efectuó. “*Un solo cuerpo*” no se refiere al cuerpo físico de Cristo (esta idea se refleja más bien en la frase “*su carne*”, **(Col 1:22)**), sino al Cuerpo místico de Cristo, su Iglesia. Entre los miembros de un mismo cuerpo no puede haber enemistad, y esta frase subraya el hecho de que no hay otro organismo sino la Iglesia en el que existe una unión tan perfecta y compenetrada entre miembros de tan diversa condición y procedencia **(Ef 4:4) (1 Co 10:17) (1 Co 12:13) (Col 3:15)**.

Por estos medios la Ley, tanto moral como ceremonial, quedó cumplida del único modo que podía satisfacer plenamente las exigencias divinas; por esto, no puede haber otra manera alguna mediante la cual tanto judíos como gentiles sean salvos de su estado de rebeldía y enemistad.

### 5. El anuncio de la paz (Ef 2:17)

Tal como anunciaron los ángeles **(Lc 2:14)**, y los profetas del Antiguo Testamento, la Venida de Cristo trajo verdadera paz a la tierra, una paz basada en la Obra de reconciliación efectuada una vez para siempre en la Cruz del Calvario, por la que Dios puede recibir a los rebeldes que depongan su actitud y se sometan a él con arrepentimiento y fe. Como ya hemos visto, siendo Víctima inocente que ofreció un sacrificio que satisfacía plenamente toda la sentencia de la Ley de Dios contra el pecado, él hizo y es la paz, por lo que su Venida da como hermoso resultado el anuncio o la proclamación de esta paz “*a todo aquel que cree*”. Aquí este anuncio corresponde específicamente a la predicación del Evangelio a partir del día de Pentecostés, desembocando unos años más tarde en su anuncio a los gentiles en la casa de Cornelio y luego “*hasta los últimos de la tierra*”, ya que Pablo tiene en mente especialmente a sus lectores, en su mayoría creyentes de la gentilidad. Con todo, la reiterada referencia a “*los que estaban cerca*”, nuevo eco de **(Is 57:19)**, nos recuerda que a pesar de todos sus privilegios, los judíos necesitaban igualmente el mensaje reconciliador que trajo Jesucristo, debido a su rebeldía hacia la verdadera justicia de Dios en Cristo, y su falta de amor hacia sus prójimos, los gentiles, base de la “*enemistad*” en que vivían.

### 6. El acceso al Padre (Ef 2:18)

La paz no sólo ha sido anunciada como algo teórico, sino que se ha demostrado como eficaz al abrirse entrada franca a la presencia del Altísimo, donde los que creen —tanto judíos como gentiles— son presentados al Padre por medio del Espíritu Santo en igualdad de condiciones. Así vemos la obra del Dios trino en la bendición de los gentiles: es el Padre que les recibe, por medio del Hijo que les ha redimido, y esto en toda la potencia del Espíritu Santo quien les vivifica y les impulsa. Como dijera Pablo en otro pasaje análogo, “*Justificados..., por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes...*” **(Ro 5:1-2) (Hch 4:16) (Jn 14:6)**.

## El nuevo pueblo de Dios (Ef 2:19-22)

### I. Una patria (ciudadanía) y una familia (Ef 2:19)

La culminación del argumento anterior colocó a creyentes judíos y gentiles en igualdad de condiciones en la misma presencia de Dios, pero aquí el apóstol vuelve específicamente a los gentiles, contrastando su nueva situación de privilegio y bendición con la que prevalecía antes de la Venida de Cristo. En primer lugar, su condición de extranjeros a la

ciudadanía de Israel había terminado para siempre y ahora compartían con los santos (los fieles de todos los tiempos, no sólo los judíos salvados) la patria o ciudadanía preparada por Dios para todos los que le aman (**He 11:8-10,13-16**) (**Fil 3:20**). Parece ser que esta patria o ciudad no coincide exactamente con la Iglesia que nació el día de Pentecostés, sino que es *“Jerusalén la nueva..., la celestial..., la esposa del Cordero”*, en la que se hallan no sólo los miembros de la Iglesia, sino los santos del Antiguo Testamento, ya que las puertas de la ciudad llevan inscritos los nombres de las doce tribus de Israel, mientras sus fundamentos, los de los doce apóstoles (**Ap 21:2,9-14**).

Pero a la vez ya no son peregrinos o nómadas que no poseen patria fija y que solamente están “de paso” dondequiera que vayan, sino miembros de la familia (o casa) de Dios, con hermosos derechos de herencia otorgados por el Padre (**Ef 1:11-14**) y (**Ef 3:6**). El apóstol emplea el término *“domésticos”*, que comporta no sólo la idea de privilegios y derechos, sino de servicio o mayordomía responsable (**Mt 24:45-51**) (**Lc 12:35-48**). La misma palabra se halla en (**Ga 6:10**), mientras que el concepto de *“casa”* en el sentido de un gran establecimiento encabezado por el padre de familia, puede verse en (**He 3:6**) (**1 P 2:4-10**) (**1 P 4:17**).

Tanto la idea de la ciudadanía celestial como de la membresía de la familia de Dios subrayan los conceptos de dignidad, honor, privilegio y orden bajo el sabio gobierno divino, al par que recuerdan la variedad multiforme y la procedencia diversa de los conciudadanos (nótese el prefijo tan significativo). En el conjunto del pueblo de Dios, y siguiendo las metáforas empleadas, cada miembro aporta con responsabilidad y diligencia lo que él es y hace para el bien común y para el objetivo principal, que es de servir a Aquel cuya presencia lo llena todo con su luz gloriosa, hasta la realización de la sublime meta propuesta por Dios, que es de *“reunir todas las cosas en Cristo”* (**Ef 1:10**) y (**Ap 22:3-5**).

## 2. Un edificio (Ef 2:20-21)

Un gran edificio que crece continuamente es una figura muy apta para describir el desarrollo histórico de la Iglesia desde Pentecostés hasta la Segunda Venida del Señor. Según la conocida metáfora de (**1 P 2:4-5**), los creyentes son piedras vivas colocadas sobre el fundamento único que es Cristo (**1 Co 3:10**). Sin embargo, la metáfora usada aquí es algo distinta, porque da a entender que el fundamento lo constituyen los apóstoles y profetas, siendo Cristo, por lo tanto, sólo una parte (la principal piedra del ángulo, griego *“akrogoniaios”*), véanse (**Is 28:16**) (**1 P 2:6**) (**Is 8:14**) y (**Sal 118:22**) de dichos cimientos. En realidad no hay ninguna contradicción si se tiene en cuenta que en ambos casos se trata de meras figuras, cada una de las cuales sirve en sendos contextos para subrayar diferentes aspectos de la misma verdad. Sólo hay un fundamento en el sentido básico de la palabra, que es la misma Persona (juntamente con su Obra) de Jesucristo, pero el eslabón o enlace autorizado por Dios para juntar el fundamento con el resto del edificio lo fueron los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento, cuya labor principal fue la de ser depositarios e instrumentos inspirados a fin de que la Palabra escrita que da testimonio al Cristo Resucitado llegase al resto de la Iglesia. Por esto, en su calidad oficial (no como meros hombres, por supuesto), ellos forman un todo con la Piedra angular, soportando el peso del edificio (**Ap 21:14**). La frase *“el fundamento de los apóstoles y profetas”*, pues, indica aquella parte fundamental del edificio próximo a la piedra angular, por medio de la cual ésta presta cohesión, solidez y orientación al resto del edificio.

Algunos han pensado que los profetas mencionados serían los del Antiguo Testamento, pero el uso de la misma frase en (**Ef 3:5**) y (**Ef 4:11**) demuestra claramente que se refiere a los inspirados mensajeros de Dios que proclamaron la verdad de Cristo para que los hombres, primeramente judíos y luego gentiles, creyesen en él. Su función especial era

establecer o corroborar la fe de los creyentes con mensajes directos de parte de Dios que suministrarían luz, orientación o consolación en determinadas circunstancias de la vida de individuos o iglesias, como vemos en **(Hch 11:27-30)** **(Hch 15:32)**. Una vez completado el canon de las Escrituras, labor en la que los profetas colaboraron estrechamente con los apóstoles, ya no hacía falta la función profética en este sentido especial, de revelación directa, quedando recogido el fruto primordial de su labor en las páginas del Nuevo Testamento, la fe apostólica que Judas denomina *“la fe una vez para siempre dada a los santos”* **(Jud 1:3)**.

Por eso, hoy en día el don profético —que creemos sigue en pie— consiste más bien en la aplicación inspirada de la Palabra escrita a distintas circunstancias u ocasiones por las que la Iglesia o las iglesias puedan pasar. Es una tarea que requiere por supuesto un alto grado de sensibilidad a la guía del Espíritu de Dios, y un profundo conocimiento de la Biblia, sin que en ningún caso pueda añadir nada a la revelación completa que ya disponemos en el canon de las Sagradas Escrituras.

### 3. Un templo santo o santuario (Ef 2:21-22)

Hemos de notar que la traducción literal de la frase *“en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo...”*, es, según el griego *“en quien cada edificio, adaptado al conjunto, va creciendo...”* (V.H.A.). O sea, la figura parece referirse más bien a un conjunto de edificios, como un gran palacio o el Templo de Jerusalén (podemos pensar en algo como la mole impresionante del palacio de Felipe II en El Escorial, cerca de Madrid, con sus muchas alas y dependencias, patios, etc., o como el de Luis XIV en Versalles). En la mente del Arquitecto divino es una unidad que ha de servir para determinado fin; en este caso, ser *“la morada de Dios”*, pero todavía no se ha completado. *“Va creciendo...”* conforme se van añadiendo y colocando las *“piedras vivas”* en los lugares asignados para ellas, en el transcurso de los siglos. Podemos ver que en este punto las figuras del edificio, del templo y del Cuerpo se funden, ya que, como en el caso del creyente individual y de la iglesia local, se emplea el concepto de la morada de Dios por su Espíritu en su pueblo **(1 Co 3:16)** **(1 Co 6:19)**, y se le combina con la idea de un crecimiento coordinado, la cual volverá a salir en **(Ef 4:16)**. Véanse también **(1 P 2:5)**.

Ha sido siempre el deseo del Altísimo morar en medio de su pueblo. Puso su Nombre y su gloria visible primero sobre ellos en su marcha por el desierto, para protegerles contra sus enemigos en el Mar Rojo, luego sobre el Tabernáculo, luego sobre el Templo de Salomón, aunque por el triste fracaso de Israel tuvo que alejarse, como vemos en la profecía de **(Ez 10:1-11:23)**. Pero con la Encarnación, la gloria de Dios *“habitó”* o *“puso su tienda en...”* el Verbo encarnado, cuya *“gloria... vimos”*, exclamó el apóstol **(Jn 1:14)**, y ahora él, por su Espíritu mora en su pueblo, la Iglesia **(Ef 3:14-21)**, y se glorifica por su medio **(1 P 4:14)** en este mundo.

La frase *“vosotros también”* recuerda a los lectores gentiles, de acuerdo con el enfoque de toda la epístola, que ellos también participan plenamente de esta inmensa bendición, como vamos a ver a continuación con más detalle.

## Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el estado anterior de los gentiles descrito en **(Ef 2:11-18)**, explicando claramente cómo *“la pared intermedia de separación”* fue derribada por la Obra de Cristo.
2. A su juicio, ¿cuáles son las figuras empleadas en este pasaje que mejor describen al nuevo pueblo de Dios? Comente cada una de ellas para justificar su elección.

# La revelación del plan al apóstol de los gentiles (Efesios 3:1-21)

---

## Introducción (Ef 3:1-2)

La repetición de la frase de (Ef 1:15): “*Por esta causa... yo...*”, que también comenzó una nueva sección de la carta después de una descripción sublime de las bendiciones con que Dios ha colmado a su Iglesia, apunta a un renovado deseo del apóstol de prorrumper en alabanza y en intercesión ante el Padre a favor de sus lectores. Quería que cada uno disfrutase de todo lo que Dios tenía reservado para ellos, y como vemos a partir del versículo 14, eso fue lo que hizo por fin. Pero, al iniciar su intención y mencionar su calidad de “*prisionero de Cristo Jesús por amor de vosotros los gentiles*”, creyó necesario interpolar unas palabras acerca de su relación con ellos, a modo de recordatorio, ampliando la información anterior que habían recibido.

El apóstol nunca podía olvidar la grandeza de la misericordia divina para con él, quien antes había sido enemigo acérrimo del Evangelio y de los creyentes, y este sentimiento se refleja en las palabras “*Yo, Pablo...*” con las que abre el capítulo. Véanse otras frases parecidas en (2 Co 10:1) (Ga 5:2) (Col 1:23). La descripción de sí mismo como “*prisionero de Cristo Jesús*” subraya la realidad de su apostolado entre los gentiles, porque fue en el curso de su servicio entre ellos que había sido apresado y llevado a Roma. Pero tenía consciencia de que no era realmente un preso más de la Roma imperial; su situación obedecía a la voluntad de su Señor, y servía, no para entristecerse, sino para que ellos se gloriasen en Aquel que había determinado usar así a uno de sus siervos (Ef 3:13). Habían de gozarse los lectores en el hecho de que Pablo les podía servir mejor en su calidad de preso —donde escribió algunas de las enseñanzas más sublimes que encontramos en todo el Nuevo Testamento, en las llamadas “*epístolas del cautiverio*”—, que no estando libre para visitarles personalmente.

La forma gramatical de la frase “*Si es que habéis oído...*” no pone en tela de duda el conocimiento que tuviesen de él los lectores; el “*Si...*” que parece condicional, no es más que una palabra retórica, muy conocida entre los griegos, por la que se suscita una respuesta única: “¡Claro que habéis oído de mi apostolado!”, es decir, que es algo que se da por sentado.

“*La dispensación de la gracia de Dios*” (Ef 3:2). La palabra “*dispensación*” (“*oikonomía*”), se entiende mejor como “*administración*” o “*mayordomía*”, es un determinado servicio que Dios había encomendado a su siervo (véanse notas sobre versículos 8-13) por medio de una revelación, como enfatiza en (Ga 1:1,11,12). No sólo recibió la revelación del misterio, sino el encargo de proclamarlo entre los gentiles, que implicaba tanto la salvación de ellos como su incorporación como miembros de pleno derecho en el nuevo pueblo de Dios (véase versículo 6).

Tres veces Pablo menciona en este pasaje “*La gracia que le fue dada*” por el Señor (Ef 3:2,7,8), algo imprescindible para la “*administración*” recibida. A cada don o carisma (facultad espiritual) que Dios da a sus siervos en su soberanía le corresponde la gracia o ayuda divina para su realización, llevándose a cabo todo (Ef 3:7) “*según la operación de su poder*” (ver versículo 20). Cuando Dios llama, capacita y luego usa a sus siervos, “*todo proviene de (él)*”, desde principio a fin, para que ninguno “*se gloríe en su presencia*” (2 Co 5:18) (1 Co 1:30). De ahí que Pablo, consciente de su indignidad, puede autocalificarse como “*menos que el más pequeño de todos los santos*” (Ef 3:8), en medio de un pasaje

en el que se destaca la importancia de su llamamiento como apóstol de los gentiles. Quizá tenía en mente el dicho de Jesús acerca de Juan el Bautista (**Mt 11:11**), reconociendo que su único “título” de privilegio y dignidad sólo lo había recibido de la pura gracia y misericordia de Dios para con él, que no merecía nada. Como había escrito años antes, citando del Antiguo Testamento, “*El que se gloria, gloriase en el Señor*” (**2 Co 10:17**).

## El misterio de Cristo (Ef 3:3-7)

Ya notamos arriba que Pablo recibió tanto su llamamiento al apostolado como su “programa” (administración) por revelación, y no podía ser menos en cuanto al contenido de su mensaje. Esta idea se correlaciona con la identificación del “misterio” que examinamos antes (**Ef 1:9-11**). Llegado el momento Dios toma la iniciativa y “descorre el velo” para descubrir secretos que antes guardaba en los arcanos divinos. Aquí, el “misterio de Cristo” es una parte o fase del que vimos en (**Ef 1:9**).

Pero, ¿qué hemos de entender por la frase “*como antes lo he escrito brevemente, leyendo lo cual podéis entender...*”, etcétera? Ha habido cierta controversia sobre el particular; algunos especulan con la posibilidad de que Pablo había escrito antes una epístola corta que se ha perdido, pero estas ideas no pasan de ser meras conjeturas. Lo más probable, según el Prof. F. F. Bruce, es que se trata de lo que había escrito antes en esta misma epístola en los primeros dos capítulos.

El misterio referido aquí se describe claramente en los versículos 5 y 6, tanto en cuanto a quienes lo recibieron primero como a sus beneficiarios. Consideramos estos dos aspectos a continuación.

Los receptores del misterio: “*los santos apóstoles y profetas*” (**Ef 3:5**). El adverbio “*ahora*” delimita claramente la identificación de los primeros receptores del misterio: fueron los apóstoles y profetas de la Iglesia (**Ef 2:20**) (**Ef 4:11**), no de la dispensación anterior. La revelación no fue exclusiva a Pablo, sino a sus colegas los Doce; la encomienda especial al de Tarso tuvo que ver más bien con el área de su proclamación: los gentiles. Quizá choca un poco a los oídos modernos el adjetivo “*santos*” que Pablo aplica a sí mismo y a sus colegas, pero hemos de tener en cuenta que el significado primordial de la palabra es “*apartado exclusivamente (o separado) para el servicio de Dios*”, no reflejando una especial aureola de beatitud que muchos asocian con los “*Santos*”, especialmente en países de mayoría católicorromana.

Los beneficiarios del misterio: los gentiles (**Ef 3:6**). En este punto es legítimo preguntar: ¿En qué consiste el misterio acerca de los gentiles? Porque es evidente que desde el mismo llamamiento de Abraham, Dios había anunciado bendición para ellos (**Gn 12:1-3**) y en (**Ro 15:9-12**), Pablo cita pasajes de las tres divisiones del Antiguo Testamento (la Ley, los Profetas y los Escritos) en los que hallaba claros indicios de los propósitos de Dios en orden a los gentiles, como vemos asimismo en (**Hch 13:47**) y (**Hch 15:15-18**). Pero lo que ningún miembro del pueblo escogido jamás había podido entrever, es que un día los despreciados gentiles podrían acercarse directamente a Dios, sin pasar por la “puerta” de Israel, a través de la Obra del Mesías, y formar parte juntamente con los judíos convertidos de un nuevo pueblo (**Ef 2:15**), en igualdad de condiciones. Esto fue precisamente el punto tan disputado por los judaizantes en la crisis que tuvo su fallo decisivo en Hechos 15, e ilustra la dificultad que tuvieron muchos judíos sinceros cuando se trataba de la evangelización de los gentiles, como bien podemos observar en la epístola a los Gálatas y las reacciones de los más estrictos en (**Hch 11:1-18**), y (**Hch 15:1-35**).

El contenido del misterio (**Ef 3:6**). Éste se resume en tres frases, que ya han sido comentadas en los capítulos 1 y 2. En primer lugar, los gentiles son “coherederos” con los judíos de algo que sólo por adopción, no por nacionalidad, tenían derecho. Luego, son “miembros del mismo cuerpo” (una sola palabra, “*sunsómos*”, en el original que parece que Pablo inventó para esta situación, pudiendo traducirse “concorporados”), y en tercer lugar “copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio”. Tomadas conjuntamente, subrayan la perfecta unión que ahora existe entre elementos tan diversos, y magnifican la gracia divina que hizo posible tan maravillosa bendición. La última frase hace eco de enseñanzas anteriores de Pablo acerca de las promesas divinas a Abraham y sus descendientes espirituales (**Ga 3:29**) (**Ga 4:28**) (**Ro 4:15**), frase que hemos visto caracteriza toda la epístola.

Como ya comentamos en (**Ef 1:9**), los misterios paganos tuvieron su auge en los tiempos de Cristo y los apóstoles, y en realidad Pablo no hace más que echar mano del vocabulario religioso de su tiempo para elucidar el mensaje cristiano. Pero el “misterio de Cristo” difería radicalmente de aquellos secretos ocultos y exclusivistas, porque no se había de revelar sólo a unos “iniciados”, sino proclamarse “desde las azoteas”, como dijo el Señor (**Mt 10:27**), a todo aquel que los quisiera recibir. Los creyentes, lejos de guardar el secreto celosamente, han de publicarlo a todos. Asimismo, las condiciones para su disfrute eran radicalmente distintas a las que habían de reunir los “clientes” de los misterios griegos. El “encuentro” de éstos con el dios de turno era algo esotérico, divorciado de la vida normal, que no afectaba para nada la conducta del iniciado, debido al dualismo del pensamiento griego que separaba cuerpo y alma en compartimientos estancos que apenas se comunicaban. En el cristianismo, la reconciliación que Dios otorga a los que aceptan a Cristo se hace extensiva, se comunica, a todos los hombres que entran en contacto con ellos; es decir, la transformación que experimenta el creyente ha de ser de dominio público en el sentido más positivo de la palabra, y en todos los órdenes de la vida.

## La mayordomía de Pablo en relación con el Plan (Ef 3:7-13)

Notamos antes la dependencia del apóstol sobre la gracia y el poder de Dios para llevar a cabo su cometido tan especial (**Col 1:23**) y (**Ro 11:13**), y su asombro continuo porque Dios le había escogido a él precisamente, a pesar de lo que había sido antes (**1 Ti 1:12-17**) (**1 Co 15:9**). A algunos expositores les ha parecido que Pablo emplea aquí un tono artificial de falsa modestia que no es muy auténtico, pero por otros pasajes similares sabemos que él así llamaba la atención, no a sí mismo, sino a la magnitud de la misericordia divina que le pudo salvar aun a él, que tanto mal había causado antaño a la Iglesia de Dios. Puede que Pablo haga aquí un juego de palabras con su propio nombre latino, (Paulus = pequeño), llamándose “*menos que el más pequeño*”; lo que sí es cierto es su consciencia de la propia indignidad para llevar tan excelso mensaje, “*el Evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo*”.

Aquí encontramos otra de las paradojas del cristianismo: no sólo es un misterio que ha sido revelado y comunicado a todos, sino es una revelación de algo que no se puede escrutar o examinar. Pablo empleó el mismo adjetivo en (**Ro 11:33**) para designar los caminos de Dios en su trato tanto con judíos como con gentiles, y “su aplicación aquí a las riquezas de la gracia redentora de Cristo, que sobreabundan en el Evangelio... es especialmente apropiada” (Bruce, p. 64).

Sigue la nota universal en el versículo 9. Pablo se siente deudor a “*todos los hombres*” (**Ro 1:13-14**); su cometido es de “*iluminarles...*”, “*hacerles ver por medio del Evangelio*” (así literalmente el griego), a fin de que comprendan los propósitos salvíficos

de Dios para con ellos, ideados y preparados desde antes de la creación del mundo. Por eso se refiere específicamente al Dios Creador, remontando el origen del misterio de Cristo al beneplácito del Trino Dios, de reunir todas las cosas en Cristo. Y esto nos lleva a...

La finalidad del Plan (**Ef 3:10-12**). En (**Ef 2:7,10**) vimos otros aspectos de la finalidad del magno Plan de la redención, en los que se daba a conocer *“las extraordinarias riquezas de su gracia en su benignidad hacia nosotros”*, pero aquí el énfasis recae sobre el presente testimonio de la Iglesia ante las jerarquías de la creación angelical, que de una manera misteriosa e incomprensible para los hombres, contemplan nuestra actuación en el escenario de este mundo (**1 Co 11:10**) y así aprenden la maravillosa sabiduría de su Creador. La Creación toda, por supuesto, constituye un canto hermoso y variado a su poder e infinita sabiduría, pero la Iglesia, que forma parte de la Nueva Creación, es su obra maestra, su *“poema”* (**Ef 2:10**).

Por eso, es singularmente apropiado el uso del adjetivo *“multiforme”* o multicolor (*“polupoikilos”*) para calificar tal sabiduría divina. Es la única vez que se emplea en las Escrituras, pero se utilizaba en el griego clásico para describir o la hermosura variada de un jardín lleno de flores, o el colorido rico de una tela o un tapiz, etc. Nos recuerda cómo la infinita sabiduría de Dios, actuando a través de sus muchas y diversas providencias, va tejiendo la historia de su Iglesia, compuesta de la vida de cada uno de sus hijos y cada una de las comunidades, grandes y pequeñas, de las que forman parte, en medio de la inmensa variedad de sus circunstancias y experiencias en diferentes épocas. Lo que a nuestra visión limitada parece una confusión indescifrable, resulta ser todo un drama representado ante el auditorio más distinguido de los siglos: las huestes espirituales con todos sus rangos y jerarquías, *“principados y potestades en lugares celestiales”*. Observan nuestras luchas, triunfos y fracasos; contemplan nuestros momentos de obediencia o vacilación, nuestras diversas reacciones frente a la Palabra de Dios aplicada a las circunstancias variopintas de nuestro medio, y por todo ello aprenden en nosotros cómo el Altísimo despliega sus poderosos recursos de sabiduría para llevar a cabo *“el eterno propósito que formó en Cristo Jesús, Señor nuestro”*.

Notemos que se juntan aquí tres títulos del Hijo de Dios: el que habla de su mesianidad, siendo el Ungido y Escogido por antonomasia para llevar a feliz término todos los propósitos de Dios; el que hace referencia a su Encarnación y su ministerio en la tierra, y aquel que significa su posición de dominio absoluto en relación con todo el universo.

El libre acceso al Padre (**Ef 3:12**). Incluido en el *“propósito eterno”* que acabamos de notar está la relación tan íntima y estrecha que ahora existe entre *“los colaboradores de Dios”* y el Padre, por medio del Hijo, recordándonos que no hay ángel ni criatura alguno que pueda interponerse entre nosotros y nuestro Dios (**Ro 8:31-39**). Este *“denuedo y acceso con confianza”* que disfrutamos como sus escogidos, es un arma poderosa que se nos ha dado para el adelanto de su Plan, aunque a menudo hacemos mal o ningún uso de ella, para vergüenza nuestra.

Implica dos aspectos: 1) libertad para hablar con confianza (o denuedo) (**2 Co 3:12**), a fin de exponer ante Él toda nuestra necesidad (**He 4:16**); y 2) entrada, o acceso franco, y ambas cosas en cualquier momento (**He 10:19-22**). Todo es *“en Cristo”* y *“en el Espíritu”* (**Ef 2:18**), pero hemos de recordar a la vez que es *“por la fe”*, que subraya ese principio constante de relación consciente y deliberada entre el creyente y su Dios. Cuando pensamos en la gran dificultad que supone el tratar de conseguir audiencia ante las personas importantes de la tierra, no deja de ser una maravilla de la gracia de Dios y de su amor el que podamos disfrutar esta comunión tan íntima en todo tiempo con el Padre celestial.

Los padecimientos del “*administrador*” (**Ef 3:13**). ¿Por qué tenía Pablo tanto interés en que sus lectores no desmayasen al recibir noticias de sus sufrimientos? Como buen conocedor de la psicología humana, sabía que la intensidad de sus tribulaciones podría parecerles un indicio de que no estaba del todo en el centro de la voluntad de Dios, y hacer tambalear la fe de ellos en un Dios que ha prometido nunca desamparar a sus siervos. Por eso, se apresura a asegurarles, de nuevo (**Ef 3:1**), que sus sufrimientos son a favor, o en beneficio, de ellos, viendo cómo los propósitos divinos se realizaban por su medio. Pablo había aprendido por primera vez en el camino a Damasco que los padecimientos del pueblo de Dios eran los de Cristo mismo, y como expresó en (**Col 1:24**) (**Fil 3:10**), su deseo era “*participar*” plenamente de estas “*aflicciones de Cristo a favor de su Cuerpo*”, tal como el Señor le había indicado por medio de Ananías (**Hch 9:16**). Por supuesto, estos sufrimientos no tienen nada que ver con los vicarios que Cristo padeció en la Cruz, sino que son la consecuencia lógica de un ministerio fiel y esforzado en la tierra frente a las huestes de maldad que hacen todo lo posible, valiéndose del pecado de los hombres, para desbaratar la Obra de Dios y el avance de su Reino.

## La segunda oración del apóstol (Ef 3:14-21)

Hemos notado arriba cómo esta oración estaba en la mente del apóstol cuando comenzó el capítulo 3, pero que interpoló el paréntesis de (**Ef 3:2-13**) al referirse a su apostolado. Ahora, después de haber hablado de la sublime finalidad del Plan en el que desempeñaba un papel tan destacado, vuelve a su propósito original con el alma aun más llena de adoración y gratitud, anhelando confiadamente para sus amados lectores nada menos que “*toda la plenitud de Dios*”, o sea, todo lo que Dios ha provisto para el hombre en la Persona y la Obra de su Hijo Jesucristo, mediado por el Espíritu Santo, la cual viene a ser la meta principal de la maravillosa oración que sigue.

La expresión “*doblo mis rodillas...*” indica la intensidad y el fervor de sus anhelos por ellos en aquellos momentos, ya que la actitud normal de los judíos en oración era estar de pie. Pero en el Nuevo Testamento, aleccionado sin duda por los ejemplos del Señor, de Esteban, de Pedro y del mismo Pablo (**Lc 22:41**) (**Hch 7:60**) (**Hch 9:40**) (**Hch 20:36**) (**Hch 21:5**), el ponerse de rodillas ha venido a ser la postura típica del creyente ante su Dios, y como tal tiene su importancia, bien que, en último término, es obvio que la eficacia de una oración no depende de la postura física que se adopta, sino del sentir del corazón, los móviles y la disposición de la voluntad de aquel que la ofrece.

### I. El Padre, ante quien se presenta el apóstol (Ef 3:14-16)

El Padre pone su Nombre sobre “*toda familia*” (o “*parentela*”, V. H. A.) en los cielos y la tierra, ya que proceden de Él como Fuente y Origen de todo; se refleja, pues, la paternidad del Creador. Pero el original de “*familia*” es algo especial, subrayando al parecer la diversidad de las distintas “*familias*” del universo que de una forma u otra reconocen esa paternidad, dentro del gran “*plan de conjunto*” que venimos considerando. Se ha de tomar, pues, en el sentido más amplio, incluyendo a todos los “*hijos de Dios*” de todas las edades: los ángeles, Israel, la Iglesia, las naciones, etc. Expresada de otra manera, la idea es “*la comunidad universal derivada del único Padre Creador*”. Es muy posible que Pablo tenía en mente el concepto rabínico de “*la familia superior*” (los ángeles) y “*la familia inferior*” (los judíos), aplicándolo a esferas más amplias según las dimensiones inmensas del Plan que iba desplegándose ante su visión extasiada. En cuanto a la Iglesia, se compone de “*hijos adoptivos*”, tanto judíos como gentiles, lo cual aumenta para el “*apóstol de los gentiles*” su asombro y admiración ante tamaña misericordia y sabiduría (**Ro 11:30-36**).

Las contestaciones a su oración serán de acuerdo con *“las riquezas de la gloria”* del Padre eterno (**Ef 1:17**); esta es la medida del *“oportuno socorro”* que sobreabundará *“según el poder que obra en nosotros”* (**Ef 3:20**). Habiendo visto una completa redención y perdón *“según las riquezas de su gracia”* (**Ef 1:7**), *“las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”* (**Ef 1:18**), su *“rica misericordia”* (**Ef 2:4**) con que nos salvó, *“las extraordinarias riquezas de su gracia en su benignidad hacia nosotros en Cristo Jesús”* que manifestará a través de su Iglesia en los siglos venideros (**Ef 2:7**), amén de *“las inescrutables riquezas de Cristo”* (**Ef 3:8**) anunciadas a los gentiles, hallamos esta frase que recoge todos los demás aspectos de los tesoros divinos como la manifestación de todo lo que Él es, revelado y puesto a la disposición de los hijos suyos en Cristo y por el Espíritu, para que sean llenos de su plenitud. Así la oración comienza y termina con la garantía de poder sobreabundante para todo cuanto necesite cada miembro del Cuerpo (**Fil 4:19**) (**1 P 5:10**) y (**2 Co 4:7**).

## 2. Las peticiones específicas del apóstol (Ef 3:16-19)

Notemos que estas súplicas van estrechamente entrelazadas, arrancando cada una de la anterior y apuntando todas hacia la sublime meta mencionada arriba, de *“ser llenos de toda la plenitud de Dios”*. La vida cristiana es un progreso, un crecer constante en gracia y conocimiento, una continua renovación a la imagen y semejanza de Cristo por el Espíritu Santo, como vemos en (**2 P 1:2-11**) (**2 P 3:18**) (**2 Co 3:18**), etc., y no se pueden “quemar etapas”. He aquí la importancia del estudio detallado de esta oración, sin duda la más sublime que jamás elevara siervo de Dios alguno, por lo menos en lo que a la revelación escrita se refiere.

1. Poder en el hombre interior (**Ef 3:16**). La primera necesidad del creyente es que tenga la capacitación divina (corroboración o establecimiento espiritual) para fortalecer, robustecer, la nueva naturaleza que le ha sido injertada por la acción regeneradora del Espíritu de Dios, de la misma manera que un niño requiere una alimentación cada vez un poco más fuerte y abundante, a fin de fortalecer todas las células de su cuerpo que se van desarrollando. Pero el crecimiento cristiano no es “desde afuera hacia adentro”, un mejorarse en lo externo para ir poco a poco dominando el hombre interior, a modo de la filosofía estoica (o la budista), sino, al contrario, va “desde dentro hacia afuera”. De ahí que, en el capítulo 4, se habla de renovarse en el espíritu de la mente según el modelo del hombre nuevo, Cristo mismo. Es el Espíritu de Dios quien, morando en nosotros, efectúa esta corroboración poderosa en la medida que nos dejemos guiar e influenciar por sus impulsos. La esfera de su operación es *“el hombre interior”*, que en el griego quiere decir literalmente *“el hombre dentro del hombre”*, el que, habiendo sido regenerado, *“se deleita en la Ley de Dios”* (**Ro 7:22**). Es la sede profunda de la personalidad redimida, y en (**2 Co 4:16**) se usa en contraposición al *“hombre exterior”* que se va desgastando de día en día y está llamado a desaparecer.

Todo este resultado de la operación del Espíritu de Dios en el creyente nos recuerda los términos del Nuevo Pacto en (**Jer 31:31-34**) (**He 8:10**) (**He 10:16**), y el inspirado comentario que Pablo hace de él en (**2 Co 3:3-18**).

2. La morada de Cristo en el corazón, apropiada por la fe (**Ef 3:17**). La corroboración que acabamos de comentar ha de dar por resultado una *“obra de fe”*, echando mano de la presencia del Espíritu de Cristo, especialmente en lo que a la voluntad del creyente se refiere (*“corazón”* es aquí sinónimo de *“voluntad”*). El verbo *“habitar”* en el original significa *“establecer residencia”* o *“hacer su hogar en”*; denota una morada permanente de Uno que es Amo o Dueño absoluto, no un mero huésped. Pero al Señor hay que invitarle y darle entrada por un acto de la voluntad rendida —se emplea el tiempo pretérito del verbo —, el cual luego vendrá a ser toda una actitud consciente y costumbre constante. Es la

misma idea que tenemos en **(Ap 3:20)** y **(Jn 14:23)**, cuyo significado primario tiene que ver con los creyentes, aunque se le puede aplicar —con las debidas explicaciones y salvedades— a los que todavía no conocen a Cristo. Sólo así se podrá gozar de una verdadera comunión con Cristo y crecer hasta la madurez y plenitud deseadas por el apóstol a favor de todos los santos.

Cristo morando en el corazón equivale a su morada en nuestra voluntad, fortaleciendo y corroborándola de tal forma que responda con prontitud a los impulsos del Espíritu cuyo fruto es amor, gozo, paz, etc. **(Ga 5:22-23)**. Así se ve cómo cada frase de esta sublime súplica se relaciona con la próxima.

3. La comprensión y el conocimiento de las dimensiones infinitas del amor de Dios **(Ef 3:17-19)**. Hemos de notar dos aspectos que comprende este punto: a) la base de esta comprensión, su origen; y b) su disfrute, y lo que implica.

a) Notemos que tal comprensión del amor de Dios sólo puede venir mediante un arraigo y una cimentación en el amor, producidos por la práctica de la comunión con Cristo.

Aquí vemos de nuevo cómo la mente de Pablo estaba saturada de las figuras gráficas utilizadas por los profetas para expresar verdades espirituales **(Jer 1:10)** **(Ef 2:20-22)** **(Col 1:23)** **(Col 2:7)**. La raíz, los cimientos o fundamento, el fruto, los adornos del edificio **(1 Ti 3:15)**, todo nos recuerda que el pueblo de Dios ha de hallar su fundamento sólo en su Dios, en esa relación vital entre el Padre de amor y la confianza absoluta del hijo dependiente. Es en Él, su carácter (imagen), su manera de ser, en los que ha de crecer y desarrollarse a fin de glorificarle entre los hombres. Así, morando Cristo en el corazón, habrá un arraigo en amor, y la experiencia viva de este amor hará que sea el amor lo que caracterice toda la conducta del creyente hacia el Señor y sus hermanos. Como dice el apóstol Juan, *“le amamos a Él, porque Él nos amó primero”*. Es en la medida que vivamos este amor suyo que habrá tal afianzamiento de nuestro amor. Pero lo sorprendente del caso es que Pablo afirme que sólo por el amor puede haber aumento de comprensión espiritual. En esto se echa de ver el reconocimiento apostólico del peligro perenne, especialmente entre las iglesias de los gentiles, de ensalzar demasiado el conocimiento intelectual a expensas de la obediencia del corazón **(1 Co 1:22)** **(Col 2:8,23)** **(1 Ti 1:4)** **(1 Ti 6:4)**. El apóstol sabía que el verdadero conocimiento de Dios era imposible sin el amor, ya que la comprensión viene por la obediencia, que siempre es fruto del amor **(Jn 7:17)** y **(Jn 15:9-10)**. Uno de los grandes temas de las epístolas de Juan es la imposibilidad de ejercer una fe verdadera sin el amor.

La experiencia que Pablo desea a favor de sus lectores no es algo personal e individual; nada más lejos de su pensamiento. Tiene en mente todo el Cuerpo de Cristo; le interesa la interrelación y comunión de todos los miembros, puesto que la esencia del amor es un impulso hacia fuera, hacia los demás.

La experiencia creciente de comprensión del amor inmenso de Dios es para *“todos los santos”* y se disfruta con y entre todos ellos. No podemos tener una comunión íntima con Cristo y al mismo tiempo mantener relaciones distantes o frías con nuestros hermanos, lo cual sería una contradicción rotunda de nuestra unión en Él **(Ef 4:13)**.

Así, por la práctica del amor entre los miembros y la Cabeza del Cuerpo se recibe fuerza (capacidad o poder) para comprender cada vez más las infinitas dimensiones del amor de Dios, a fin de que seamos equipados para...

b) Conocer o disfrutar del amor de Dios **(Ef 3:19)**. La palabra *“conocer”* aquí significa *“experimentar”* o *“conocer por experiencia”*, no intelectual o académicamente. Por eso se puede contrastar con la frase adjunta *“que excede a todo conocimiento”*, que parece ser a primera vista una contradicción, porque habla de un amor que no se puede conocer. De

acuerdo con lo comentado arriba, podemos ver en este contraste el hecho de que el amor divino no puede comprenderse con la mente, sino sólo por el corazón (la voluntad) a través de la obediencia de fe. Con todo, también admite la interpretación que de forma inmediata salta a la vista: que nunca podemos llegar a sondear en su totalidad el amor de Dios, que por la infinitud de sus dimensiones escapa a la facultad comprensiva del hombre. Puesto que Dios ES amor, es la esencia de su ser infinito, no le será nunca posible a la criatura llegar a las profundidades del amor de su Creador y Redentor. Por ello, todos los siglos sin fin de la eternidad serán insuficientes para poder conocer y gloriamos de todo lo que Él quiera revelarnos de sí mismo. Como muy bien escribió un poeta cristiano: “Oh, Señor, toda una eternidad será demasiado corta para poder pronunciar toda la alabanza que Tú mereces.”

4. Llenos de toda la plenitud de Dios (**Ef 3:19**). Esta es la meta, la cúspide de la inspirada plegaria del apóstol. No se halla mayor aspiración en toda la literatura humana: que todo lo que Dios es y ha provisto para el hombre llegue a llenarle por completo, cual esponja que se sumerge sedienta en el agua y se empapa de ella hasta la saciedad, de tal modo que parezca parte del líquido elemento. Es un concepto verdaderamente sublime, de acuerdo en todo con la perfección celestial y divina del enfoque de esta epístola (**Col 1:19**) (**Col 2:9-10**). F. F. Bruce, comentando esta frase, observa: “... el uso de la preposición (eis), “hasta...”, sugiere más bien una plenitud progresiva”, de forma parecida a lo que vemos en (**Ef 4:13**). El sublime ideal sólo puede realizarse en Cristo, por supuesto, pero potencialmente ya es nuestro, y por el Espíritu —como vemos a continuación— puede ser una gloriosa realidad, aquí y ahora.

## La doxología (Ef 3:20-21)

El sublime final de la oración nos lleva a un terreno que parece tan lejos del alcance humano que no sería de extrañar que nos sintiéramos completamente anonadados e incapacitados para lograr tal realización, conociendo tan bien la fragilidad traicionera de nuestros propios corazones. Pero la doxología que brota del corazón extasiado del inspirado escritor nos enfrenta con algo más maravilloso aún: ¡que Dios está dispuesto y puede hacer mucho más de lo que se piensa (o se imagina) —aun cuando se trate de la visión inmensa de un Pablo—, o que se pide: o sea, más aun que los más profundos anhelos del creyente que ni siquiera hallan adecuada expresión, sino que están latentes en los “*gemidos indecibles*” interpretados por el Espíritu (**Ro 8:27**). Ni la comprensión iluminada del santo más sabio, ni la imaginación despierta del más sensible, ni la agonía de deseo del suplicante más fervoroso, ni la percepción espiritual del visionario o soñador más agudo, puede captar siquiera la inmensidad del poder amoroso de Dios. No hay “radar” espiritual que lo alcance. Este poder obra en nosotros (se sobreentiende que es por el Espíritu), y su único límite será el que nosotros pongamos. La potencia y el amor divinos no conocen medidas, pero hemos de dejarlos fluir a través de nuestras vidas sumisas.

En vista de todo lo expuesto, el contenido del gran Plan de Dios en Cristo y en su Iglesia, Pablo no puede por menos que atribuirle gloria al Padre, o sea, resaltar la manifestación de lo que Él es, y su correspondiente reconocimiento por todo lo creado. Nótese que esta gloria se manifiesta en la Iglesia y en Cristo, como Centro y Vehículo principal del Plan, no sólo ahora y en la próxima etapa del porvenir, sino “por todas las generaciones del siglo de los siglos”, la infinita procesión de “edades” o “dispensaciones” que llamamos “la eternidad”.

## Temas para recapacitar y meditar

1. Discurra sobre el misterio del cual habla Pablo en **(Ef 3:6)** y contexto, notando su naturaleza, su contenido y su finalidad. Haga referencia también a otras porciones análogas en la Epístola.
2. Haga un análisis detallado de la oración de **(Ef 3:14-19)**, destacando sus varias peticiones específicas y la relación que existe entre ellas y con la meta final.

# Unidad y plenitud de la Iglesia (Efesios 4:1-16)

---

## La unidad de la Iglesia (Ef 4:1-6)

### 1. Consideraciones preliminares

Muchos expositores consideran que a partir del capítulo 4 comienza la parte práctica de la epístola, ya que es en este punto que el apóstol empieza a exhortar a sus lectores a poner por obra lo que les ha expuesto acerca de su posición en el Plan divino. Admitimos la nota exhortativa que se echa de ver en el pasaje, pero preferimos tomarlo todavía como de contenido mayormente doctrinal, porque Pablo habla de la naturaleza de esa unidad espiritual que antes ha descrito, amén de su funcionamiento vital, medios de crecimiento, y la relación íntima que guarda con el Dios trino. Es a partir del versículo 17 cuando pasa plenamente a la parte práctica. En todo, el apóstol se dirige al creyente individual, pero el marco y enfoque de su enseñanza, tanto doctrinal como práctica, es la comunidad de los creyentes, en la que cada uno juega un papel sui géneris según el don o los dones que ha recibido.

### 2. La exhortación a guardar la unidad del Espíritu (Ef 4:1-3)

De nuevo, el apóstol introduce el concepto del andar del creyente, o sea, la práctica cotidiana de su posición *“en lugares celestiales en Cristo”*. Esa posición tiene que manifestarse por medio de un comportamiento activo ahora, que será según la vocación o llamamiento de Dios, antes referida en **(Ef 1:4-6,18)** y especialmente **(Ef 2:10)**. Los creyentes han de andar en las buenas obras para las cuales Dios les creó, en estrecha comunión unos con otros, y esto requiere un despliegue de las virtudes notadas en los versículos 2-3, encaminadas a mantener intacta la unidad procedente de la vocación única. Otra vez es *“el prisionero del Señor”* que les ruega encarecidamente; el hecho de que él esté sufriendo para que ellos sean perfeccionados presta fuerza e intensidad a sus palabras. Notemos que la unidad es la del *“Espíritu”*; es la que Él vivifica y aplica a la nueva comunidad sobre la base de la Obra de Cristo. Es un don de Dios y obra suya exclusivamente, por lo que el apóstol no les exhorta a hacerla ellos, sino a guardarla con diligencia.

Las virtudes necesarias para guardar la unidad. La primera es la humildad, algo prácticamente desconocido en el mundo antiguo. Los griegos la consideraban más bien debilidad de carácter, algo servil y despreciable. Pero con el Advenimiento de Cristo, a través de su Persona y Obra, cobra un realce y una importancia considerables, llegando a imprimir todo un carácter al comportamiento del cristiano frente a Dios y a los hombres. Es la negación del egoísmo innato del hombre caído; nace del puro altruismo (el vivir para otros), que se basa en el previo reconocimiento de la total dependencia de Dios y de la propia incapacidad espiritual del creyente para buscar con autenticidad el bien de los demás. Por eso, le coloca en la debida actitud sumisa para recibir por pura gracia el poder que precisa para seguir las pisadas de Aquel que se despojó de sus prerrogativas y su gloria a fin de poder venir en forma de esclavo **(Fil 2:5-11)** **(Mt 11:28-30)**, en todo obediente a la voluntad del Padre **(Mi 6:8)** **(Is 57:15)** **(Is 66:2)**.

Puesto que uno de los conceptos importantes de los primeros tres capítulos es el poder de Dios, manifestado en la Resurrección de Cristo y la exaltación con Él de los creyentes quienes ahora disponen de ello para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, es apropiado recordar aquí que estas virtudes, que son a la vez *“fruto del Espíritu”*, no

pueden producirse por el esfuerzo carnal o legalista, sino únicamente con la ayuda de Dios, por el Espíritu y mediante la fe de cada uno.

La mansedumbre puede traducirse “*amabilidad*” o “*espíritu de entrega*”; la palabra se utilizaba igualmente para describir un animal completamente domado y disciplinado. Casi siempre indica un espíritu de sumisión amorosa frente a otros, de uno que no procura afirmar o defender su propia autoridad o importancia, sino que mantiene cada instinto y pasión, cada movimiento de mente, corazón, lengua y deseo, bajo el control del Espíritu. El ejemplo “clásico” en el Antiguo Testamento es Moisés (**Nm 12:3**), y en el Nuevo, por supuesto, el mismo Señor (**1 Co 4:21**) (**2 Ti 2:25**) (**Tit 3:2**) (**Ef 5:21**).

La longanimidad es el aguante paciente o incansable, que lejos de ser una resignación quejosa —lo cual indicaría más bien debilidad—, revela nobleza, fuerza de carácter. Rehúsa ostentar genio alguno, ni mal humor ni irritación, y es lento para tomar represalias en defensa propia. No se deja provocar fácilmente. La palabra se emplea para describir la paciencia incansable de Dios hacia los hombres en (**Ro 2:4**) (**2 P 3:15**) (**1 P 3:20**) (**1 Ti 3:16**), y por ende el comportamiento correspondiente que el hijo de Dios ha de guardar con otros (**1 Co 13:4**) (**Ga 5:22**) (**Col 3:12**) (**2 Ti 4:2**).

La cuarta virtud se refleja en la palabra traducida “*soportándoos*”: es la paciencia, que también se emplea para describir a Dios en (**Ro 2:4**) (la única vez que se usa así esta palabra en todo el Nuevo Testamento; casi siempre es la longanimidad que le caracteriza). Podemos diferenciarla de la anterior en el sentido de que es el resultado práctico de la longanimidad. Implica sobrellevar las cargas y debilidades de otros con una actitud comprensiva que nunca cesa de amar, pese a las ofensas o desaires que reciba.

El amor y la paz. El florecer de estas virtudes sólo es posible en un ambiente saturado de amor (véanse notas sobre el capítulo 3, que hay que tener en cuenta para entender la fuerza de la exhortación apostólica), y en la armonía perfecta creada por el Padre por medio de la reconciliación llevada a cabo en la Persona y por la Obra del Hijo. Esta es la esencia de la paz. La tendencia de la carne (se refiere a la naturaleza caída del hombre), siendo egoísta, divide, de modo que la unidad se ha de guardar y manifestar por la victoria sobre la carne y todas sus obras, mediante la práctica de esas “virtudes de Cristo” que propenden siempre a unir y sanar las divisiones. Habrá algo que “sufrir” entre hermanos siempre, pues si no fuera así las exhortaciones no harían falta. Nótese la importancia del amor en la enseñanza sobre el desarrollo del Cuerpo (**Ef 4:15-16**), y en (**1 Co 12:25**) (**Fil 2:1-3**) (**2 Co 13:14**).

### 3. La base de la unidad (**Ef 4:4-6**)

El apóstol tiene muy en cuenta las grandes diferencias de cultura, costumbres, raza y crianza religiosa que existen entre sus lectores, pero desea subrayar la realidad espiritual de lo que tienen en común, en Cristo, por lo que describe la unidad base en la que se encuentran todos. Posiblemente esta unidad en sus siete aspectos se expone empleando los términos de algún credo o himno de la Iglesia primitiva. Notemos que las siete facetas son obra exclusiva del Dios trino: las tres primeras corresponden más bien al Espíritu Santo, las tres siguientes a la Segunda Persona de la Trinidad, y la séptima, que envuelve a las demás, al Padre. El Cuerpo es un ente espiritual, un organismo que participa de una misma vida que es la del Espíritu (El que habita el Cuerpo); la esperanza única se deriva del que es el sello y las arras de la herencia hasta el rescate completo (**Ef 1:13-14**). Este Cuerpo tiene una sola Cabeza, el Señor, cuya autoridad es absoluta; hay una sola doctrina que ha sido creída (recibida) acerca de Él, y un solo bautismo que simboliza la identificación plena con Él en los hechos salvíficos de su Muerte y Resurrección. Por último, por encima de todos, en medio, y obrando a través de todos, está el Padre, el Origen y Fuente de las demás “unidades” y del Plan de conjunto. Como observa el

profesor F. F. Bruce (op. cit., pág. 76), es la unicidad de todas estas facetas la que se destaca en este pasaje. No hay otra unidad igual o comparable a ésta.

Un Cuerpo. Una organización puede deshacerse en fragmentos, pero no así un organismo como el cuerpo humano, figura del Cuerpo místico de Cristo al que alude Pablo. La unidad es, pues, vital e interna, y nunca puede lograrse por los planes o esfuerzos de los hombres. Hallamos aquí un eco de lo que se ha dicho ya sobre esta figura en pasajes anteriores **(Ef 1:23) (Ef 2:16) (Ef 3:6)**.

Un Espíritu. El Espíritu Santo, según su función desde el seno del Trino Dios, proporciona y mantiene la unidad actual de la Iglesia. Es la vida del Cuerpo, el principio vital que vivifica y llena todo, impulsando a cada miembro a aportar su contribución peculiar al conjunto en su constante desarrollo hacia la madurez. Pero sólo hay un Espíritu, no dos o tres: “El Espíritu que descendió en poder sobre los creyentes judíos en Pentecostés es el mismo que cayó sobre los creyentes en la casa de Cornelio” (F. F. Bruce, op. cit., pág. 77). Y —podemos añadir nosotros— es el mismo que en el transcurso de los siglos desde Pentecostés ha llevado a los creyentes ora a enfatizar unos dones, ora otros, para el bien de todo el Cuerpo y para lograr que se cumplan los propósitos salvíficos de Dios entre todos los hombres. Ni en esta faceta, ni en las demás, ha significado la unidad una total uniformidad.

Una sola esperanza. Como notamos arriba, la esperanza se deriva del sello y de las arras de la herencia divina que el creyente recibió cuando creyó en el Cristo muerto y resucitado **(1 P 1:3)**. Es, pues, el Espíritu Santo quien garantiza que Dios terminará lo que comenzó por medio de la Encarnación y la Obra redentora del Hijo. Por eso, podemos tomar el concepto hermoso en su sentido más amplio, relacionándolo con la Segunda Venida del Señor cuando disfrutaremos de toda la perfección de la Nueva Creación. Notemos que se denomina “*la esperanza de la vocación*” que un día hizo mella en las almas de los redimidos cuando por su gracia Dios les salvó por Cristo y fueron nacidos de nuevo por el Espíritu.

Un Señor. Hay una sola fuente de autoridad en el Cuerpo **(1 Co 8:6)**, la Cabeza. Este hecho se deriva de la base de unidad que Él puso mediante el sacrificio de sí mismo en la Cruz. Según **(Col 1:18)**, Él tiene que ostentar el primado en todo. La Iglesia es suya; la compró con su sangre **(Hch 20:28)**. Frente a este señorío de Cristo, no puede existir división alguna entre los miembros del Cuerpo, por grandes que sean las diferencias externas de raza, color, sexo, cultura o clase social que pudieran separarles en lo humano **(Ro 10:12) (Ga 3:26-28) (Col 3:11)**. Es de tal trascendencia esto, que los creyentes de los primeros siglos estaban dispuestos a ir al martirio, rehusando, bajo ningún concepto, afirmar que “César es Señor”. Toda lealtad humana, por importante que sea en su área particular, al Estado, a la familia o la raza, ha de supeditarse y condicionarse absolutamente a la autoridad del Cristo de Dios, Señor de la Iglesia. Y el señorío de Cristo es el único remedio y la única esperanza para las profundas divisiones que existen en la humanidad hoy en día, como ha sido en todos los siglos de la historia.

Una fe. Se refiere a toda la doctrina apostólica, que hemos recibido por la fe (subjativa) y hemos de guardar por la misma. Las herejías atacan la unidad de esta fe, como se verá más abajo en la sección **(Ef 4:14-15)**. Véanse también **(Fil 1:25) (Col 2:7) (1 Ti 3:9) (1 Ti 4:1-6) (Tit 1:4) (Jud 1:3)**.

Un bautismo. Este es el bautismo del Espíritu que se simboliza por el de agua. Algunos expositores abogan por el primero, otros por el bautismo en agua como significado primordial en el contexto, pero en realidad son una y la misma cosa. Desde el punto de vista del Nuevo Testamento, reflejando la enseñanza y práctica apostólicas, no pueden ser separados ni considerados aparte. Este bautismo tuvo lugar una vez para siempre en

el Día de Pentecostés y en virtud de él cada creyente es añadido al Cuerpo en el momento de su conversión (nótese el tiempo aoristo del verbo en **(1 Co 12:13)**).

La confusión engendrada por largos siglos de controversia e incompreensión sobre el verdadero valor del bautismo por agua ha contribuido a la inmensa variedad de enseñanza y práctica que se observa en las distintas ramas de la Iglesia cristiana hoy en día. No obstante, una exégesis sincera y objetiva de las referencias pertinentes del Nuevo Testamento no deja lugar a dudas que el bautismo por inmersión en agua es la señal exterior del bautismo del Espíritu por medio del cual uno que cree es hecho miembro de esa comunión indivisible y única, que es la Iglesia. Es decir, en este pasaje, el símbolo y la realidad se funden (**Ga 3:27**).

Un Dios y Padre de todos. Esta frase descriptiva hace eco de una cita de **(Mal 2:10)** y **(1 Co 8:6)**. Lógicamente se debiera haber empezado con este hecho de la unidad divina, pero Pablo prefiere dejarlo para remate y consumación de los demás aspectos. El trino Dios es uno, y de Él proceden todas las cosas. Las manifestaciones pueden ser de una diversidad casi infinita, pero todas son “una cosa”, pues sólo reciben su ser por medio de Aquel que es “Padre de todos, sobre todos, obra por medio de todos y está en todos” (Vers. H. A.). Claro está que se trata de aquello que no se ha rebelado contra Dios. La “unidad” del universo ha quedado deshecha por el pecado, pero el propósito del Plan es el de volver a ella mediante la reconciliación.

El creyente es quien reconoce a su Creador y Redentor, le ve como Centro y Origen de todo, y por lo tanto quiere cooperar en el gran propósito de volver todo a su cauce dentro de la voluntad de Dios (**Mt 6:9-10**). Esta convicción de la soberanía divina sobre todo y en todo debe vincular aún más a los redimidos, unos a otros, en un mundo “*rebelde y contradictor*”, sosteniéndoles en medio de un universo rasgado por el caos y el pecado. Porque por la fe perciben que viven en un mundo “creado, controlado, sustentado y colmado por Dios” (Barclay), quien habita en ellos para cumplir sus propósitos. Esto subraya aun más la necesidad de no permitir ninguna división, ningún resquebrajamiento de esta hermosa unidad.

## El crecimiento y la madurez de la Iglesia (Ef 4:7-16)

### I. Observaciones generales

El crecimiento de la Iglesia hasta la plenitud propuesta por Dios en Cristo se consigue, según nos enseña Pablo aquí, mediante el debido funcionamiento de los dones derramados por el Señor resucitado y ascendido, cada uno en relación estrecha con la Cabeza. Hay diversidad dentro de la unidad, tanto en la importancia relativa de los dones, como en la relación entre sí y la Cabeza, pero la meta de todo el organismo es crecer hasta la madurez dentro de un ambiente de armonía y amor, que actúan como el lubricante en un motor. Y se ha de vigilar para que no se introduzcan cuerpos extraños en el conjunto; el alimento único se recibe de la Cabeza y se administra por la interrelación de los miembros, no pudiendo añadir nada los hombres con todas sus artimañas y errores. La estructura propuesta es la verdad, Cristo, y todo el crecimiento es en Él y hacia Él.

### 2. Los dones generales (Ef 4:7-10)

Su universalidad y diversidad. Ahora Pablo descubre la otra “cara de la moneda”: que hay una maravillosa diversidad dentro de la unidad que acaba de describir. Cada miembro del Cuerpo ha recibido la ayuda o capacitación divina (gracia) conforme al don o los dones que Dios le haya dado; por lo tanto, nadie puede excusarse de contribuir al desarrollo del

conjunto alegando que no tiene ninguna función específica que desempeñar. Todos tienen algo que hacer que el Señor les ha otorgado por su gracia y son responsables ante Él por su uso (**1 Co 12:4**) (**Ro 12:3-8**). De acuerdo con el uso que hizo del término “*gracia*” en (**Ef 3:2,7,8**), el apóstol tiene en mente el hecho de que el soberano Señor de la Iglesia llama a cada miembro de su Cuerpo místico a una misión especial —por humilde que ésta parezca— que sólo éste puede llevar a cabo.

Su procedencia (**Ef 4:8-10**). Sólo a través de la Encarnación, Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo a la diestra de Dios pudo ser dotada la Iglesia con los hermosos “*dones del Espíritu*”, ya que Éste procede de la primera y segunda Personas de la Trinidad y fue derramado en el Día de Pentecostés (**Jn 15:26**) (**Jn 16:7**) (**Hch 2:33**). Como indica Barclay, “la Ascensión de Jesús no significaba el abandono del mundo por Cristo, sino un mundo colmado de Cristo”, ya que “libre de sus limitaciones... pudo hacerse presente en cualquier lugar del mundo mediante su Espíritu”.

Los dones son facultades naturales o espirituales creadas por Dios que, por la Caída y sus funestas consecuencias, han estado bajo el poder de su adversario, Satanás, y utilizadas para fines contrarios a la voluntad divina. De ahí la esclavitud moral y espiritual en la que está sumido el hombre. Pero por medio de la magna Obra de redención y reconciliación Cristo ha despojado al enemigo de sus trofeos, por lo que puede “devolver” estas facultades, ya redimidas y vivificadas por su Espíritu, a los que se rindan a Él y las pongan a su servicio en sus vidas. Quizá la referencia algo enigmática a “*las partes más bajas de la tierra*” es una alusión al Hades, el lugar de los muertos, donde Él entró para proclamar su victoria (**1 P 3:18-19**) y liberar a los que, sin esa Obra suya, no habrían podido salir jamás de esas regiones sombrías (**Ro 10:6-7**) (**Fil 2:8**).

La cita del (**Sal 68:18**), que formaba parte de las lecturas para el día de Pentecostés en las sinagogas judías, describe al Mesías triunfante ascendiendo al Monte Sión (una figura del cielo) después de haber derrotado a los enemigos de Israel. Ha hecho prisioneros a muchos, los cuales son llevados en su procesión triunfal a la usanza de aquellos tiempos, juntamente con todo el botín de la victoria (**2 Co 2:14**). Lo que añade un toque sublime a todo el cuadro es que muchos de sus cautivos se rinden gozosamente y pasan a las filas suyas ¡donde reciben parte de los despojos por la benevolencia de su Vencedor!

Quizá extrañe a algunos lectores el que la cita, tal como la escribe Pablo —“*dio dones a los hombres*”—, difiera sustancialmente de los textos hebreo (Masorético) y griego (Septuaginta), que rezan “*recibió dones entre los hombres*”. La probable explicación es que el apóstol citaba de otro texto que él conocía, que luego se ha hallado en la versión siríaca del Antiguo Testamento (el Pesita) y en el paráfrasis aramea (Targum) del Salterio. Pero en realidad la diferencia no tiene mucha importancia si tenemos en cuenta que Pablo habrá discernido por el Espíritu una aplicación del pasaje que iba más allá de su significado inmediato, y lo ha querido subrayar. Ambos sentidos son igualmente válidos, y, de hecho, se complementan en cuanto a su aplicación al tema que estamos considerando. Porque al “*llevar cautivos*” a los muchos, recibe de ellos, de nuevo, lo que el enemigo le había arrebatado, para luego devolvérselos a cada uno para utilizar en su servicio, como notamos arriba. Todo le pertenece a Él por derecho “doble” de Creación y Redención, pero se goza en que los suyos pongan todo a su servicio, dándoles por el Espíritu poder y gracia para que cada don, cada facultad, sea vivificado y sirva para el desarrollo y crecimiento de su Cuerpo.

### **3. Los dones especiales (Ef 4:11-12)**

La importancia de estos ministerios es capital para el crecimiento y desarrollo de la Iglesia; son como los nervios que transmiten la voluntad del cerebro a todas partes del cuerpo humano, sin los cuales no se podría realizar ningún movimiento ni función. Bajo la

autoridad de la Cabeza dan forma y carácter a toda la Iglesia, siendo, por tanto, imprescindibles para su perfeccionamiento.

La finalidad de los dones especiales. Antes de examinar la función específica de cada uno de estos dones, conviene notar su comisión general, expresada en la V. H. A. por *“perfeccionar a los santos para una obra de ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo”*. La palabra *“perfeccionar”* puede significar, en su forma verbal, reparar o restaurar una cosa a su estado original, y así se usa en **(Mt 4:21) (He 11:3) y (Ga 6:1)**, aunque es más probable que su significado aquí arranque de la forma derivada, que no implica un estado de ruina anterior. Entonces quiere decir llenar o completar lo que todavía es incompleto. Se usa en este sentido en **(1 Ts 3:10) (He 13:21) (1 P 5:10)**. Los dones especiales así existen para estimular, despertar y desarrollar a los demás para que ministren más eficazmente, y todo con el fin general de edificar el conjunto. Sin duda se incluye la sagrada labor de añadir nuevas *“piedras”* al edificio, pero abarca asimismo el crecimiento y desarrollo de cada cual para que él a su vez contribuya, según la función que haya recibido, a la edificación de los demás.

Los apóstoles. Este es un don fundamental dado a aquellos que habían de recibir y transmitir la verdad acerca de la Persona y Obra de Cristo. Su ministerio se ha recogido en el Nuevo Testamento y en este sentido especial no se repite. El uso de la palabra *“apóstol”* aquí obedece al sentido restringido, especial, ya mencionado, pero es necesario puntualizar que tiene un significado más amplio o general que equivale a *“enviado”* o *“misionero”*: uno a quien se le ha encomendado cierta misión o tarea a realizar. Así, leemos de otros como Bernabé **(Hch 14:14)**, Santiago el hermano del Señor **(Ga 1:19)**, Silas **(1 Ts 2:16)** y Junias y Andrónico **(Ro 16:7)** que son llamados *“apóstoles”*, aunque es bien patente que no se pueden equiparar con los Doce y Pablo. Éstos eran cofundadores, como vimos en **(Ef 2:20)**; pusieron el fundamento de la Iglesia. Su obra, pues, es única e irrepetible, sirviendo de enlace entre el Señor resucitado y los demás *“que han de creer en (Cristo)”* **(Jn 17:20)**. La obra apostólica continúa en el día de hoy a través del canon del Nuevo Testamento.

Los profetas. Su obra —que vemos reflejada en pasajes como **(Hch 11:27) (Hch 13:1) (Hch 21:4,9) (1 Co 14:1)**— duró hasta que se completó el canon de las Escrituras. Después de ese momento, la labor profética ha seguido sólo en el sentido más general de la palabra: de proclamar y aplicar las enseñanzas de la Palabra escrita en el poder del Espíritu a determinadas situaciones y necesidades que han surgido a lo largo de la historia de la Iglesia. Pero creemos que, en vista del contexto de esta carta y del pasaje anterior de **(Ef 2:20-22)**, este sentido más general no se emplea aquí. Del mismo modo que los apóstoles, la labor de los profetas se halla recogida en el canon del Nuevo Testamento; o sea, podemos incluir entre ellos en este sentido a Lucas (Evangelio y Los Hechos), el autor de la epístola a los Hebreos (si no fue ningún apóstol), Santiago, Judas y, quizá, Juan Marcos, aunque es bien sabido que detrás de su Evangelio se halla el apóstol Pedro.

Algunos escrituristas creen ver en **(1 Co 13:8)**, una referencia al cese definitivo del don profético, en las palabras *“cuando haya venido lo perfecto —que ellos interpretan como el canon completo del Nuevo Testamento— entonces lo que es en parte —“las profecías”— acabará”*. Pero en buena exégesis tal conclusión no puede sacarse del pasaje de referencia. Comenta F. F. Bruce: “Hacia el final de la edad apostólica vino a ser necesario de forma creciente el averiguar si uno que profesaba ser profeta lo era en verdad, ya que se podía hablar por la inspiración de un espíritu muy diferente (al de Cristo)”. Para este menester hacía falta “discernir” y “probar los espíritus” **(1 Co 12:1-3) (1 Jn 4:1) (Ap 2:20)**. Concluye Bruce: “En las iglesias de la primera generación los apóstoles y profetas

desempeñaron un papel único, del cual algunos aspectos esenciales han sido trasladados a (la obra de ellos), los escritos canónicos del Nuevo Testamento”.

Los evangelistas. Hemos notado que los dos primeros dones especiales han desaparecido, quedando recogida su obra en el Nuevo Testamento, pero no es así en el caso de los evangelistas, que ahora ocupan el primer plano del avance del Evangelio en el mundo. Su don tiene por objeto proclamar las buenas nuevas de salvación al mundo en cada generación, en el poder del Espíritu Santo, para luego recoger las almas que van respondiendo al mensaje que llevan, y formarles en iglesias locales. Su obra en determinada localidad ha de durar lo suficiente para establecer grupos autónomos con sus propios pastores o ancianos, después de lo cual pasan adelante para “abrir brecha” en nuevas regiones todavía sin evangelizar.

Un vistazo a la situación del cristianismo de nuestros días bastará para convencernos de que no se da la debida importancia a este don, ni se comprende bien su verdadera naturaleza. No es sinónimo de “predicador”, o de aquel que lleva a cabo campañas masivas de evangelización —aunque algunos de los tales indudablemente tienen este don—, sino más bien significa un “pescador de almas” que como resultado de su labor llega a plantar congregaciones locales que luego cuida hasta que tengan suficiente madurez para andar solas. El ejemplo clásico, inmejorable, de la labor de evangelista lo tenemos en los viajes de Pablo, en los que vemos la extensión del Evangelio a vastas regiones mediante una cooperación inteligente con el Espíritu Santo, quien guía a sus siervos, ora a un lugar estratégico, ora a otro.

Los pastores. Por razones de una exposición clara comentamos este don aparte del de “maestro”, pero es necesario notar que los dos se encuentran bajo el mismo artículo en el griego, lo cual sugiere por lo menos cierta relación estrecha (algunos expositores lo consideran como un solo don, con dos aspectos fundamentales). Y en realidad esta relación estrecha es muy apropiada, puesto que el pastoreo eficaz ha de incluir como elemento principal la alimentación e instrucción de la “grey” de Dios en los buenos pastos de la Palabra, mientras que la enseñanza debe ir encaminada siempre a la edificación y fortalecimiento de los creyentes mediante una sana “dieta” que incluya todo lo necesario para el desarrollo espiritual y no meramente intelectual. Por eso, los ancianos o pastores han de ser “*aptos para enseñar*”, aspecto de su ministerio que Pablo enfatiza en su discurso a los de Éfeso en (**Hch 20:18-35**), especialmente los versículos 27-29, 31-32, y véanse también (**Tit 1:9**) (**1 Ti 3:3**), mientras que los maestros han de exponer “*todo el consejo de Dios*” para que el rebaño comprenda cómo ha de comportarse y glorificar al Padre. Así, la alimentación, el gobierno y la instrucción van unidas siempre.

Los pastores han de cuidar las almas ganadas por los evangelistas; su esfera es la iglesia local (**1 P 5:1-5**). Una comparación de (**Hch 20**) con (**1 Ti 3**) (**Tit 1:5-7**) y este pasaje, basta para demostrar que los pastores, ancianos y obispos son las mismas personas, correspondiendo los distintos términos a diferentes aspectos o funciones de los “guías” (**He 13:7**) en las iglesias locales. Como éstas son el reflejo de la Iglesia universal en determinados puntos geográficos —o sea, usando lenguaje en boga hoy en día, “microcosmos” de los que la universal es el “macrocosmo”—, el don de pastor es esencial y permanente. Su finalidad primordial es garantizar —si es empleado en el poder del Espíritu y con fidelidad— la continuidad de la obra de Dios en su aspecto de testimonio local.

Los maestros o enseñadores (**Hch 13:1**) (**Ro 12:7**) (**1 Co 12:28**). Este don tiene que ver con el estudio profundo de toda la doctrina bíblica y su fiel exposición a los santos según la norma de (**2 Ti 2:2**). Sobre el fundamento de los apóstoles y profetas —el Nuevo Testamento, como ya hemos visto—, y siguiendo el avance establecido por los

evangelistas, el maestro coopera estrechamente con los pastores para edificar e instruir a los creyentes, a fin de que la Obra pueda llevarse a cabo con la sabiduría y según las normas de la Palabra de Dios. Para esto es necesario, primero, comprender claramente lo que enseñan las Escrituras —lo cual implica un previo discipulado a los pies de otros maestros (**2 Ti 2:2**)—, y luego, darlo a conocer con igual claridad, *“trazando bien la Palabra de verdad”* (**2 Ti 2:15**). Si no se da la debida importancia a este don, los errores se infiltran fácilmente en las iglesias y estorban el crecimiento de todo el Cuerpo, como veremos.

Que los dones de pastor y maestro no son sinónimos, ni dos facetas del mismo, se evidencia por (**1 Ti 5:17**), donde se hace una clara distinción entre los ancianos que tienen el don de maestro, y los que no (aun cuando todos han de ser *“aptos para enseñar”*, que no es la misma cosa). Otro factor que apunta a la misma conclusión estriba en el alcance diferente de la labor de los dos. El de pastor, por el carácter independiente y autónomo de la iglesia local, ha de ceñirse normalmente a una sola iglesia o localidad (en el caso de una iglesia con “sucursales”); no tiene autoridad en otras iglesias locales. Pero el de maestro es de carácter más general, pudiendo ejercerse en cuantas iglesias deseen su ministerio, aunque siempre en colaboración estrecha con los guías locales.

Tengamos en cuenta que estos cinco dones son para la Iglesia universal en su trayectoria histórica desde Pentecostés hasta la Segunda Venida de Cristo y absolutamente imprescindibles para su crecimiento *“hasta la plenitud de Cristo”*.

#### 4. La meta del ministerio de los dones: la madurez del Cuerpo (Ef 4:13)

La meta se describe con tres frases claves: *“la unidad de la fe”*, *“el conocimiento del Hijo de Dios”* y *“el hombre completo... la medida de la mayor edad de la plenitud de Cristo”* (V. H. A.). Notemos que tiene que ver con todos los miembros del Cuerpo.

1. La unidad de la fe. La fe aquí es la doctrina apostólica, tal como se comentó en el versículo 5, el cuerpo de doctrina que nos ha sido comunicado y hemos de recibir (creer). No se ha de añadir a ello, porque esto introduciría elementos extraños que desviarían el crecimiento y entorpecería la madurez; ni tampoco se ha de quitar nada, porque entonces el proceso de edificación no podría completarse debidamente. Ya hemos notado el énfasis del apóstol en (**Hch 20**) sobre la necesidad de enseñar *“todo el consejo de Dios”*, mientras que en el versículo 14, y en las Epístolas Generales y Pastorales, se advierte a los siervos de Dios y demás lectores contra la infiltración de doctrinas extrañas y erróneas que añadirían a *“la fe una vez para siempre dada a los santos”* (**Jud 1:3**).

2. El pleno conocimiento del Hijo de Dios. La fe no es la mera aceptación mental de ciertas dogmas o credos, por la que se alcanza la unidad deseada; es algo mucho más personal, profundo e íntimo: conocer experimentalmente a una Persona, Cristo. El uso de la palabra *“epignósis”*, que significa *“conocimiento pleno o exacto”*, indica la realidad de la experiencia del creyente cuando se une al Señor y anda en comunión con Él. Es mucho más, también, que un mero conocimiento intelectual; es comunicación, un mutuo dar y recibir. Nótese que el apóstol emplea un título para Cristo que raras veces aparece en sus epístolas: Hijo de Dios, porque el contexto corresponde a la meta sublime a la que ha de llegar la Iglesia en la intimidad perfecta con Aquel que recoge y reúne en sí mismo todos los propósitos divinos en orden a la humanidad redimida.

3. El hombre completo..., la medida de la mayor edad de la plenitud de Cristo. El conocimiento pleno de Cristo, comentado en 2) arriba no es algo que no admite desarrollo; al contrario, es vital y puede aumentarse tanto en alcance como en profundidad para llegar a la perfección o madurez, que es la plena semejanza a Cristo. Todos los términos que el apóstol acumula hablan de esta madurez, bien sea la

perfección o mayoría de edad del desarrollo del ser humano en su aspecto físico-moral —“*élikia*” puede significar tanto edad como estatura— contrastada con la imperfección del niño, bien sea la plenitud de la Iglesia en las vastas perspectivas del Plan de Dios (**1 Co 2:6**) (**1 Co 13:11**) (**1 Co 14:20**) (**He 5:14**) (**Ef 3:19**). Debemos notar que el apóstol usa el singular cuando habla del “*hombre completo*”, ya que tiene en mente la unidad de todo el Cuerpo y no simplemente la experiencia personal de cada miembro. Los “muchos” han de llegar a ser, como en (**Ef 2:15**), “*un solo y nuevo hombre*”.

### 5. Obstáculos que impiden la madurez (**Ef 4:14-15**)

Habiendo descrito con diáfana claridad la sublime meta del crecimiento del Cuerpo, Pablo presenta ahora el lado negativo: aquello que puede estorbar la edificación y el crecimiento. Además de las manifestaciones divisorias de la carne que se notaron en los versículos 1-3, vemos aquí: 1) los engaños de los falsos doctores; 2) la falta de verdad; 3) la falta de amor.

1. Los engaños de los falsos doctores. El apóstol se vale de varias palabras gráficas para describir el proceder alevoso de los que introducen doctrinas erróneas en la Iglesia. El creyente que se deja llevar por el empuje de tales enseñanzas es como un barquito llevado de acá para allá por el oleaje fuerte del mar embravecido, a la merced de donde éste le arrastre. Cae víctima fácilmente de la “*estratagema*”, “*la astucia*” y “*las artimañas*” del error. “*Estratagema*” traduce la palabra “*kubeia*” y se refiere a los trucos utilizados por tramposos que jugaban con dados previamente manipulados. Su intento es engañar, por lo que emplean “*astucia*” para enredar o embaucar a las personas simples. Esta última palabra se usa en (**Lc 20:23**) acerca de los que querían “*coger*” o “*atrapar*” al Señor en una palabra, y en (**2 Co 11:3**) para describir a la serpiente en el Edén. Las “*artimañas del error*” son “*artificios*” (V. H. A.) o “*métodos engañosos*” (trad. lit. del griego) que desvían de la verdad. Frente a tales manifestaciones falsas, con todo el peligro que entrañan para los “*bebés*”, “*nepioi*” uno que no sabe hablar todavía), hace falta toda la gama del ministerio de los dones tanto generales como especiales para la alimentación, primero por medio de la “*leche no adulterada de la Palabra*” (**1 P 2:1**) y luego con “*el alimento sólido*” a fin de alcanzar la madurez deseada (**He 5:11-14**).

2. La falta de verdad. “*Tu Palabra es la verdad*”, dijo el Señor (**Jn 17:17**), y como vimos arriba, es la alimentación ideal para crecer, en contraste con el “veneno” del engaño y la falsedad. Pero la palabra “*verdad*” comprende mucho más que la revelación escrita; abarca la realidad de todas las cosas tal como Dios las ha hecho y nos las revela, libres de toda la falsedad introducida en el universo por el diablo, el “*padre de mentira*”. Es Dios mismo que exige que su pueblo viva en y según esta verdad, primero, en su relación con Él y, luego, con los demás. La mentira, que equivale a todo lo que no es verdad y se presenta por Satanás como una “*alternativa deseable*” a ésta, es la invención de él. Socava el crecimiento espiritual sustituyendo un elemento falaz por el único verdadero. Como se vio en cuanto a la unidad, es preciso esforzarse para mantener la verdad (**Ef 4:15**); Tendremos ocasión de examinar más detalladamente, en la parte práctica de la epístola, el papel que ha de desempeñar la verdad en la conducta cristiana; sólo hemos de notar por ahora el énfasis que Pablo pone aquí sobre el habla, que ha de ser en verdad y amor para que el proceso de madurez espiritual siga adelante.

3. La falta de amor. El tercer obstáculo para la madurez es la carencia del elemento imprescindible para la cohesión y el funcionamiento armonioso del Cuerpo: el amor. Es el mismo “ambiente” del conjunto, librado por la paz que ha sido establecida a raíz de la Obra reconciliadora de la Cabeza. La palabra aparecerá varias veces en las exhortaciones prácticas de las secciones siguientes, subrayando así la necesidad de que el carácter del Señor de la Iglesia sea reflejado plenamente en los que son miembros

suyos. A no ser así, habrá “*desavenencia*”, que contradice la unidad. Recordemos también la importancia del amor entre todos los santos para el crecimiento hasta la plenitud de Dios, que vimos en el capítulo 3.

## 6. El crecimiento hacia la madurez determinada (Ef 4:15-16)

Hemos visto antes la provisión de la unidad y de los dones para el desarrollo completo del Cuerpo; ahora todo se ilustra por la figura empleada en estos versículos. Bien que la construcción gramatical es algo complicada, la idea es clarísima y muy hermosa. A continuación desglosamos sus facetas más destacadas:

a. Cristo es la Cabeza, y por lo tanto norma de toda perfección y madurez (véase versículo 13). El crecimiento es “*en*” o “*hacia Él*”. El todo y cada parte de la vida de cada miembro halla en Él —y sólo en Él— su Centro y Objetivo, y se lleva a cabo en relación con Él (véase otra ilustración maravillosa de esta unión perfecta en (Jn 15:1-16). De su sustancia, poder y dirección se deriva un crecimiento coordinado y armónico de todo el Cuerpo (Col 2:19).

b. Se administra este crecimiento por cada “*coyuntura*”, o sea, cada órgano del Cuerpo, cuando cada uno actúe según su función específica: “*la medida debida de cada una de sus partes*”. Notemos que hay una estrecha interrelación entre los miembros, reflejada por la frase “*bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas (“ligamentos” en griego) que se ayudan mutuamente*”, sin la cual no se produce el crecimiento deseado.

c. El resultado es que el Cuerpo “*recibe*” —así se sigue insistiendo en que todo proviene de la Cabeza— el crecimiento y la edificación que se han comentado antes, hacia la norma de la perfección de Cristo, siendo el amor el ambiente necesario para que todo el proceso se lleve a feliz término. De nuevo, las figuras biológicas y arquitectónicas se combinan en la mente de Pablo, puesto que ninguna de las dos por sí sola podría reflejar tan perfectamente la visión de ese maravilloso ente espiritual que es la Iglesia de Dios.

## Temas para meditar y recapacitar

1. Comente brevemente la sección (Ef 4:1-6), destacando la importancia de guardar la unidad del Espíritu, las virtudes necesarias para ello, y la naturaleza de esa unidad en sus siete facetas. ¿Qué importancia tiene esta sección para nosotros hoy en día?
2. Resuma las distintas subsecciones del capítulo (Ef 4:7-16), notando el papel que desempeña en el crecimiento del Cuerpo: a) los dones generales; b) los dones especiales; c) la Cabeza; d) la verdad; e) el amor.

# El viejo andar y el nuevo (Efesios 4:17-5:21)

---

## Observaciones generales

Hasta aquí Pablo ha presentado la gran obra de Dios a favor de los escogidos en Cristo, señalando también los planes para el porvenir. Empezó ya en **(Ef 4:1-3)** a exhortar a los santos a andar como era digno de su vocación, aunque volvió a más enseñanzas doctrinales a partir del versículo 4, acerca de la unidad y la diversidad del Cuerpo. Desde **(Ef 4:17)** casi todo ha de ser exhortación, pues las maravillas de la vocación de los santos han de reflejarse en su andar aquí en el mundo es decir, en su comportamiento. Por esto, muy a la manera del apóstol Juan, Pablo presenta en esta sección una serie de contrastes entre las características del viejo hombre, que los creyentes han de desechar como trapos sucios que pertenecen al pasado, y las del nuevo hombre, Cristo, con las que han de revestirse. Antes eran *“tinieblas”*, ahora son luz; antes su vida era *“vana”* o *“vacía”*, ahora hay plenitud en ella; antes la ira y la malicia les caracterizaban en sus relaciones los unos con los otros, ahora han de ser el amor y la benignidad. Estaban sumidos en la *“maldad”*, pero ahora tienen que reflejar la *“bondad”*. Sus mentes, corazones y cuerpos estaban contaminados con toda clase de impureza e inmundicia; ahora es la santidad el signo que les marca delante de Dios y los hombres. Sus vidas estaban llenas de engaño, mentira e insensatez en otro tiempo; ahora han de andar en la verdad, la justicia, el amor y la sabiduría divinos. En una palabra, *“las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas”* **(2 Co 5:17)**; por lo tanto, han de llevar a la práctica esa maravillosa posición en la que han sido colocados por Dios.

## El andar de los gentiles (Ef 4:17-19)

En primer lugar, el apóstol les exhorta cómo no han de andar, refiriéndose al estado genérico del mundo de donde han sido sacados por la misericordia de Dios **(Ef 2:1-3)**. Es un solemne encargo que les dirige, expresado en términos muy fuertes, que subraya la autoridad del Señor que acaba de describir bajo la analogía de la Cabeza del Cuerpo. Sólo puede llevarse a cabo aquella finalidad sublime de madurez en Cristo si su señorío es acatado plenamente; han de romper tajantemente con todo lo que les sujetaba antes, y sumergirse en todo este nuevo mundo espiritual —el Reino de Dios— en el que les ha introducido. Hemos de notar que el calificativo “otros” no está en los textos más antiguos; su omisión subraya el hecho de que los cristianos constituyen una nueva raza o humanidad, totalmente distinta tanto de los judíos como de los gentiles.

La descripción de la verdadera naturaleza de su vieja manera de vivir es escalofriante; a continuación pasarnos a examinar con más detalle sus distintas frases.

*“La vanidad de la mente”*. La raíz de una conducta tan vacía de contenido moral y falta de propósito se halla en la segunda parte del versículo 18, pero a los efectos de la exposición queremos considerar su proyección externa en primer lugar, puesto que provee el contraste obligado que quiere enfatizar el apóstol al exhortar a sus lectores. La *“vanidad”* y *“ofuscación”* de la mente (o, entendimiento, V. H. A.) se asocian en las Escrituras con los efectos de la idolatría, como bien hace ver Pablo en su magistral diagnóstico del mundo pagano en **(Ro 1:21-32)** **(Hch 14:15)** **(2 Co 4:3-4)**. El que rechaza la luz de Dios, se sumerge a sí mismo en las tinieblas más densas y no puede encontrar guía segura para su camino. Pablo ya describió el funesto resultado, en **(Ef 2:1-3)**, en el que *“el príncipe de la potestad del aire”*, *“el dios de este siglo”*, viene a ocupar el lugar en el que sólo había de

caber el verdadero Dios, esclavizando y arrastrando, a los hombres tras sí a un camino tenebroso de ruina espiritual.

La alienación de Dios y la dureza del corazón. Pablo apunta aquí la raíz de tanto desvarío y corrupción, en la alienación del hombre de su Dios. La causa está clara: una *“ignorancia obstinada”*, que como indica el apóstol en **(Ro 1:20)** y **(Ro 2:1)**, no tiene excusa porque se hace con pleno conocimiento de causa. Pero el que se separa de la vida de Dios, o, para decirlo de otra manera, del Dios de la vida, Fuente y Origen de toda vida verdadera, se entrega a sí mismo —y Dios le entrega— a las elucubraciones vanas de su propia imaginación y a las consecuencias lógicas de su corazón endurecido, que es la muerte espiritual.

La palabra *“endurecimiento”* es interesante; según F. F. Bruce, sólo se usa tres veces en el Nuevo Testamento, y está asociada con la idea de la ceguera espiritual y la pérdida de sensibilidad hacia Dios y el prójimo **(Mr 3:5)** y **(Ro 11:25)**. Como antes hemos comentado **(Ef 1:18)**, en la Biblia el corazón es el centro de la voluntad y de la inteligencia más que de las emociones y sentimientos, por lo que ceguera espiritual y dureza de corazón vienen a ser lo mismo.

La alienación de Dios, en la que se encuentra el hombre caído por voluntad propia, lleva a la alienación de sí mismo y de los demás hombres, como se ve en el versículo 19. La pérdida de sensibilidad humana, o *“sentido de vergüenza”* (V. H. A.), involucra la pérdida de respeto por la dignidad, el cuerpo y las posesiones de los demás, amén de temor ante las consecuencias del mal obrar; la conciencia es quemada o cauterizada **(1 Ti 4:2)** y ya no se discierne entre lo bueno y lo malo. Hay un progresivo embrutecimiento hasta tal punto que el hombre pierde todo control sobre sí mismo, y se lanza desenfrenadamente como un caballo desbocado en una carrera de lascivia e inmundicia, en la que se va cada vez más lejos en gustar de las concupiscencias más vergonzosas, idea que queda reflejada en la frase *“practicar con avidez toda clase de impureza”*. Volveremos a encontrar la misma idea de la avidez con que el hombre caído se vuelca en el pecado, en **(Ef 5:3-5)**.

## El andar según el nuevo hombre (Ef 4:20-32)

Según la verdad apostólica recibida **(Ef 4:20-21)**. Bien que en la Persona de nuestro Señor Jesucristo se exhibía perfectamente todo lo que Dios quiso ver en el hombre, dándonos en él el modelo perfecto a imitar, no es éste el aspecto que nos presenta el apóstol aquí. El nuevo hombre, *“la verdad que está en Jesús”*, se forma en el creyente a raíz del nuevo nacimiento y por la acción poderosa del Espíritu de Dios, una vez que Cristo ha sido recibido por la fe. Este nuevo hombre sólo puede crecer y desarrollarse en la medida que el creyente obedezca a las directrices que le son entregadas en la doctrina apostólica, la Palabra de Dios. Más que imitar a Jesús —esfuerzo más que inútil para ningún hombre que quiere confiar en sus propias fuerzas— es dejar que el Espíritu le forme en nosotros, en la medida que nuestra voluntad se rinde y se amolde por la Palabra.

Con todo, no hemos de subestimar la fuerza de la frase *“según es la verdad en Jesús”*. Cada vez que Pablo emplea el nombre humano del Señor sin aditivos, quiere enfatizar la vida humana de éste, su ministerio terrenal, sus padecimientos por la causa del Reino de Dios, en las situaciones de limitación y peligro que eran las consecuencias lógicas de su Venida como Mesías y Siervo sufriente de Jehová. Nos recuerda a Aquel que veló su gloria y sus prerrogativas divinas, rehusando echar mano de ellas para salvarse de ninguna situación comprometida o de tentación, valiéndose solamente de las armas

divinas disponibles a todo siervo de Dios (la Palabra, la oración, la guía del Espíritu, el ministerio sustentador de los ángeles, etc.). El nombre Jesús refleja, pues, aquella humanidad perfecta, totalmente dependiente del Padre, en una vida de obediencia y fe que se evidenció en todo lo que hacía. Por eso el autor de Hebreos le llama el “*Autor y Consumador*” (o “*Pionero y Perfeccionador*”) de nuestra fe (**He 12:2**) y es en este sentido que es “*la verdad*” y modelo para nosotros. Porque la verdad no es algo abstracto, académico, coto intelectual de unas pocas mentes privilegiadas, sino una Persona que se humanó y “*habitó*” entre nosotros (**Jn 1:14**), entrando en nuestra pequeña historia y aceptando todas las limitaciones y aflicciones humanas (aunque sin pecado), a fin de cumplir la misión que le había encomendado el Padre a favor de los hombres. A tal andar se nos llama a todos los creyentes, como recuerda el apóstol en (**1 Jn 2:5**), y es lo que Pablo desea ver en sus hijos espirituales en las iglesias en Asia.

Por medio del apóstol habían “*oído*”, habían “*aprendido*” y habían sido “*adoctrinados*” en Cristo, acerca de cómo agradar a Dios, en contraste con aquel andar en la carne que les caracterizaba antes de su conversión, y que seguía siendo el que se veía en la sociedad gentil en su alrededor. En vista de su nueva posición, les correspondía una actitud resuelta de desprenderse de todo lo pecaminoso y afirmarse en todo lo que Dios les había provisto en Cristo, y es eso lo que el apóstol pasa a decirles a continuación.

Los andrajos a quitar y los vestidos a poner (**Ef 4:22-24**). El apóstol usa aquí la analogía de la ropa que llevan las personas para ilustrar la “*toma*” consciente de las virtudes que han de brillar en la vida de los creyentes. Primero es necesario despojarse de lo viejo y sucio: el “*modo anterior de vivir*”, característico del viejo hombre, producto de la Caída; luego la mente ha de renovarse, ha de haber un cambio en el pensar, en contraste con la “*vanidad de la mente*” (**Ef 4:17**), y después se ha de vestir el nuevo ropaje de justicia, santidad y verdad, creada en el creyente por el Espíritu Santo sobre la base de la Obra de Cristo a su favor. El viejo hombre, la vieja naturaleza adámica, acusa un proceso degenerativo al ir obedeciendo los deseos del engaño, hábilmente empujado por el “*príncipe de este mundo*”, por lo que es necesario “*desnudarse*” de él para ser renovado interiormente. Se sobreentiende que esta renovación, mencionada también por Pablo en (**Col 3:5-14**) y (**Ro 12:1-2**), se efectúa por el Espíritu Santo. Según este proceso renovador, se ha de vestir al creyente del “*hombre nuevo*”, exhibiendo las virtudes de Cristo (justicia y santidad) que corresponden al propósito original de Dios para el hombre (**Ro 13:14**). F. F. Bruce opina que la construcción gramatical “*justicia y santidad de la verdad*” puede ser un genitivo semítico, sinónimo de “*verdadera justicia y santidad*”. Si es así, subraya aun más el carácter único de aquellas dos cualidades que caracterizan a Cristo y han de verse en sus discípulos por la operación renovadora del Espíritu de Dios.

En los versículos siguientes (**Ef 4:25-32**) se va detallando más de las cosas que han de desecharse, y lo positivo que tiene que reemplazarlas. El detalle es resultado de los principios generales que informan todo el proceso de renovación, los cuales vimos en (**Ef 4:20-24**).

La verdad y la mentira (**Ef 4:25**). Notamos en (**Ef 4:15**) la importancia de prevalecer la verdad en la relación vital que existe entre los miembros del mismo Cuerpo, ya que el crecimiento equilibrado, que depende del funcionamiento normal de cada uno, encuentra un grave obstáculo en cualquier mixtura de error, por pequeña que sea. Hallamos aquí una extensión detallada de aquella enseñanza, pero aplicada de manera más directa y práctica a cada miembro, quien tiene la obligación de desechar o despojarse de la mentira en todas sus formas, que incluyen el engaño, la hipocresía y la falsedad. Como hemos visto, todo esto es producto del viejo hombre, de su “*semejanza*” nefasta al “*padre de mentira*”, Satanás (**Jn 8:44**). Veremos abajo más de lo que ha de caracterizar la boca del “*nuevo hombre*” (**Ef 4:29-31**), pero este aspecto es primordial.

Pablo echa mano de una cita de **(Zac 8:16)** para subrayar esta exhortación, puesto que la aplicación a las relaciones que han de existir entre los distintos miembros del pueblo de Dios, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, es paralela. Una de las causas del juicio de Dios sobre Israel fue el haber faltado a las responsabilidades morales y sociales del pacto, reflejo a su vez de la falta de temor y de reverencia hacia el Dios que lo estableció con ellos, por lo que el profeta, en el período pos-exílico, advierte solemnemente contra una nueva caída en ese error tan grave.

Es preceptiva la verdad en todas las relaciones entre los creyentes, pues, no sólo porque es una ofensa contra el Dios de verdad, sino contra el hermano a quien pertenecemos, como él a nosotros. Un bello pasaje de William Barclay comenta e ilustra este punto: “Sólo podemos vivir en seguridad si por los sentidos y los nervios pasan al cerebro los mensajes verdaderos. Pero si los mensajes que transmiten son falsos, si, por ejemplo, comunican al cerebro que algo está frío y se puede tocar cuando de hecho está caliente y quema, la vida muy pronto llegaría a su fin. Un cuerpo sólo puede funcionar debida y saludablemente cuando cada parte transmite al cerebro y a las demás partes un mensaje verdadero. Luego si todos estamos ligados en un cuerpo, este cuerpo sólo puede funcionar cuando decimos —y transmitimos—la verdad. Todo engaño daña la obra del cuerpo de Cristo”.

El enojo carnal y la ira justa **(Ef 4:26-27)**. La ira justa está motivada únicamente por los intereses del Reino de Dios, diferenciándose del enojo que es consecuencia de haber sido ofendido el amor propio o el interés personal. El enojo da fácil entrada al diablo, que aprovecha la ocasión para encender la chispa del odio, del rencor o de la envidia, con todas sus malas consecuencias, por lo que la Escritura provee el remedio sabio de “*dar lugar a la ira de Dios*”; es decir, remitir la causa a él y no intentar tomar venganza nosotros mismos **(Ro 12:19)**. En ambos casos, sea ira justa o enojo carnal, se señala la “luz roja” del peligro, y se exhorta a dejar morir estos sentimientos dentro del espacio corto de tiempo que es un día. Algunos griegos de la antigüedad —los discípulos de Pitágoras— si hubiesen reñido tenían la costumbre de estrechar las manos antes de ponerse el sol, era señal de reconciliación, y es posible que Pablo tuviese esto en mente, aunque lo más probable es que estaba pensando en el contexto de la cita del Salmo 4. Sería imposible “*meditar en vuestro corazón... en vuestra cama y callad*”, en recogimiento y adoración ante el Señor, si todavía se albergase el rencor o el enojo contra otra persona.

Somos criaturas cuya experiencia, según la sabiduría del Creador, se halla repartida en ciclos pequeños de veinticuatro horas, cada uno con un nuevo principio y un obligado final que no es posible evitar sin gran perjuicio para la salud. Sea cual sea lo que nos ha provocado, hace falta que ese enojo sea disipado, por lo menos ante el Señor si no ha sido posible arreglar el asunto con la otra persona que lo ha causado. Además, aparte del daño físico y mental que nos puede proporcionar el guardar tales sentimientos, hemos de considerar el daño que se hace a nuestra comunión con el Señor y el servicio que desempeñamos en su Nombre, con todos sus derivados en la iglesia. El diablo (aquí es el acusador) aprovecha la permanencia de rencor y enojo en el corazón para sus propósitos, pero el creyente no ha de dejarle establecer “una cabeza de puente” (lugar para asentar el pie) en su vida. Por eso, hay que despojarse de la ira y de sus efectos nocivos lo más pronto posible.

El respeto por la propiedad ajena **(Ef 4:28)**. Antes, el egoísmo de la naturaleza caída en cada persona les llevaba a quitar las posesiones a los demás para disfrutarlas ellos. Los esclavos de la antigüedad eran notorios por estas prácticas, que eran a la vez una especie de autodefensa por el trato tan duro que generalmente recibían. Pero ahora, el esfuerzo había de ser de signo netamente contrario: habían de trabajar honestamente (el hurtar muchas veces es señal de pereza) para compartir con otros lo ganado. Por

supuesto, esta exhortación va más allá del simple hecho del hurto o robo en pequeña escala de objetos pertenecientes a otra persona; abarca el uso del tiempo que se debe a un patrón o una empresa que nos contrata; el abuso de privilegios o de la confianza de nuestros superiores, la falta de escrúpulos en llegar tarde al trabajo o salir temprano, etc. Como comenta F. F. Bruce: "... no constituye ninguna excusa para un creyente decir que todo el mundo lo hace; puede que sea verdad esto, pero los creyentes han de mantener un nivel más alto de moralidad que el que impera en la sociedad en que se encuentran". Y, por supuesto, va en ello nuestro testimonio de una vida transformada, y, por lo tanto, de la credibilidad del Evangelio que profesamos.

De nuevo, notamos que se subraya esa preocupación mutua que ha de practicarse entre hermanos. Lo que sobre a algunos es para suplir las necesidades de sus hermanos, como bien indica Pablo en **(2 Co 8:13-15)**.

El lenguaje que edifica y el que corrompe **(Ef 4:29-30)**. La palabra traducida "*corrompida*" de la RVR60 es preferible a la de la V. H. A. aquí, ya que se utiliza un adjetivo que se aplica a la fruta que se ha echado a perder, que si se la deja en contacto con otra buena, pronto corromperá a ésta también. Así sucede con el lenguaje, que puede ejercer una influencia mala sobre otros, especialmente niños o jóvenes. El habla del creyente ha de prodigar bendición a otros; ha de construir y ayudar (dar gracia) a los oyentes; ha de caracterizarse por ser la palabra adecuada para la ocasión **(Pr 15:23)**. Es por eso que en el pasaje paralelo de **(Col 4:6)** el apóstol insiste en que el lenguaje ha de ser siempre con gracia, "*sazonada con sal*"; o sea, aquel tipo de conversación que impida, nunca fomente, la corrupción.

En estrecha relación con tal conducta se halla el contristar o agradar al Espíritu Santo — bien que esta advertencia es aplicable a todas las relaciones contempladas en el pasaje —. Según nuestro trato a otros miembros de la familia cristiana traeremos gozo o tristeza al corazón de Dios. Y ya que el Espíritu mora en nosotros y somos sellados por él, toda ofensa a otro creyente es una ofensa directa contra su Persona. También, tal comportamiento es inconsecuente, puesto que va en contra del proceso que el mismo Espíritu está llevando a cabo para transformarnos en la imagen y semejanza de Cristo, proceso que se completará en el "*día de la redención*" cuando Cristo venga. La idea de entristecer al Espíritu de Dios por una palabra ofensiva es especialmente significativa, ya que es por la boca del creyente que tantas veces Dios se manifiesta a otros. Es un instrumento que él se ha dignado poner a su servicio para la proclamación de su verdad y de su amor, por lo que el mal uso de este órgano implica el rechazamiento del control del Espíritu para dejarse llevar por otro "espíritu" muy distinto.

El amor propio y el amor divino **(Ef 4:31-32)**. Aquí Pablo engloba toda manifestación carnal, tanto de palabra como de pensamiento, para contrastarla con el despliegue del amor que se ha de ver en un espíritu de perdón y compasión, según el mismo ejemplo de Dios hacia nosotros. La amargura o resentimiento, resultado de haber tomado a mal una ofensa sin recordar el perdón que a nosotros Dios nos ha otorgado generosamente en Cristo; el furor súbito, producto de la irritación y la impaciencia; la ira ciega que sólo ve lo suyo propio; la gritería, manifestación fea de un espíritu airado que "ha perdido los estribos", es decir, el control de sí mismo; palabras que hacen daño a otros (el griego traduce literalmente "*blasfemia*") porque les calumnian; la malicia, que medita maneras de dañar deliberadamente a otra persona: todas estas cosas han de "*quitarse*", arrojarse para siempre lejos del corazón redimido, por ser incompatibles con la nueva creación.

En cambio, ha de ser el amor divino (ágape) que impere, expresándose por el perdón y la comprensión hacia los que nos han ofendido y teniendo en cuenta la debilidad de todo corazón humano y lo fácil que es caer. La norma de tal conducta no puede ser más alta y

exigente: “*como Dios os (o nos) perdonó a vosotros (nosotros) en Cristo*”. Contra tal declaración no hay nada más que decir. Frente a tales demandas de la santidad divina, ¿cabe excusa alguna para seguir arrojándonos con los andrajos del viejo hombre? Pero el apóstol no ha terminado todavía. Consciente como ninguno de lo fácil que es al corazón humano engañarse a sí mismo, insiste en colocar ante sus lectores la demostración máxima de amor y de perdón jamás visto, que es lo que consideraremos a continuación. No hay ninguna división en su argumento, como podría sugerir el nuevo capítulo en nuestras Biblias.

## El andar en amor (Ef 5:1-7)

El ejemplo supremo del amor (**Ef 5:1-2**). Como acabamos de comentar, hay un enlace estrecho entre el magno ejemplo de perdón que Dios ha manifestado en Cristo y el andar en amor que se espera del creyente. El ánimo amoroso que ha de demostrarse continuamente en un espíritu pronto a perdonar ha de llegar a caracterizar todo el caminar de los hijos de Dios, que han de “*venir a ser*” (traducción literal del original) “*imitadores de Dios*”, manifestando así, cual hijos, una clara semejanza con Él. “*Dios es amor*”, diría el apóstol Juan, “*y el que no ama, no ha conocido a Dios*” (**1 Jn 4:8**). Y la mayor demostración del amor divino ha sido el sacrificio de Cristo, que “*se dio a sí mismo por nosotros*”, primeramente en obediencia a su Padre, a favor de la humanidad perdida. La diferencia entre los dos términos ofrenda y sacrificio es mínima, enfatizando el primero aquellos sacrificios que fueron ofrecidos sin sangre (vino, harina), pero cuyos significados completaban la sublime gama de lo que representaba el supremo sacrificio del Hijo de Dios, mientras que el segundo indica aquel sacrificio cruento que expía el pecado y satisface plenamente las exigencias de la justicia divina. En su aspecto divino, hacia Dios, es un olor suave y grato, lo que sacia su corazón (**Gn 8:20**) (**Lv 1:9,13,17**) (**Ex 29:18,25,41**). Porque el amor es entrega, es darse enteramente; y en la Cruz se manifestó tanto el amor del Hijo para con el Padre, como el amor del Padre y del Hijo hacia la humanidad perdida.

He aquí, pues, la norma o pauta para el amor que ha de caracterizar a los creyentes: “*como Cristo nos amó*”. De aquí que Pablo puede hablar del “*olor grato*” a Dios que son los donativos a favor de sus siervos (**Fil 4:18**), y de su propio testimonio, la expresión de toda su vida ofrecida al Señor como una “*libación*” (**Fil 2:17**), y “*un olor grato de Cristo... para Dios*” (**2 Co 2:14-16**).

La perversión del amor verdadero (**Ef 5:3-6**). Las severas prohibiciones que siguen se disparan contra perversiones de ese amor que el apóstol acaba de describir. La conexión es obvia: el amor verdadero es entrega, es sacrificio, darse al otro; la perversión del amor es arrebatar al otro lo suyo en beneficio nuestro, es atropellar y violar en aras de un apetito egoísta que sólo piensa en satisfacerse a sí mismo y que usa al otro como un objeto nada más.

“*Fornicación*” denota cualquier tipo de perversión sexual que atenta contra el ideal divino del matrimonio, el único marco legítimo para la satisfacción plena de la sexualidad humana. Pero Pablo precisa todavía más: han de desechar toda impureza, porque estos pecados arrancan de deseos ilícitos que manchan la mente y el espíritu aun antes de traducirse en actos dañinos para otras personas. Tienen su raíz en la codicia, el deseo de poseer lo que pertenece a otro (**Ef 4:19**). Tales cosas ni siquiera han de nombrarse entre los creyentes, porque no corresponden a su estado de santidad, de apartamiento para el uso y servicio exclusivo de Dios, pero tampoco se ha de permitir que la más leve referencia a ellas asome en la conversación. Lo inmundo, los chistes “verdes” o de mal gusto y, en general, la conversación frívola y vacía —aquella que caracteriza a un

borracho o uno que ha perdido el control de lo que dice—, igualmente han de desecharse como impropios de creyentes. En cambio, se debe ocupar la mente, el corazón y la lengua con gratitud a Dios, tema en el que el apóstol nunca se cansa de insistir, y que, además, puede traer salud y crecimiento espirituales al que lo exprese y a cuantos escuchen.

La amonestación solemne de los versículos 5 y 6 resume lo que Pablo acaba de decir: apela a la propia experiencia de ellos cuando dice *“Tened esto bien entendido...”* (traducción literal: *“Vosotros reconocéis por propia experiencia”*) *que ningún practicante de estos pecados puede heredar el reino de Cristo y de Dios*. Los sustantivos hacen eco de las palabras comentadas antes; todo es en su esencia la idolatría, el desplazamiento de Dios y de su voluntad sobre la vida humana y su reemplazamiento por la voluntad feroz y egoísta del hombre caído. Esto es la negación del amor, y el que se comporta así, o así enseña (sin duda pensaba Pablo en los maestros del gnosticismo incipiente y los antinomianos que iban infiltrándose en las iglesias) es hijo de desobediencia y de las tinieblas, acreedor asimismo del juicio y de la ira divinos.

El término *“el reino de Cristo y de Dios”* no implica el que haya dos reinos, sino sólo uno; sin duda la forma de expresarlo subraya la identificación absoluta entre Cristo y Dios el Padre, un toque necesario para unas iglesias amenazadas por la infiltración de enseñanzas erróneas que además de distinguir entre el Jesús humano y la deidad plena representada por el Padre, propugnaban una dicotomía muy peligrosa entre la carne (= cuerpo) y el espíritu. Como se trata del mismo reino, manifestado en la tierra por medio del Rey-Mesías, aunque todavía no en su sentido pleno, se habían de mantener con todo rigor las normas elevadas de su moralidad santa; no se podía hacer ninguna concesión a la carne por considerarla poco importante o transitoria, destinada a desaparecer, como enseñaban los herejes mencionados.

Pablo remata esta sección de su argumento haciendo uso de una palabra que antes había empleado para designar a los creyentes gentiles que ahora participaban con los creyentes judíos de las promesas de Dios en Cristo Jesús por medio del Evangelio (**Ef 3:6**). Como señala igualmente en (**2 Co 6:14-18**), es algo completamente incompatible que uno sea copartícipe en Cristo y a la vez con *“los hijos de desobediencia”* (**Ef 5:11**).

## El andar en luz (Ef 5:8-14)

La manifestación de la naturaleza divina (**Ef 5:8-9**). En la naturaleza orgánica no puede existir vida sin luz, y así sucede en el Reino de Dios. Es el reflejo de su naturaleza, todo lo contrario a las tendencias torcidas del corazón pecaminoso, y por eso tiene su *“fruto”* en toda bondad y justicia (**Ef 5:9**). En otro tiempo, *“eran tinieblas”*; participaban de la misma naturaleza de la oscuridad, ajenos a la vida y a la presencia de Dios; pero se había operado un cambio y ahora *“son luz en el Señor”* (**Col 1:12-13**) (**Mt 5:16**) (**Fil 2:15**). Por eso, han de andar como hijos de luz, dejando brillar en sus vidas el reflejo de esa nueva naturaleza divina, que es el fruto o manifestación de la nueva vida de Dios que han recibido por el Espíritu Santo. Como *“Dios es luz”*, así han de ser sus hijos. Donde antes imperaba la maldad, ahora hay bondad; donde antes hubo injusticia, ahora ha de prevalecer aquella vida recta que agrada a Dios; mientras que en el lugar de la falsedad, como hemos visto arriba, ha de brillar la verdad.

El Textus Receptus, base de la RVR60, traduce *“fruto del Espíritu”* (y en realidad viene a ser eso lo que se significa, si comparamos este pasaje con (**Ga 5:22-23**), pero algún otro antiguo manuscrito dicen *“fruto de la luz”*. Esto cuadra bien con el contexto, en el que el tema general de luz, contrastado con *“las tinieblas”*, proporciona la clave del análisis. Dice

F. F. Bruce que “el fruto de la luz es simplemente la manera de vivir (o conducta) producida en los creyentes por la luz verdadera (**Jn 1:9**) (**1 Jn 1:5**) que mora en ellos”.

Un proceso que se aprende por experiencia (**Ef 5:10**). Este andar no es algo en el que el caminante “se las sabe todas” desde el principio, como parece creen algunos; es un aprendizaje en el que se ha de asimilar “por experiencia” (V. H. A.) lo que agrada al Señor, el Dueño y Maestro de la vida de sus siervos. Esto no quiere decir, por supuesto, que hemos de experimentar con el mal para ver cómo es; el contexto ya indica claramente que no ha de haber participación alguna, ni con los hijos de las tinieblas (**Ef 5:6-7**), ni con sus obras (**Ef 5:11**). No puede haber componendas ni tretas con las tinieblas, ya que sus obras son infructuosas para Dios; es decir, no reportan ningún beneficio a su causa y sus propósitos santos. El fin nunca justifica los medios, por lo que los hijos de la luz necesitan discernir claramente la voluntad del Señor, a través de su Palabra, en aquellas áreas de penumbra donde no siempre se ve muy claro lo que Dios quiere (**Ef 5:15-17**).

Una vida que pone en evidencia al pecado (**Ef 5:11-13**). Creemos que esta exhortación no nos da licencia a sólo denunciar verbalmente (reprender) las prácticas pecaminosas de los demás; es algo mucho más profundo. El creyente tiene que vivir con tal grado de santidad delante de los demás, que por contraste obligado se ponga en evidencia lo que ellos hacen. Con esta interpretación concuerda la siguiente afirmación de que aun una mención nada más de las cosas que se realizan en secreto es vergonzosa, bien que es evidente que se ha de exceptuar lo que Pablo y todo siervo de Dios ha de denunciar mediante la realización de su ministerio profético y docente, como es el caso aquí y en (**Ro 1:24-32**).

Este andar en la luz no sólo pondrá en evidencia las vidas de otros, sino que los atraerá a la luz, Cristo, si ellos responden en vez de huir. El creyente ha de ser luz en este sentido también para testificar a otros, por lo que el apóstol añade un trozo de poesía cristiana que quizá sea un fragmento de un himno antiguo o catecismo, al juzgar por su estructura métrica, que se utilizaba en cantos de iniciación religiosa, según F. F. Bruce, que opina que podría ser una fórmula bautismal.

No es una cita exacta tomada del Antiguo Testamento; se compone de conceptos sacados de varias citas (**Is 26:19**) (**Is 51:17**) (**Is 52:1-2**) (**Is 60:1**) (**Mal 4:2**). Tres metáforas se emplean: el despertar del sueño, el levantarse de entre los muertos y el salir de un lugar tenebroso a donde la luz le alcance, y cada una de ellas describe el proceso que tiene lugar cuando un alma vuelve a Dios. Así ha de ser la fuerza de nuestro andar en la luz, que otros se alleguen a Cristo, y sean salvos (**Mt 5:16**) (**Fil 2:15-16**) (**Jn 3:17-21**).

## El andar en sabiduría (Ef 5:15-21)

Vigilancia en los pasos que se dan (**Ef 5:15**). Para que el andar en la luz sea el testimonio ante Dios y los hombres que hemos visto en la sección anterior, se precisa sabiduría divina que, según (**Stg 1:5**), el Señor da libremente al que se la pida. Ya hemos visto cómo en el plan de Dios se nos ha dado sabiduría, y que en respuesta a la oración se nos seguirá dando (**Ef 1:8,17**), por lo que el creyente puede estar asegurado constantemente de todo cuanto necesite para sortear las dificultades y los obstáculos que se le irán presentando en su camino, y así obedecer la exhortación apostólica. Es mejor traducir ésta por “*Tened cuidado de andar discretamente*”; es decir, “*poned todo empeño en vigilar de qué manera andéis*”, a la manera de un gato que va andando a lo largo de un muro que ha sido dotado con unas gruesas púas o trozos de cristal incrustados en el cemento —contra las posibles incursiones de ladrones—, y va sorteando el camino con suma delicadeza, evitando cualquier daño a sus patas. Tal andar es todo lo contrario del que

caracteriza al necio, quien, siendo olvidadizo de Dios —uno de los principales sentidos del sustantivo en el Antiguo Testamento—, no ejerce ningún cuidado de cómo o dónde anda, y fácilmente cae. El “*sabio*”, pues, según este contexto, es el que toma en cuenta a Dios y su voluntad en todo, cuidando de la manera que anda por la vida.

Vigilancia en el uso del tiempo (**Ef 5:16**). El andar cuidadoso que hemos comentado arriba involucra a la vez la forma en que el creyente hace uso del tiempo —los días, horas y minutos— que Dios le ha dado. La frase “*los días son malos*” quiere decir que las circunstancias que rodean al creyente le son desfavorables, limitadas, tal y como el apóstol nos las describe en Romanos 8, donde la “*ley de vanidad*” (o frustración), que impera en la creación a causa del pecado, trae aflicción, prueba, dificultad, dolor y muerte a todo ser humano, sea o no creyente. Pero por su Obra redentora Dios no solamente nos compra a nosotros para hacernos suyos, sino que nos liberta y nos devuelve, entre otras cosas, el tiempo, es decir, la oportunidad, dentro de nuestras circunstancias particulares, de servirle a Él. Por supuesto, tal utilización de nuestro tiempo requiere vigilancia, porque el diablo a su vez tratará de manejar las circunstancias para que se frustren los propósitos divinos; de ahí la necesidad de la diligencia para aprovechar bien (o redimir) el tiempo. Pero hemos de notar que no se trata del tiempo en general, en abstracto; la palabra griega (“*kairos*”) indica un tiempo de especial significación, de crisis u oportunidad, que puede pasar pronto, por lo que hay que “*aprovecharlo*” mientras dure.

Vigilancia continua en entender (discernir) la voluntad divina (**Ef 5:17**). Para usar bien el tiempo, hace falta “*entender la voluntad del Señor*”, guía que se recibe mediante el escrutinio constante de su Palabra. Así se guardará el creyente de “*volverse insensato*”; de deslizarse a un olvido de la diligencia en su andar (**Ro 12:2**) y (**Col 4:5**). La máxima sabiduría es dar valor real y espiritual a todos los momentos que pasan, relacionando todo con el gran Plan de Dios que estamos estudiando.

Es interesante notar las veces que Pablo emplea el título “*Señor*” a secas en este contexto, rasgo que no carece de importancia, puesto que el andar según el nuevo hombre, en verdad, amor, luz y sabiduría en este “*presente siglo malo*” (**Ga 1:4**) no es fácil, y el creyente necesita recibir continuamente las directrices del señorío de Aquel que está exaltado a la Diestra, por su Espíritu y su Palabra, por cuyos medios es transformado progresivamente en la imagen del Señor para poder glorificar a Dios y cumplir su parte en el magno Plan de los siglos (**2 Co 3:14-4:6**).

Vigilancia en el dominio propio (**Ef 5:18**). Otro aspecto del andar en sabiduría es el estar bajo el control del Espíritu Santo, por lo que Pablo exhorta contra el peligro de la borrachera, la cual ilustra un control ajeno al que debe prevalecer en la vida del hijo de Dios. La primera cláusula es una cita de la Septuaginta de (**Pr 23:30**), advirtiendo contra el exceso en la bebida, y hay frecuentes exhortaciones contra este vicio en el Nuevo Testamento, ya que es una de las “*obras de la carne*” (**Ga 5:19-21**) que excluyen a las personas de heredar el reino de Dios (**1 Co 6:10**), amén de descalificar a un creyente para ser un líder en la Iglesia (**1 Ti 3:3**) (**Tit 1:7**). Lo importante en el contexto que estamos considerando, sin embargo, es que incapacita para poder andar en sabiduría, bajo el control del Espíritu Santo, porque trae como consecuencia el descontrol, la disolución, o sea, el malgastar el tiempo, el dinero y las preciosas energías que Dios ha entregado a los suyos como mayordomos, desperdiciando, además, el uso que el Señor quiere hacer de la boca del creyente para proclamar su amor y su salvación a otros. No sólo eso, sino que es un acto de sacrilegio, que profana el templo donde mora el Espíritu Santo (**1 Co 6:19-20**).

Es significativo que en las Escrituras se comparan a veces los efectos de la borrachera con los de estar lleno del Espíritu (**Hch 2:13-17**). El estar lleno de vino embrutece y

degrada al hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, haciéndole perder el control de sus facultades y ser capaz de cualquier desatino; el estar lleno del Espíritu Santo, por el contrario, eleva y agudiza esas facultades, capacitando en grado sumo al hombre redimido para el uso de su Señor. Notemos que no se refiere aquí a un acto que pasó, una vez en la experiencia del creyente, cuando se convirtió a Cristo o en algún momento subsecuente, sino a un proceso que se ha de renovar constantemente: *“id llenándoos con el Espíritu Santo”*. Esta es la “borrachera santa” que el creyente debe cultivar en todo momento. La que resulta de la bebida es el colmo de la insensatez, porque se pierde todo control de la razón; disfrutar de la plenitud del Espíritu, en cambio, es la sabiduría más elevada que puede experimentarse, y ambas condiciones se manifiestan en sendos resultados. El borracho de alcohol desvaría y emite impropiedades y necedades; el creyente inspirado por el Espíritu expresará su alabanza y adoración a Dios, y le dará gracias, a menudo en las propias palabras de las Escrituras, como veremos en los versículos que siguen.

La edificación mutua mediante la alabanza (**Ef 5:19-20**). Es de notar que se dirige la alabanza no sólo a Dios, sino *“unos a otros”*, ya que es medio de edificación y ayuda mutua entre el pueblo de Dios. La expresión de gratitud y loor a Dios no es solamente el resultado de la plenitud del Espíritu, es también un medio para lograrla. *“Llenaos...”*, dice Pablo, *“... hablándoos..., cantando..., alabando...”*, etc. Compárese con (**Col 3:16**), donde se subraya más este aspecto de edificación mutua mediante el uso de la Palabra hablada o cantada.

Los cánticos espirituales siempre han jugado un papel muy importante en la alabanza colectiva de la Iglesia a través de los siglos, y cada nuevo movimiento del Espíritu de Dios ha traído consigo un nuevo brote espontáneo del canto. Es de suma importancia, pues, que en cada época haya suficiente flexibilidad en la alabanza colectiva para dar lugar a nuevas formas y expresiones de adoración y de testimonio, que han de reflejar la experiencia de cada nueva generación de creyentes. Para seguir con la metáfora apostólica, pero expresada en palabras del mismo Señor, *“el vino nuevo”* del Espíritu ha de encontrar *“odres nuevos”* en cada época, ¡aun cuando algunos prefieran *“el añejo”*!

No podemos identificar con toda seguridad las tres categorías musicales mencionadas aquí, pero es probable que los salmos se refieren a los del salterio judío, y los himnos, a los cantos cristianos, algunos de los cuales se han podido identificar en las páginas del Nuevo Testamento, como el versículo 14, las *“palabras fieles”* de las epístolas pastorales, (**Fil 2:6-11**), etc. Hay menos seguridad en cuanto a los *“cánticos espirituales”*; puede que fueran adscripciones espontáneas de amor y alabanza hacia el Dios trino elevadas por los que tenían tanto don como inclinación para alabar de esta manera. Según F. F. Bruce, hay evidencias de tales cánticos, tanto en los escritos de los “padres de la Iglesia” como en los de personas seculares (**1 Co 14:15**) (**Stg 5:13**).

Las acciones de gracias forman parte también del proceso de *“ir llenándose del Espíritu Santo”* que el apóstol desea ser la experiencia de los creyentes en todo momento. Como ya vimos en (**Ef 1:16**), tales expresiones de agradecimiento a Dios —nótese que se relaciona la deidad aquí con la paternidad divina, que nos recuerda que todo procede de Él— reciben un trato preferencial en las enseñanzas de Pablo, siendo él mismo un buen ejemplo de ello como podemos ver en las distintas oraciones que hallamos en sus escritos. Puesto que *“todas las cosas”*, buenas o malas, se entretajan en la trama del diario vivir, bajo la sabia dirección del Padre, el creyente ha de darle gracias por todas ellas, sabiendo que *“todas... ayudan a bien a los que a Dios aman”* (**Ro 8:28**). Y al hacerlo constantemente, se coloca en aquella actitud humilde de espera, que permite que Dios le bendiga por el poder y la presencia consoladoras del Espíritu Santo, librándose a su favor las poderosas operaciones de éste, que producirán el fruto del Espíritu y el ejercicio eficaz

de sus dones para glorificar a Dios. Pero —añade Pablo— esto sólo puede ser así en el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, puesto que es sólo en lugares celestiales EN EL que toda bendición nos es dada (**Ef 1:3**).

La sumisión mutua (**Ef 5:21**). A pesar de que este versículo se ha colocado al principio de un nuevo párrafo, debiéramos respetar la forma gramatical del original en la que la palabra traducida “*Someteos...*” es en realidad otro gerundio de la serie que condiciona la exhortación del versículo 18, acerca de la plenitud del Espíritu: “*hablando..., cantando..., alabando..., dando gracias..., sometiendoos...*”. Además, este último gerundio suplente el verbo principal para la exhortación a las casadas que sigue, ya que falta el verbo en el versículo 22. A los efectos del estudio, pues, ponemos fin a esta sección al final del versículo 21, aun cuando reconocemos que el enlace con la sección próxima es muy estrecho.

Pero, podemos preguntarnos ¿en qué consiste la importancia de la sumisión mutua en este lugar preciso de la exhortación apostólica? Para contestar, hemos de volver por un momento al principio de la sección, a (**Ef 4:17**), que a su vez recoge la enseñanza de la sección anterior. Pablo había estado hablando de la interrelación entre los distintos miembros del Cuerpo de Cristo, y cómo ésta había de gobernarse principalmente por la verdad y el amor mediante el ejercicio por cada uno de sus dones para el crecimiento del conjunto. Todo lo que sigue amplía este concepto, viéndose la gran responsabilidad de cada uno no sólo de recibir, sino de darse a los demás, buscar el bien del otro antes que el suyo propio, etc. Los distintos calificativos del andar que hemos comentado han subrayado esto una y otra vez y (**Ef 5:21**) remata todo el argumento.

El someterme a mi hermano es una actitud y una acción que parte de mi amor hacia él, y de mi reconocimiento de su dignidad, su valor y de los dones que el Señor le ha dado, es decir, del papel peculiar y, por lo tanto, esencial que él (o ella) ha de desempeñar en la iglesia para que ésta funcione como Dios quiere. Por eso, es todo lo contrario de ese espíritu egoísta que desea dominar a los demás; más bien, es sujetarnos a ellos, aceptándoles como son, recibiendo de ellos lo que nos pueden dar de parte del Señor. Y notamos, de nuevo, que esta actitud humilde es una solemne responsabilidad que cada creyente tiene contraída con el Señor y que ha de llevarse a cabo con toda “*reverencia*” (mejor que “*temor*”). Es cuando esta actitud es mutua, cuando cada uno — como Cristo en (**Fil 2:5-8**)— busca el bien del otro y no el suyo propio, que este andar juntos puede producir aquellas “*buenas obras que Dios creó de antemano para que anduviésemos en ellas*” que vimos en (**Ef 2:10**).

Cerramos esta sección con una cita del comentario de W. Hendriksen sobre este versículo: “Una y otra vez nuestro Señor, mientras estaba en la tierra, subrayó este mismo concepto, es decir, que cada discípulo debiera estar dispuesto a ser el último (**Mt 18:1-4**) (**Mt 20:28**) y lavar los pies a los demás (**Jn 13:1-17**). Sustancialmente, el mismo pensamiento se expresa también en (**Ro 12:10**), “*en honor prefiriendoos unos a otros*” y en (**Fil 2:3**) (**1 P 5:5**). Las virtudes que aquí se implican son el afecto fraternal los unos por los otros, la humildad, y una disposición abierta a colaborar con otros miembros del Cuerpo... (y) recuerdan lo que el apóstol había escrito antes en esta misma carta: ... “*con toda humildad y mansedumbre, soportandoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*” (**Ef 4:2-3**). Pablo sabía por experiencia lo que podría pasar en una iglesia cuando no fuese obedecida esta regla (**1 Co 1:11-12**) (**1 Co 3:1-9**) (**1 Co 11:17-22**) (**1 Co 14:26-33**). Por eso, subraya el que, “*en el temor (o reverencia) de Cristo*”, es decir, con un deseo consciente de cumplir su voluntad revelada, cada miembro del Cuerpo debiera estar dispuesto a reconocer los derechos, las necesidades y los deseos de los demás. Así, los creyentes pueden

presentar un frente unido al mundo, se promoverá la bendición de una comunión cristiana verdadera, y Dios en Cristo será glorificado”.

## Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la relación que existe entre la parte doctrinal de la epístola y las exhortaciones prácticas que empiezan en **(Ef 4:17)**.
2. Haga un análisis completo de la porción **(Ef 4:17-5:21)**, relacionando cada sección con los distintos aspectos del *“andar del creyente”*.

# Las relaciones familiares del cristiano (Ef 5:22-6:9)

---

## Consideraciones generales

Pese a lo dicho en el último capítulo acerca del término “*sometiéndose*”, que para redondear la serie exhortativa colocarnos al final de la sección anterior, recordamos que sólo es así a efectos de la exposición presente, que precisa de unos capítulos más o menos homogéneos. Porque el concepto de la “sumisión mutua” —y subrayaríamos lo de “mutua”, por las razones que se considerarán más adelante— informa todo el pasaje, aplicándose no sólo a las mujeres casadas, sino a sus maridos, los hijos, los padres, esclavos y amos. Y es así porque existe una sumisión común a todos ellos: la de cada creyente, primero “*a*” o “*en el Señor*”, o “*a Cristo*” (frases que se repiten varias veces), y luego, los unos a los otros.

Debemos notar que en cada “pareja” —mujer/marido, hijos/padres, esclavos/amos—, la más débil o inferior en cuanto al orden social establecido por Dios se menciona en primer lugar. En estos casos, la sumisión que ellos han de mostrar frente a los que tienen autoridad sobre ellos es representativa de, o simboliza, la actitud consecuente que todos han de manifestar frente a Aquel que es a la vez el Esposo divino, el Padre celestial y el Amo absoluto de sus vidas. Por esto, ha de haber también sumisión de los maridos, los padres y los amos hacia sus respectivas “parejas”; la cual consistirá en un reconocimiento y un respeto amoroso de lo que Dios ha dispuesto para cada persona en cuanto a dignidad humana, personalidad, función sexual o social, etc., y todo ello llevado con un gran sentido de responsabilidad, por amor al Señor. No hay lugar alguno, pues, para aquella “autoridad” mandona —casi de “propietario” delante de algo que cree poseer en exclusiva—, ni para esos aires dictatoriales, machistas (en el caso del marido) y orgullosos que a menudo caracterizan la conducta de los “superiores” o “fuertes” en estas tres relaciones sobre los demás. Tal actitud no es propia de cristianos porque no toma en cuenta la manera en que Dios mismo ostenta su autoridad, ajustándose en su misericordia a cada una de sus criaturas, atendiendo sus necesidades, escuchando sus ruegos, “*humillándose* —como reza el **(Sal 113:5-9)**—, *para mirar* (tomar nota de y socorrer) *las cosas en el cielo y en la tierra (levantando) del polvo al pobre y al menesteroso del muladar...*”. Como hemos visto repetidamente en el curso de esta exposición, si el creyente ha de asemejarse progresivamente a su Padre celestial, mediante su conformidad al Modelo de humanidad ideal que es Cristo mismo, su sumisión a los demás, producto en primer término de la humildad, tendrá que ser como la que el trino Dios evidencia constantemente en el trato con sus hijos.

Aprendemos por este pasaje tan práctico, pues, tal como sugerimos arriba en el encabezamiento del capítulo, que el buen andar no es simplemente la manifestación de una relación de tipo general o sentimental hacia los miembros de la familia espiritual y los amigos inconversos, sino algo mucho más concreto. Afecta las relaciones íntimas entre personas que cohabitan bajo el mismo techo, o trabajan en el mismo taller u oficina, expuestas por tanto al diario contacto y roce los unos con los otros, con los problemas consiguientes de entendimiento, colaboración, convivencia, etc. Es en este contexto que la sumisión o sujeción de todos a todos **(Ef 4:2-3)** y cada uno al Señor, es imprescindible como primer paso a dar y actitud constante a mantener en cada relación. El apóstol empieza con la más íntima (el matrimonio), sigue con aquella que se enlaza estrechamente con ésta (la familia), para pasar luego a la del trabajo. Enfoca sus exhortaciones siempre sobre el deber y la responsabilidad de cada persona, frente a las

demás, sea cual sea la relación. No habla de derechos ni de privilegios, ni de lo que cada persona puede esperar o exigir de las demás, sino de cómo ha de servirles a ellas, ya que sirve al Señor y ha de rendir cuentas ante Él por su andar en este mundo.

Las enseñanzas del apóstol contienen principios de validez perenne para todas las épocas hasta la Segunda Venida del Señor, pero encajaban de modo especial en el momento cuando fueron escritas, porque las normas degeneradas del paganismo tenían en muy poca estima a la institución matrimonial, a la mujer, a los niños y a los esclavos. Y aun en el judaísmo, donde la luz de las Sagradas Escrituras había penetrado, el menosprecio a la mujer y al niño, por una parte, y la exageración de la importancia asignada al varón, por otra, necesitaba la corrección de tales enseñanzas.

Durante su ministerio en la tierra, mediante sus palabras y actitudes, el Señor Jesucristo puso las bases de esta nueva orientación, y por la inspiración del Espíritu los apóstoles, especialmente Pablo y Pedro, edificaron encima, dejándonos un cuerpo definitivo de instrucción práctica que, por su frecuente aparición en las epístolas, parece haber sido dada en todas partes como una especie de “catequesis de la vida diaria” que orientaba a las congregaciones acerca de la aplicación de la doctrina que iban recibiendo (**Col 3:18-4:1**) (**1 Ti 3:4-12**) (**1 Ti 5:14**) (**Tit 2:1-10**) (**1 P 2:13-3:7**). El profesor F. F. Bruce comenta: “Muchos de los deberes mutuos de la familia que se inculcan en estos pasajes del Nuevo Testamento hallan paralelos en la literatura contemporánea no cristiana, pero el Nuevo Testamento eleva toda la situación a un plano más alto al relacionar cada uno de estos deberes a la fe cristiana. Tanto la obediencia y la sujeción, por una parte, como el amor y el cuidado, por otra, son mandados por amor a Cristo”.

Como resultado de la influencia gradual, cada vez más extensiva, de tales enseñanzas en la sociedad romana y las que la siguieron, no sólo se fue incrementando paulatinamente el aprecio y la dignidad de la mujer y del niño, sino que por fin se llegó a reconocer el valor de la persona humana en general y sus derechos y libertades en la sociedad. Aun cuando la nueva religión no pretendía derribar de golpe barreras sociales, su insistencia sobre un nuevo orden de valores que surgía de la redención de cada creyente, igual a todos sus hermanos ante Dios, había de producir unos cambios radicales en las costumbres de la civilización dondequiera que prevaleció el cristianismo.

Pero estas enseñanzas precisan subrayarse nuevamente en nuestros tiempos, que algunos con cierta razón —por lo menos en cuanto a la civilización occidental— han dado en llamar “postcristianos”. A pesar de los múltiples movimientos feministas, el Año Internacional del Niño (1979) y una mayor concientización de la sociedad en general acerca de la injusticia social, las personas marginadas, ciertas enfermedades, etc., sigue habiendo una imperiosa necesidad de la “sumisión mutua”. Hace falta a escala internacional, de los países superdesarrollados frente a los que están en “vías de desarrollo” o los del “Tercer Mundo”. También se echa de ver lo mismo a escala nacional en cada país, de los ricos frente a los pobres, los fuertes hacia los débiles, los privilegiados de cualquier tipo frente a los que carecen de las necesidades más elementales. Pablo sólo selecciona tres ejemplos aquí para asentar los principios fundamentales acerca de esa dependencia y sumisión mutua, pero por extensión hemos de aplicarlos a todos los demás, si queremos ser consecuentes con nuestra fe en un mundo lleno de injusticia y violencia en todos los órdenes.

## Los esposos (Ef 5:22-33)

Las palabras claves de esta sección son obediencia y amor, que se relacionan con la tónica de la sumisión los unos a los otros notada anteriormente. El amor del esposo por la

esposa, con todo lo que esto implica, y la obediencia de ésta al marido, viene a ser una figura sublime de las relaciones íntimas entre Cristo y su Iglesia, dándonos así la séptima figura que Pablo emplea en la epístola para describir el Cuerpo de Cristo, que completa la enseñanza dada en los capítulos 1 a 4. Aunque el énfasis recae más bien sobre la exhortación práctica a ambos cónyuges que se desprende de la figura del “matrimonio celestial” de Cristo y su Iglesia, notamos cómo Pablo pasa rápidamente de la figura a la realidad y viceversa, repetidas veces, de modo que las dos partes se aclaran mutuamente.

### 1. Las esposas (Ef 5:22-24)

Es digno de notar que el apóstol exhorta a la obediencia y a la sumisión aquí, porque tal actitud de la esposa hacia su marido refleja la de la Iglesia hacia Cristo, su Cabeza. Es decir, el varón representa el principio de autoridad en el núcleo familiar, de la misma forma que Cristo ostenta la hegemonía sobre los suyos. Pero hay más, otra razón por la que ha de haber obediencia, tanto en la sublime figura como en la realidad práctica: Cristo es el Salvador (o Defensor) de la Iglesia que se entregó por ella, la cuida, etc. Desde luego, el planteamiento es muy elevado, pero no por eso deja de ser un ideal realizable por el creyente en el poder del Espíritu Santo. En vista de su amorosa entrega a favor de ella, la Iglesia frente a Cristo, y la esposa frente a su marido, deben corresponder con gratitud y obediencia. Se entiende que la frase “*en todo*”, que podría parecer excesivamente fuerte si se considerase solamente desde el punto de vista humano, quiere decir: en todo aquello que implica la responsabilidad de ella en la esfera familiar, de la que es cabeza su esposo. No quiere decir por supuesto que ha de obedecer en el caso de mandarla hacer alguna cosa contraria a la voluntad de Dios (porque en este caso el marido excede sus funciones, siendo todo “*en el Señor*”), ni tampoco que la mujer no puede desarrollar su personalidad y sus dones en todo lo que desea, con tal que esto esté acorde con su papel de esposa. Con todo, pondrá en primer lugar su deber familiar, porque es “*al Señor*” que así la ha creado y en sus providencias la ha guiado al matrimonio.

En todas estas consideraciones, debiéramos recordar que el apóstol escribe para creyentes, y que la exhortación a las esposas se hace en el contexto de la exhortación complementaria a sus cónyuges. Cuando las dos responsabilidades se ejercen a la vez, paralelamente, el resultado es gran bendición para ambos y para toda su familia y esfera de influencia. Con todo, lo que no puede admitirse es una simple reciprocidad, sobre la base de “Yo te obedeceré, si tú haces tal y tal...”, o viceversa si se trata del hombre. Aun cuando una de las partes falle, la otra tiene la obligación delante del Señor de seguir con su responsabilidad en todo lo que puede y pese a las dificultades que ello le deparase (**1 P 3:1-6**). De ahí la repetición de la exhortación en el versículo 24. Por último, nótese cómo el apóstol puntualiza cuidadosamente que la obediencia mandada ha de ser únicamente al propio esposo de cada una, no a los maridos de otros o a los hombres en general, ya que se trata del núcleo familiar particular del que ella forma parte.

La exhortación no carecía de importancia en el momento en que se escribió, por el libertinaje reinante en la sociedad pagana del primer siglo, y hace falta subrayada de nuevo hoy en día cuando en tantas cosas la sociedad occidental se halla en el proceso de abandonar aquellos valores morales que le fueron prestados durante muchos siglos por el cristianismo.

### 2. Los maridos (Ef 5:25,28-31)

Si la palabra clave acerca de las esposas es obediencia, no hay ningún lugar a dudas que la que condiciona la responsabilidad del hombre hacia su mujer es amor, y esto no según un modelo puramente convencional, sino según el ejemplo de Cristo. Como en otros contextos novotestamentarios, la palabra amor (“*agape*”) aquí no equivale a una emoción

romántica o sentimentaloides, sino algo muy práctico y altruista, que busca el bien de la esposa y se sacrifica para cuidarla, en obediencia a la voluntad de Dios. Esta idea se refuerza por el verbo griego (“*agapao*”) que el apóstol emplea; no usa la palabra que refleja el amor sexual (“*erao*”, de donde se deriva nuestro vocablo “erótico”), ni aquella otra, (“*storge*”), que describía el afecto natural que existe en el seno de una familia, ni tampoco (“*phileo*”), el afecto amistoso. Porque todos éstos tienen mucho de interés egocéntrico, mientras la esencia del amor divino es sacrificio, que da la pauta para la entrega mutua que ha de ser el fundamento y la esencia del amor conyugal.

Precisamente porque Pablo utiliza el concepto de *agape* en todo este contexto podemos comprender que la referencia un tanto enigmática del versículo 28 —que “*los maridos deben amar a sus mujeres como a sí mismos*”—, lejos de significar un egocentrismo machista al que se supedita toda la relación, subraya todo lo contrario. Todo creyente tiene la sagrada obligación de buscar su propio desarrollo espiritual, mental y físico —y el de todos sus hermanos, miembros del mismo “Cuerpo místico” también—, como una responsabilidad particular que le ha encomendado el Señor. Ni que decir tiene que esta obligación general queda especificada según sean las relaciones que el creyente mantenga con los demás. Por lo tanto, en cuanto al matrimonio en el Señor, buscar en amor el bienestar en todas las cosas de la esposa, es cuidar de sí mismo. Como vemos más abajo, sin duda Pablo tenía en mente las enseñanzas de **(Gn 2:24)** y contexto, donde se narra la procedencia de la mujer del hombre y la identificación íntima de los cónyuges en “*una sola carne*”.

### 3. Cristo y la Iglesia (Ef 5:26-27)

La figura de la Iglesia como la Esposa de Cristo, bien que no la más completa de cuantas emplea el apóstol en Efesios, sí que es la más íntima, puesto que la relación que encierra es interpersonal (es decir, entre dos personas que, siendo esencialmente dos, se identifican estrechamente) y no meramente biológica o funcional (como en el caso del Cuerpo). Desde luego, la figura no es nueva: ya en el Antiguo Testamento, especialmente en los libros proféticos, Dios describe la relación pactada entre sí mismo e Israel en términos matrimoniales, por lo que toda deslealtad al pacto era considerada un acto de adulterio espiritual **(Os 1-3) (Is 54:1-8) (Is 62:4) (Jer 2:1-3) (Jer 3:6-14) (Jer 30:32) (Ez 6, 23)**. También en el Nuevo Testamento el Señor utilizó la misma analogía en sus enseñanzas, especialmente en las parábolas **(Mt 9:15) (Mt 22:2-13) (Mt 25:1-10)**.

La base de la obra efectuada por el Esposo divino es su entrega: una referencia clara a su acto voluntario de someterse al propósito divino para llevar a cabo la redención, y de dejarse en las manos de los hombres para que le crucificasen. Toda la sublime operación es motivada por el amor, primero hacia el Padre, en ofrenda de “*olor grato*”, y luego, “*por nosotros*” **(Ef 5:2)**, para santificarnos y presentarnos perfectos a sí mismo. De nuevo, el simbolismo matrimonial provee al apóstol de unos términos útiles para hacer resaltar la naturaleza de la obra realizada, aunque el énfasis aquí recae sobre la acción del Esposo, quien es el encargado de preparar a su novia para los desposorios **(Ap 19:7-8) (2 Co 11:2)**. Parece ser que existe una costumbre judía, que puede remontar a tiempos antiguos, en la que el novio, al colocar el anillo en el dedo de su pareja, pronuncia las palabras “He aquí, ahora estás santificada a mí”, y si recordamos que el sentido general de la santificación es un apartamiento exclusivo para determinado fin, se comprenderá la estrecha relación que guarda con esta figura.

Notemos también la relación que existe —testificada ampliamente por toda la Escritura— entre los conceptos de santificación y limpieza; tanto en la esfera corporal, como en la espiritual. Las realidades internas y espirituales son reflejadas por las prácticas y ceremonias de la limpieza externa, como por ejemplo en el caso del servicio sacerdotal o

de los lugares santos del judaísmo, subrayando de forma gráfica principios espirituales que difícilmente podrían comprenderse de otro modo (**1 Co 6:11**) (**Tit 3:15**), donde se ve la misma relación. Por eso, la idea de una limpieza cuidadosa antes de la celebración de las nupcias no obedece sólo a los requisitos más elementales de la higiene —¡que de todas formas no se ha destacado demasiado a lo largo de la historia!—, sino a la costumbre común a judíos y a griegos, del baño ritual de la novia antes de la ceremonia. Quizá encontremos un reflejo de esta costumbre en (**Cnt 5:2-5**).

Bien que la traducción castellana parece indicar cierto proceso en la operación purificadora y santificadora, de hecho el griego descarta esta posibilidad al emplear el tiempo aorista del verbo: “*habiéndola purificado (de una vez) por el lavamiento de agua*” (B. L. A.). Sin duda se refiere de este modo a la recepción por fe de la proclamación evangélica, con su simbolismo correspondiente del bautismo en agua, que “*lavaba los pecados*” (**Hch 2:38**) (**Hch 8:16**) (**Hch 22:16**) (**1 P 3:21**) (**Tit 3:5**) (**Jn 15:3**) (**Jn 17:17**). F. Bruce sugiere que la frase “*por la Palabra*” debe entenderse más bien como “*acompañado por una palabra*”, que podría ser la palabra de la “*fórmula trinitaria*” de (**Mt 28:19**), pronunciada sobre aquel que es sumergido en el agua, o, más probablemente, la palabra de confesión de pecado y de fe en Cristo pronunciada por el creyente en el momento de su conversión, y a menudo repetida en alguna forma en el momento de su paso por las aguas bautismales. Bruce apela al caso de Saulo de Tarso (**Hch 22:16**) para corroborar esta opinión, que así ofrece una alternativa sugestiva digna de ser tomada en consideración. Con todo, dado lo novedoso de la idea y el peso de la opinión ortodoxa de la inmensa mayoría de los exegetas de todos los tiempos, preferimos entenderlo en el sentido más general, es decir, de la operación limpiadora efectuada por la Palabra predicada cuando ésta es recibida por fe (**1 P 1:21-23**) y (**Ef 6:17**).

De este modo la Esposa es hecha apta para poderse unir a su Señor y Salvador Jesucristo: será “*gloriosa*” —reflejando las virtudes de Él—, sin señal de contaminación, decadencia o corrupción. El día de la presentación es, desde luego, el de la Venida de Cristo en gloria, cuando su pueblo será glorificado con Él (**Col 3:4**) (**2 Ts 1:10**). Se sobreentiende que la acción limpiadora se realiza a partir de la conversión de cada creyente, miembro del Cuerpo, a través del tiempo, hasta “*las bodas del Cordero*”, cuando el proceso será completo, y “*seremos como Él es*” (**1 Jn 3:2-3**) (**Ap 19:7-8**).

#### 4. La cita de (**Gn 2:24**) en (**Ef 5:31**)

Como notamos arriba, esta enseñanza ha sido como el sublime telón de fondo para todo lo que acaba de decir el apóstol acerca de las relaciones matrimoniales, y es necesario que le dediquemos un poco de atención en este punto. En sí la aseveración de que “*el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne*” constituye una de las declaraciones más profundas y fundamentales de toda la Escritura acerca del propósito divino en el matrimonio. Acerca de ella escribe el expositor F. Foulkes: “(Esto) ha sido el último baluarte de la Iglesia cristiana contra los argumentos de los que abogan por permitir la poligamia en las sociedades primitivas en tierras de misión; es también el último argumento contra la promiscuidad y la razón fundamental por la que la Iglesia no puede mirar con buenos ojos la disolución del lazo matrimonial por el divorcio. Cuando se le preguntó a nuestro Señor acerca del permiso dado por Moisés al divorcio, dio la contestación que sigue en vigor en el día de hoy (que “*en el principio no fue así*”). En una sociedad imperfecta que necesita tales leyes, y por “*la dureza del corazón humano*”, puede permitirse el divorcio, pero tales concesiones son una desviación del propósito divino, y no se las puede considerar bajo ningún otro prisma. El Señor no dio más enseñanza nueva sobre este asunto, sino que recogió esta verdad fundamental para enfatizar su contestación (**Mt 19:3-9**) (**Mr 10:2-12**). Antes de casarse un hombre o una mujer, el lazo familiar más estrecho que tienen es con sus padres, y a ellos

deben la obligación mayor, pero el nuevo lazo y la nueva obligación que involucra el matrimonio trasciende el viejo. No cesa el deber filial, pero la relación más íntima y por tanto la lealtad más alta, desde ese momento en adelante, es entre marido y mujer, y los padres sólo harán peligrar aquella relación si tratan de inmiscuirse en los asuntos del nuevo matrimonio. Ha de haber una renuncia resuelta de parte de los padres de la autoridad sobre sus hijos, y una correspondiente salida del hogar paterno por parte de los hijos, para formar desde este momento en adelante su propia familia”.

Tres frases sencillas resumen la formación del nuevo hogar: 1) el hombre dejará a su padre y a su madre; 2) se unirá a su mujer; 3) los dos serán una sola carne, las cuales vamos a examinar a continuación.

1. El hombre dejará a su padre y a su madre. Hemos de notar, en primer lugar, que se especifica al padre y a la madre, por separado, puesto que la autoridad de ellos, aunque en cierto grado mancomunada, es distinta entre sí. La autoridad del padre es la del cabeza de la familia, a la que perteneció hasta ese momento el hijo o la hija; dejar su autoridad, por lo tanto, significa constituir una nueva familia en la que el hijo pasa a ostentar la autoridad suprema. Dejar a la madre equivale a erigir a su esposa en la única que cuenta en el nuevo hogar; ya la madre deja de ser la autoridad sobre él dentro de su propia esfera, cediendo el lugar a su nuera. Hasta el momento de su casamiento, la madre ha sido la primera mujer en la vida del hijo; después, esta posición de gran honor la ocupa sólo la esposa.

Desde luego, el “dejar” en ambos casos no significa el abandono de los padres por parte de los hijos. El respeto y la gratitud que se les debe han de durar para toda la vida, y según el caso han de ampararles en la ancianidad, enfermedad o invalidez, como enseñan claramente tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Pero respeto es una cosa, y autoridad es otra, y a esto apunta la enseñanza bíblica.

2. “Se unirá a su mujer”. Esta segunda frase es la otra cara de la moneda: ha de haber una unión decisiva con la mujer que corresponde al “dejar” a los padres, es decir, la constitución de un nuevo ente familiar que reemplaza los dos antiguos de donde han salido. No se refiere primordialmente a la unión física tampoco, que, pese a su importancia, no es más que el símbolo y el sello de la nueva unión, sino “a su aspecto legal y social, en base a una lealtad y compromiso formal contractados públicamente. Significa que desde ese momento en adelante sólo ha de haber una sola mujer para este hombre, y un solo hombre para esta mujer; todos los demás son extraños a este vínculo exclusivo que forma el nuevo hogar. La poligamia, el adulterio, en todas sus formas y grados posibles, son excluidos.

3. “Los dos serán una sola carne”. Algunos interpretan esta frase en el sentido puramente literal, del acto sexual sólo, pero creemos que encierra más que eso. Como hemos visto, la unión física es el símbolo externo de una realidad más profunda, de esa identificación que se vio cuando Dios creó a la mujer de la sustancia del cuerpo del varón. La raza se compone de varón y hembra (**Gn 1:27**), los sexos son incompletos sin su complemento. Si no hubiera sexo, si no hubiera unión, no habría humanidad. Y es el núcleo familiar el encargado de continuarla, y, en un sentido, que la representa. El matrimonio, pues, es toda la raza en miniatura. por lo tanto, la perfecta identificación simbolizada por la unión física demuestra la condición primordial de “una sola carne” que es la misma esencia y, por ende, la base de cada nuevo matrimonio.

Estas tres frases, bien entendidas en el orden en que aparecen, dan al traste con algunas ideas aberrantes de hoy día acerca de la “conveniencia” y “legitimidad” de las llamadas “relaciones prematrimoniales”. El “dejar” a los padres implica un paso público y legal delante de la pequeña sociedad de la familia extendida con los amigos y vecinos, como

asimismo la unión —que implica cohabitación y la formación de un nuevo hogar—, y sólo cuando se ha establecido este marco legal y social, ha de tener lugar la tercera, la unión física con todo lo que representa, símbolo y sello hermoso de todo lo demás. Deducimos, pues, que la relación sexual sólo tiene cabida dentro del vínculo matrimonial, que es la provisión divina para su uso y disfrute legítimos. No hay lugar para ningún tipo de relaciones sexuales fuera de la institución divina, lo cual excluye, por lo tanto, las ideas hoy en día tan en boga sobre “experiencias prematrimoniales”, “matrimonios de prueba”, “intercambio de parejas” y otras aberraciones que están invadiendo todos los rincones de la sociedad occidental.

## 5. El “gran misterio” (Ef 5:32-33)

Consideramos aparte el primero de estos dos versículos, porque en casi todos los casos las traducciones son defectuosas y no reflejan lo que el apóstol quiso decir. La confusión ha sido incrementada por la traducción al latín (la Vulgata) que empleó la palabra “sacramentum” aquí, dando lugar así a que se considerase el matrimonio como uno de los sacramentos, que por su mera celebración externa, ex ópere operato (= “en virtud del rito mismo”), realizaba la verdad espiritual que simbolizaba. Pero éste es un error de base, porque el misterio referido no tiene que ver con la institución matrimonial como tal, sino con la verdad sublime de la íntima unión que existe entre Cristo y su pueblo, escondida, por así decirlo, detrás del lazo matrimonial. La versión New English Bible da el mejor sentido: “Es una gran verdad que está escondida aquí...”. Preferimos esta versión, porque preserva la idea fundamental de la palabra “*misterio*” que vemos en varios pasajes de las epístolas paulinas, y que se refiere siempre a las verdades primarias de la Venida del Verbo encarnado y su relación con el pueblo redimido (Ef 1:9) (Ef 3:3-5,9) (Ef 6:19) (1 Ti 3:16) (1 Co 4:1) (1 Co 13:2) (1 Co 14:2) (Ro 11:25) (1 Co 15:51). Es decir, las múltiples facetas del deber conyugal, tanto del esposo como de la esposa, no son más que un pálido reflejo de la relación entre Cristo y su Iglesia.

Pero como la finalidad principal del apóstol es práctica sobre todo, resume todo lo dicho en el versículo 33, volviéndonos a las dos actitudes fundamentales del matrimonio: el amor del hombre hacia su mujer, y el respeto o reverencia de ésta hacia él (1 P 3:6). Es digno de notar que así Pablo cierra la sección con la misma palabra con que la inició en (Ef 5:21-22): “*reverencia*” (o “*temor*”), que se manifiesta en esa sumisión que ha de presidir toda la relación entre los dos sexos, porque refleja la que hay entre Dios y su pueblo.

## Los hijos y los padres (Ef 6:1-4)

### I. Los hijos (Ef 6:1-3)

El orden es parecido al que vimos arriba: primero se exhorta a los más débiles, luego a los más fuertes, de cada pareja. De nuevo, obediencia constituye la tónica de las palabras a los hijos, y es al Señor, lo cual la eleva a un plano mucho más alto y espiritual. La familia es una institución divina; por lo tanto, la autoridad paternal la ha otorgado Dios. Pero cuando se trata de hijos que son creyentes, entonces la necesaria obediencia involucra la fidelidad del creyente frente a su Señor, según las circunstancias en que se encuentre. Hoy en día se habla mucho de la “rebeldía juvenil” y del “choque de las generaciones”, y a causa de ello los creyentes jóvenes son a menudo sometidos a presiones del medio ambiente difíciles de soportar, que a veces les arrastran. Pero la enseñanza apostólica sigue siendo la norma para sus relaciones con los padres y deberían tenerla en cuenta siempre.

El apóstol alega ciertas razones por las que se espera obediencia de los jóvenes y niños frente a sus padres, las cuales pasamos a considerar a continuación.

a. *“Es justo”*, porque la norma refleja la voluntad divina en la creación de la familia, y, además, está aceptada como tal por la sociedad, tanto en la antigüedad como todavía hoy en día, en la mayor parte de la raza humana. No sólo Dios reveló su voluntad al principio, sino que la afirmó formalmente en el Decálogo, y en el curso de la revelación posterior se da por sentada siempre. En el libro de Proverbios, por ejemplo, este mandamiento, reiterado e ilustrado de muchas maneras, forma parte principal de ese acervo popular de sabiduría que surge de haber colocado al Señor, Jehová, en el lugar que le corresponde en la vida de cada uno. Pero no sólo es justo porque corresponde al carácter divino manifestado a través de su voluntad para el hombre, sino porque resulta adecuado y apto, saludable para el bienestar de todos.

b. La *“honra”*, incluye la obediencia, el amor y el respeto, que se han de dar a ambos progenitores por igual. Aquí se relaciona lo que comentamos arriba, cuando un hombre deja a sus padres en el momento de contraer matrimonio, con aquella honra que debe a los dos mientras esté bajo su tutela, porque se trata de una relación permanente que perdura aun después de formarse un nuevo hogar. Nótese de nuevo la especificación *“a tu padre y a tu madre”*; como pasa con la autoridad de ambos, que es distinta, así también con el honor, que les corresponde por igual, pero que difiere en cuanto a la función peculiar de cada uno frente al niño, sea varón o hembra.

c. *“Es el primer mandamiento con promesa”*, que quiere decir que el Señor recompensa ampliamente a quien le agrada por tal obediencia. Este principio se ilustra con todo lujo de detalles en el libro de Proverbios (**Pr 3:1-18**). Es una norma sensata, porque, además de traer la bendición divina, es fácil comprender que el hacer caso de la experiencia de quienes nos han precedido es en sí toda una escuela de vida que nos puede ahorrar muchos descalabros y disgustos. Por su calidad de inmaduro, el niño y el joven no pueden prever muchas cosas, por lo que harán bien en seguir por un camino previamente trazado, hasta que aprendan a andar por sí solos. Como las consecuencias de nuestras acciones pueden proporcionarnos bienestar o malestar, mejor o peor salud, la evitación de cosas o compañías dañinas o la caída en ellas, Dios ha provisto a cada nueva generación —por regla general— de la experiencia de la anterior a fin de que el que le teme pueda disfrutar de sus bendiciones, o, en caso contrario, sufrir las consecuencias. Aunque el lenguaje empleado es del Antiguo Testamento, sigue siendo una gran verdad por la llamada *“ley de la siembra y la siega”*. Por eso, la educación moral y espiritual de las nuevas generaciones no puede realizarse como Dios quiere aparte de este trasvase generacional fiel, siendo la obediencia de los hijos parte obligada de todo el proceso.

## 2. Los padres (Ef 6:4)

Pero si el hijo ha de honrar y obedecer a sus padres, mirando al Señor al hacerlo, es preceptivo que los padres cumplan su parte del trasvase mencionado de la misma manera, aunque con mayor responsabilidad aún, por ser más maduros. No son dueños de los hijos, sino mayordomos; los hijos pertenecen al Señor, quien se los ha confiado por cierto tiempo. Por esto, el llevar esta responsabilidad de una forma caprichosa o ligera, en beneficio propio en vez de lo que proporciona bienestar y una sana preparación para el futuro al niño, es defraudar no sólo a éste, sino al Señor. Los padres han de buscar merecer el amor y la obediencia de sus hijos, mejor que exigirlo como un deber (aunque lo es); ha de ser su sabiduría, tacto, cariño y honda comprensión de las variadas necesidades físicas, mentales y espirituales de los hijos en cada etapa de sus vidas que provean el estímulo y el desarrollo de esa obediencia. Por esto, el *“provocarles a ira”* supondría la exigencia en demasía, la excesiva dureza o falta de cariño o de comprensión

que tanto necesita el hijo. En el pasaje paralelo de **(Col 3:21)**, dice “*desalentar*” en vez de provocar, lo cual complementa la idea que tenemos aquí. La provocación a la ira, de la que el desaliento es a menudo un acompañante funesto, indica una disciplina demasiado exigente sobre cosas que no tienen importancia, que obedecen más bien al capricho o al prurito de mandar de los padres, que no a una orden razonable que tenga en cuenta el bien del hijo y su verdadera necesidad.

También, por supuesto, la Biblia nos advierte de lo opuesto, el hijo consentido o mimado. El ejemplo de Adonías, el hijo de David, que sólo recibió elogios y nunca reprensiones de su padre, es un caso concreto de este extremo. Tal perversión de la disciplina paterna crea a menudo un alto grado de delincuencia, y es el causante de grandes problemas, no sólo a una familia, sino a la sociedad en general.

Pero la norma tan elevada que el apóstol manda aquí, sólo es posible cuando se llevan a cabo los dos aspectos complementarios de la responsabilidad paternal delante del Señor: los representados por las dos palabras traducidas disciplina y amonestación, y esto, “*del Señor*”, o sea, como Él lo haría y desea que los padres lo hagan en su Nombre, usándoles como instrumentos suyos.

a. La disciplina se refiere a todo el régimen de vida que los padres proveen para los hijos, que incluye la corrección cuando el hijo cae en falta. Su equivalente moderno es la educación, que incluye el aspecto que comentaremos a continuación, como asimismo el ejemplo a seguir, la orientación apropiada para cada situación, etc.

b. La amonestación se traduce mejor por “*nutrición*” o “*crianza*”, subrayando más bien la idea de instrucción verbal, basada primordialmente, claro está, sobre las Sagradas Escrituras. Es decir, los padres son los primeros responsables delante del Señor de suministrar a los hijos la “*leche espiritual no adulterada*” (**1 P 2:1**), en dosis adecuadas a su edad y comprensión. Y aun aquellas cosas que salen fuera del área directa de la instrucción religiosa han de estar enfocadas y orientadas por sus normas, ya que se trata de una manera de ser, una conducta ante Dios y los hombres, que se busca inculcarles a fin de que le amen y, sirvan a Él en primer lugar, y a los hombres, como a sí mismos. Tal responsabilidad paternal no ha de abdicarse a nadie, ni siquiera a la iglesia, o la escuela dominical, aunque con el transcurso del tiempo, éstas, si los padres han llevado a cabo bien su cometido, jugarán un papel cada vez más importante en la educación del joven.

## Los esclavos y los amos (Ef 6:5-9)

Todavía se sigue con las relaciones domésticas, ya que en aquel entonces los esclavos estaban organizados en “casas”, a las órdenes del paterfamilias o jefe de toda la casa, que les incluiría a ellos, amén de la mujer, los hijos, y los criados libres o libertos. Es fácil comprender que la razón de dar más instrucciones a los esclavos que a cualquier otro grupo social es porque comprendía la mayor parte de los miembros de las iglesias apostólicas, y, además, su suerte era susceptible de mayores abusos por ambas partes, por lo que requería mayor orientación de parte de los pastores y enseñadores en las iglesias y mayor vigilancia de parte de los esclavos cristianos mismos.

A muchos, imbuidos con las ideas modernas sobre los derechos humanos, les ha parecido muy extraño que las Escrituras judeocristianas no denunciasen la terrible injusticia que suponía una institución universal que legalizaba la posesión de unas cuantas vidas humanas como propiedad exclusiva de otros de sus semejantes. Pero no es difícil comprender por qué ni los profetas, ni el mismo Cristo y sus apóstoles procediesen a una denuncia radical de la esclavitud. Si lo hubiesen hecho, tanto el judaísmo, como el cristianismo habrían sido considerados fácilmente elementos

subversivos y revolucionarios que atentaban directamente contra el orden establecido, provocando violencia y desorden en vez de paz y reconciliación. Así que la “táctica divina” no fue un ataque frontal, sino una influencia indirecta y positiva que llegó a minar poco a poco las bases sociales y psicológicas de tan inhumana institución, esperando resultados a más largo plazo mediante la diseminación de otro espíritu, otro modo de relacionarse los hombres en amor, respeto mutuo y lealtad. Y andando el tiempo, a pesar de los avatares a veces contradictorios de la historia, la esclavitud por fin cayó por su propio peso hasta extinguirse casi totalmente hacia el final del siglo pasado. Lo mismo podemos decir acerca del trato a la mujer y a los niños, aunque en estos casos los resultados han sido menos espectaculares y todavía ofrecen “lagunas” de injusticia e incompreensión que precisan corrección.

### I. Los esclavos (Ef 6:5-8)

Otra vez la palabra clave es obediencia, y lo que la condiciona es, por un lado, “*el temor y temblor*”, o sea, respeto, por amor al Señor, y, por otro, la sencillez, u “*ojo sencillo*”, o sea, la ausencia de móviles mezclados e hipócritas. No sirve aquella manera de obedecer que se realiza a fin de sacar beneficio para uno mismo, sirviendo “*al ojo*”, para “*quedar bien*”, ya que se trata de creyentes, cuya responsabilidad primordial es “*a Cristo*”. Sin duda Pablo utiliza este título del Señor aquí porque les recuerda a Aquel que vino en forma de siervo (**Fil 2:5-8**) y sabía lo que significaba trabajar a las órdenes de otros, y sobre todo, en obediencia a su Padre. Su ejemplo, por lo tanto, ha de condicionar todo el proceder de ellos en el trabajo, porque Cristo “*de corazón (o voluntad) hacía la voluntad de Dios*”. Era la regla de la conducta de Él, por lo que había de serlo también de sus seguidores.

Otro aspecto de la exhortación se desprende del adjetivo “*terrenales*” o “*en la carne*”, como rezan algunas versiones. Pablo no quería darles ninguna excusa de escabullir su responsabilidad, so pretexto de sólo obedecer a Dios en la persona de los amos creyentes, o sea, sus hermanos. No, había un principio de autoridad en general sobre ellos; en la carne, o sea, la esfera terrenal, pertenecían a otros, y les debían fidelidad y servicio leal. Estaban sujetos a sus amos y responsables ante ellos por amor al Señor, aunque podría ser que “*en el Señor*”, en la iglesia por ejemplo, los papeles se trocaban, según los dones de cada cual. No es difícil imaginar situaciones en las que algunos esclavos serían ancianos muy respetados en sus congregaciones, a los que, quizá, sus propios amos “*en la carne*” prestarían fidelidad y obediencia en el servicio del Señor. Pero ni los esclavos ni los amos habían de sacar partido de la relación fraternal que existía, fuese para disminuir la necesidad de obedecer y trabajar firmemente, en el caso de los primeros, fuese para explotar a los esclavos o aprovecharse de ellos por ser sus hermanos, en el caso de los amos cristianos. En todo, la relación espiritual “*al Señor*” había de condicionar la terrenal, haciendo que tanto amos como esclavos se respetasen mutuamente aún más, “*en*” y “*para el Señor*”.

Todas las instrucciones se completan por los versículos 7 y 8, que añaden una dosis necesaria de “*buena voluntad*” o “*complacencia en hacer una cosa para otra persona*”. De nuevo, se subraya que es “*al Señor*”, como Dueño absoluto, y no a los hombres simplemente, porque Él ve los móviles del corazón y a Él compete dar la recompensa, que en este caso será la aplicación de la ley de la siembra y la siega que rige en todos los órdenes de la vida humana, para todo ser humano, incluidos los creyentes. Si hacen bien, recibirán otro tanto, si mal, igual, sea cual sea su condición. En el plano humano, el esclavo carecía absolutamente de derechos y la gran mayoría no recibían paga alguna, pero no es así en el servicio del Señor; todo cuanto se haga en su Nombre recibirá galardón justo y abundante.

Este último versículo nos recuerda también que Dios no hace acepción de personas, ni distingue entre el trabajo “sagrado” y el llamado “secular”. A todos recompensa según su fidelidad en las circunstancias donde les ha colocado.

Pero, ¿cómo hemos de aplicar estas enseñanzas a nuestra situación moderna? El hecho de que se refiere a una situación histórica concreta que no se da hoy en día —la esclavitud— no quiere decir, por supuesto, que la enseñanza carece de vigencia para nosotros. Pero hemos de recordar que tiene que ver con los creyentes en estas situaciones, y que sólo se dan algunos principios básicos para su orientación en el mundo pagano y cara al testimonio. Los mismos principios nos sirven a nosotros también en todo lo que atañe a las relaciones entre jefes, empresarios y empleados, pero, lo que no hemos de esperar de esta corta sección, ni tampoco de ningún otro escrito novotestamentario, son principios rectores para miembros de sindicatos y patronales en el complicado mundo laboral del siglo XXI.

## 2. Los amos (Ef 6:9)

La frase *“haced con ellos lo mismo”* demuestra a las claras que los mismos principios de conducta rigen para amos que para esclavos, porque Cristo *“es el Señor de ellos y vuestro”* quien sopesa todas sus acciones. De hecho, como hemos visto en el caso del primer miembro de cada una de las tres parejas examinadas, la responsabilidad de los amos es mayor, porque tienen a su cargo personas que han de cuidar y llevar *“por el Señor”*, que así les ha comisionado. Sus acciones y actitudes han de ser gobernadas, pues, por su fidelidad a Él, por lo que *“las amenazas”* no proceden. Delatan una falta de confianza tanto en los esclavos como en el Señor y son cosas indignas de un creyente. Se menciona específicamente seguramente porque el amenazar es una tentación siempre para los que ostentan una autoridad (y en este caso sería casi absoluta). Los esclavos no tenían derecho alguno de réplica, y un dueño sin escrúpulos se podría aprovechar de ellos sin piedad, ni temor a las consecuencias, ya que la ley le amparaba en todo. Pero el amo cristiano no podía hacer igual que el inconverso, puesto que había de dar cuenta de sus hechos a su Amo; era sólo un mayordomo de Cristo, nunca un dueño en exclusiva de sus esclavos. Además, aunque Pablo no utiliza este hecho aquí, los amos cristianos tenían el ejemplo de su Maestro a seguir (**Jn 13:13**), lo cual constituye la pauta para todo ejercicio de autoridad, de la clase que sea (**Mr 10:45**) (**Lc 22:25-27**).

## Temas para meditar y recapacitar

1. Señale los diferentes puntos de relación entre la enseñanza práctica de Pablo a los esposos en (**Ef 5:22-33**), y la ilustración de Cristo como el Esposo divino. ¿Qué podemos aprender de la Obra de Cristo para con su Iglesia? (**Ef 5:25-27**).
2. En la sección (**Ef 6:1-9**) destaque las exhortaciones sobresalientes de cada subsección, e indique cómo éstas han de aplicarse en nuestras circunstancias actuales. ¿Hay algún concepto que las une a todas?

# La armadura de Dios (Efesios 6:10-24)

---

## Consideraciones preliminares

Una vez que la amplia gama de responsabilidades prácticas que corresponden a cada creyente en el Plan de Dios ha sido desplegada ante sus lectores, el apóstol se dispone a poner término a su carta mediante una sentida exhortación, a fin de que echen mano de los recursos divinos para llevar a cabo su cometido. Es verdad que sus deberes son imponentes, pero pueden contar con el poder espiritual necesario para hacerles frente, a pesar de toda la oposición furiosa del enemigo. Tal acción resuelta, juntamente con la oración en todo y para todos, permitirá que el Señor abra puertas para la extensión de su Evangelio, no sólo entre ellos en Asia, sino en Roma y dondequiera que vayan los embajadores de la Cruz.

Ni que decir tiene que el pasaje que tenemos delante, en especial los versículos 10 al 20, es importantísimo en el conjunto de la revelación bíblica. Nos recuerda sobre todo que sólo podemos comprender la realidad de las cosas que pasan en el mundo y nuestra situación en relación con ellas, si la vemos como Dios la ve, es decir, desde el punto de vista de la verdad revelada, no dejándonos engañar por las apariencias externas, que no corresponden a la realidad espiritual que se oculta detrás. Porque allí, agazapadas al otro lado de la fachada exterior, se encuentran las potencias invisibles del mal que han declarado la guerra a Dios y a los suyos y no cejan en su empeño de destruir y desbaratar cuanto puedan para que los propósitos salvíficos de Dios y su Mesías no se cumplan. Y si el creyente se deja llevar por las apariencias, por “lo visible” (**2 Co 5:7,12**), creyendo que es ahí donde reside la realidad, no podrá hacer frente nunca al verdadero enemigo; primero, porque se equivocará de objetivo, y segundo, porque echará mano de recursos humanos que no le pueden servir para la lucha espiritual. Es preciso, pues, que conozca bien el carácter y los métodos del enemigo, amén de los recursos necesarios para vencerle, que es lo que el apóstol nos da aquí (**2 Co 10:4**). Sólo así podrá contribuir de forma eficaz a la realización del Plan divino.

En varias ocasiones en el curso de su exposición, Pablo les ha advertido en términos generales acerca de las actividades de las fuerzas del mal (**Ef 1:21**) (**Ef 2:2**) (**Ef 3:10**) (**Ef 4:27**), pero ahora delata la naturaleza encarnizada de la lucha en la que han de estar empeñados los creyentes, a fin de que se provean de las únicas armas capaces de resistir y vencer al enemigo. Antes, ha empleado la metáfora del andar, pero ahora es un estar firmes que se necesita, una resistencia férrea frente a los embates del maligno y sus huestes.

Alguien ha dicho que la batalla de la fe no consiste en conquistar una posición defendida por el enemigo, sino defender una plaza que ya le fue arrebatada por nuestro gran Capitán en la magna batalla del Calvario, donde venció al “*hombre fuerte armado*” y le despojó de sus bienes (**Lc 11:21-22**) (**Col 2:15**). Sin embargo, la lucha espiritual participa tanto del primer aspecto como del segundo: es una defensa de algo que potencialmente ya pertenece a Cristo, pero también es una ofensiva general en la que los soldados de la Cruz invaden el territorio usurpado por el adversario y en Nombre de su Señor arrebatan las almas que aquél ha apresado (**Mt 16:18**).

Los dos aspectos se ven también en la naturaleza de las armas de que dispone el creyente. La armadura completa es para defenderse, pero la espada del Espíritu sirve también para atacar al enemigo. Así que el énfasis sobre “*estar firmes*”, como veremos

más abajo, no implica pasividad, sino resistencia y firmeza en proseguir con el ataque que Cristo dirige contra las huestes malignas. Como muy bien ha escrito W. Hendriksen, el cuadro total que tenemos delante no es el de la defensa de una fortaleza que espera pasivamente el ataque enemigo, sino el de una formación de infantería bien pertrechada y organizada, que avanza en campo abierto para chocar con el ejército opuesto que viene en su contra. La lucha es un tremendo “encontronazo”, pues, entre dos fuerzas que disputan el mismo territorio: la humanidad creada por Dios que ha caído en las garras de Satanás y sus secuaces, pero que puede ser rescatada para Dios por Cristo y los suyos, ya que a él pertenece por derecho propio, no sólo porque la creó, sino porque ha provisto para su redención.

El pasaje se divide de forma muy natural en tres partes: a) los versículos 10-13, en los que el apóstol exhorta a sus lectores a ponerse la armadura provista en vista del carácter y los métodos del enemigo; b) los versículos 14-17, donde se describen las armas en detalle; y c) los versículos 18-20, en los que habla del alcance y de los objetivos de la oración, mediante la cual el soldado cristiano se mantiene en contacto vital con el poder y la guía que emanan de su Capitán para poder pelear con éxito. Claro está, a la vez, cada una de estas secciones se subdivide en otros apartados, los cuales consideraremos más abajo.

Pero queda otra cosa por dilucidar: el significado de la palabra traducida “*Por lo demás...*” (RVR60), o “*Finalmente...*”, “*Para concluir...*” (B.L.A.), “*En adelante...*” (V.H.A.), con que Pablo encabeza el pasaje. En vista de la variedad de interpretaciones, muchos expositores se han preguntado: ¿A qué corresponde aquí esta palabra? ¿Quiere decir sencillamente Pablo que ya ha dicho lo más importante y que se dispone a poner fin a su escrito? ¿O que hay una última cosa —entre tantas otras que ha escrito— que desea recordarles, o que había olvidado antes? Creemos que la sugerencia del Dr. Martyn Lloyd Jones es la más acertada: que la frase recoge todo lo que se ha dicho, tanto acerca de los inmensos recursos espirituales disponibles a los creyentes por medio de su posición en Cristo, como de las responsabilidades prácticas contraídas. El apóstol les insta a hacerlo todo una realidad en su vida y servicio, pese a la fuerza de la oposición que tienen en contra, quedando mejor plasmada la fuerza de la frase, pues, cuando se traduce “*Por lo tanto, de ahora en adelante...*”, o algo así. De esta manera se subrayan los dos aspectos de la magnitud de la bendición que el creyente tiene para su pleno disfrute, y la correspondiente gracia que comporta para acometer urgente y decididamente la tarea encomendada en un ambiente de suma hostilidad.

## El poder para la realización del Plan (Ef 6:10-11,13)

### I. La potencia interior

El tema del poder divino ha surgido una y otra vez en el curso de la exposición. En (Ef 1:9) el apóstol reveló la fuente de este poder: la Resurrección de Cristo; en (Ef 3:7), se refirió a su cauce o medio, la gracia divina, mientras que en el (Ef 3:14) contemplamos su base de operaciones en la tierra (el corazón humano o personalidad redimida). Los textos (Ef 3:17,19) nos hicieron ver el resultado de este poder divino: la morada de Cristo en el corazón por su Espíritu, que lo fortalece y transforma llevándole a disfrutar de la plenitud de Dios en la medida de su entrega a él. Aquí, se enfatiza más bien la finalidad del poder de Dios en relación con la estancia del creyente en la tierra, o sea, la proclamación del Plan de la redención a todos los hombres, como también su modo de apropiarse, que es la fe o confianza en el Dios que ha puesto tales recursos a su disposición. “*Fortalecerse en el Señor*”, “*vestirse de toda la armadura de Dios*”, pues, son exhortaciones a apropiarse

por la fe los recursos abundantes de poder espiritual que Dios provee para sus hijos en Cristo. Encontramos exhortaciones similares en **(1 Co 16:13) (2 Ti 2:1) (Ef 3:16)**.

Pero, ¿qué es exactamente poder espiritual? Básicamente, el concepto abarca el derecho o autoridad de hacer cierta cosa en nombre de un superior, juntamente con la facultad o capacidad de llevarlo a la práctica. Es decir, derecho (teoría) y facultad (práctica) se funden, actuando el subordinado en el lugar del superior, como si éste mismo lo llevase a cabo. La policía de un estado tiene tanto la autoridad de su gobierno para velar por el cumplimiento de las leyes del orden público, como la facultad necesaria y complementaria para apresar a los que delinquen, llevarles a la cárcel y entregarles al poder judicial, etc. Y el poder que el Señor confiere a los suyos participa de ambos aspectos, a fin de que puedan derrotar al enemigo y cumplir los propósitos divinos de *“reunir todas las cosas en Cristo”* **(Ef 1:10)**. Nótese también cómo, de forma parecida a **(Ef 1:19)**, Pablo echa mano de distintas palabras que subrayan la grandeza y la fuerza de los recursos que manan del Resucitado.

Ahora bien, aunque el poder ya está a disposición del creyente, se requiere todo un proceso para su apropiación práctica, lo que queda reflejado por el modo pasivo del verbo empleado por Pablo: *“Dejaos llenar (o, “dejar que se os llene”) de poder”*. Como en el caso de las distintas piezas de la panoplia que se describe a continuación, todo está *“en el Señor”*, o, dicho de otra manera, ÉL mismo es el poder y la armadura con los que Dios fortalece a los suyos **(Ro 13:14)**. Nuestra posición en Él nos reviste y nos llena, potencialmente, de todo lo que Él es; como dice el apóstol en Colosenses, la epístola “gemela” de ésta, *“somos completos”* en Cristo, llenos de su plenitud, y esto de forma práctica **(Col 2:9-10) (Col 4:13)**. No hay nada que nos puede condenar ni vencer ni separar de la presencia divina porque en Él *“somos más que vencedores”* **(Ro 8:28-39)**, pero hace falta que el creyente actúe por la fe para llevar esto a la práctica aquí y ahora **(Hch 9:22) (Ro 4:20) (2 Ti 2:1)**.

## 2. La armadura completa

Volveremos sobre esto más abajo al considerar cada pieza por separado; basta notar aquí que el imperativo del original, *“Vestíos...”*, indica una actitud resuelta de tomar y colocarse la protección provista. Casi podemos imaginar la escena que contemplaba Pablo diariamente, al aproximarse la hora de relevo del guardia que le custodiaba. El de turno probablemente se había quitado parte de su armadura para estar más cómodo durante las largas horas de su vigilia (cuatro por lo menos, o quizá seis), pero ahora vuelve a colocarse las piezas de nuevo: primero, el cinturón, luego la coraza, las botas o sandalias —según el regimiento que fuese—, la espada en su vaina, el casco y por fin el escudo, para así estar listo para la inspección reglamentaria y la vuelta al cuartel. No estaría en condiciones para marcharse —ni mucho menos para hacer frente a un enemigo— hasta vestirse de toda la armadura.

Por supuesto, no queremos dar a entender que creemos que toda la complicada metáfora le vino al apóstol sólo por esta experiencia en la cárcel. Tanto antes como después de escribir Efesios usó metáforas militares con frecuencia **(1 Ts 5:8) (Ro 16:7) (2 Co 10:4) (Fil 2:25) (Col 4:10) (Flm 1:2,23) (1 Ti 6:12) (2 Ti 2:3) (2 Ti 4:7)**, que seguramente le habrían sido sugeridas por las muchas figuras parecidas en el Antiguo Testamento. Con todo, es probable que esta larga estancia en prisiones le deparaba más oportunidades para profundizar en las preciosas lecciones espirituales que estas escenas le sugerían y poder traspasar a los lectores el resultado de sus meditaciones, que tan a mano venían para rematar todo lo que el Señor le había dado para ellos.

## El enemigo (Ef 6:11-13,16)

Su naturaleza y meta, principal. Aunque Pablo había mencionado antes brevemente al enemigo y sus actividades, es ahora cuando describe su obra y sus secuaces con algo más de detalle. Las palabras *“principados, potestades, gobernadores”* nos recuerdan distintas facetas de aquellas jerarquías angelicales, tanto las satánicas como las que sirven a Dios, del libro de Daniel (**Dn 9:21**) (**Dn 10:13,20-21**) (**Dn 11:1**) (**Dn 12:1**), dando a entender la existencia de toda una organización de maldad con sus variados rangos y esferas de dominio espiritual. La primera palabra sugiere sus esferas o “territorios”; la segunda, su autoridad y poder, delegados del *“príncipe de este mundo”*; la tercera, su compenetración y colaboración para dominar a cuanto puedan en nombre de su tenebroso jefe, oponiéndose resueltamente al avance del reino de Dios.

La descripción de su caudillo como *“el diablo”* y *“el maligno”* recuerda que su propósito principal es destruir la obra de Dios dónde y cómo pueda; lleno de odio y de maldad, se opone por sistema a cuanto Dios es y hace, procurando estropearlo todo. Dondequiera que hay pecado, con su triste secuela de violencia, crueldad, injusticia, vicio, corrupción y, muerte, se advierten las huellas de sus garras sucias, que abren llagas e inyectan “infección” en la carne de la humanidad doliente.

Su esfera. Notamos que es *“de las tinieblas”* y *“en lugares celestiales”*. El que sea tenebrosa se refiere a su falta de luz moral, de verdad; no sólo está edificada sobre la mentira, engañando y desorientando a los hombres, sino a la vez experimenta de lleno su propia trampa. Cristo dijo acerca de Satanás que no había verdad en él (**Jn 8:44**): calificativo estremecedor que nos revela la siniestra realidad del *“dios de este siglo”* (**2 Co 4:4**). Al parecer, Satanás quiso ser como Dios y crear por su cuenta, en independencia del que le creó, pero su única “obra” ha sido lo opuesto a cuanto hizo y es el Creador, es decir, la mentira, o “antocreación”, de la que es “padre”, como indicó Cristo. Así lo único que puede hacer es negativo; confundir, destruir, pero nunca desarrollar positivamente a nada ni a nadie, porque esto sería rendirse a Dios y colaborar voluntariamente con Él.

De la mentira ha conseguido levantar todo un imponente edificio de ficción, que las Escrituras denominan *“este presente siglo malo”*, o *“el mundo”* (en sentido peyorativo), el cual, por ser suyo, por haber acatado sus directrices, *“yace en el maligno”* (**1 Jn 5:19**). Esta esfera maligna que sigue a su “creador” se opone rotundamente por lo tanto a las normas santas del reino de Dios, hallándose en lucha continua con él. Es de este siglo y esfera malos que el creyente ha sido liberado por el poder de Cristo desplegado en la Cruz y la Resurrección, pero todavía es propenso a dejarse engañar de nuevo. De ahí la importancia de las advertencias apostólicas.

En cuanto a la frase *“en lugares celestiales”*, ya la comentamos en (**Ef 1:3**). Pero hemos de recordar que su significado varía algo según el contexto. Aquí se refiere a la esfera supraterránea, *“el aire”* (**Ef 2:2**), donde operan las huestes malignas, pero no al cielo de Dios, aunque evidentemente el diablo tiene acceso a él también (**Job 1-2**). Compárense de nuevo las referencias dadas, con (**Ef 1:20**) (**Ef 2:6**) (**Ef 3:10**).

Sus métodos y oportunismo. Satanás es, pues, un espíritu poderoso que procura dominar y manejar a cuanto y cuantos le rodean, tanto las huestes tenebrosas que le siguen abyectamente, como los seres de carne y sangre que caen en su poder. Su arma principal, como hemos visto, es la mentira; su método predilecto, engañar. Frente a Dios, procura acusar a los siervos suyos, sugiriendo que no le aman o que sus móviles son indignos —como hizo en el caso de Job (**Ap 12:9-10**)—, mientras que frente a los hombres, ingenia su caída en el pecado mediante *“asechanzas”*, *“lazos”* (o enredos), *“artimañas”*, etc. (**Ef 4:14**) (**2 Ti 2:26**). Quiere por encima de todo hacer prevalecer su

voluntad sobre la de Dios, creyendo que así demuestra que es más poderoso que el Altísimo, pero al hacerlo cae en su propia trampa y se engaña a sí mismo, por lo que *“anda en tinieblas”* como todas sus presas.

A veces el diablo mezcla el error con la verdad para despistar o hacer dudar o desconfiar a los hombres (**Gn 3:4,5,27**); en otras ocasiones cita mal o parcialmente las Escrituras, sacándolas de su contexto para lograr sus propios fines (**Mt 4:6**), o “da gato por liebre”, vistiéndose de *“ángel de luz”* (**2 Co 11:14**). O, como hizo con el Señor en la Tentación, sugiere sutilmente que el objetivo final deseado puede realizarse por medios incorrectos. Mas abajo, consideraremos otro método suyo.

Su oportunismo se nota brevemente en las dos frases *“el día malo”* y *“los dardos de fuego”* (**Ef 6:13,16**). La primera no es igual a la de (**Ef 5:16**) (*“los días son malos”*), aunque relacionada con ella; ésta enfatiza que cada día, como dijo el Señor en el Sermón del Monte (**Mt 6:34**), trae su propia carga de adversidad y afán, por lo que se impone una vigilancia constante para redimir el tiempo, mientras que en (**Ef 6:13**) la idea principal es que algunos días —o períodos de tiempo (no hace falta pensar necesariamente sólo en días de veinticuatro horas)— son peores que otros, prestándose por lo tanto a tentaciones más fáciles por parte del enemigo. Es posible que Pablo tomó la frase de los Salmos (**Sal 41:2**) (**Sal 49:5**), cuyo contexto indica claramente momentos especiales de presión o prueba que el diablo aprovecha para tentar a los hijos de Dios, pero de los que el Señor puede librar a cuantos confíen en Él (**1 Co 10:13**).

Los *“dardos de fuego”* (**Ef 6:16**) no son empleados por el maligno sólo en el *“día malo”*, siendo una de sus tácticas preferidas en todo tiempo, pero son ataques muy apropiados para tales momentos difíciles. Satanás, *“cual león rugiente, anda alrededor, buscando a quien devore”* (**1 P 5:7**), y por medio de este constante acecho suyo, llega a conocer muy bien nuestros puntos flacos y momentos de debilidad, lanzando estos *“ataques sorpresa”* para intentar hacer tambalear la fe del creyente y desviarle de la senda de la voluntad divina.

La figura es muy gráfica; Pablo se refiere a una de las armas tácticas de los ejércitos de la antigüedad que mejor podía sembrar pánico en las filas enemigas. Los romanos, con su habitual destreza militar, habían logrado resolver este problema en gran parte mediante la provisión para sus infantes de unos escudos grandes cubiertos de piel gruesa que eran impermeables al fuego, anulando con ello en buena parte la eficacia de estas flechas incendiarias, y ésta es la lección espiritual principal que Pablo quiere que saquen sus lectores.

¿A qué se refiere exactamente, pues, *“los dardos de fuego”*? Por la misma naturaleza de la figura, comprendemos que se trata de ataques por sorpresa, muy dañinos, que pueden penetrar las defensas del creyente en momentos de descuido, de duda, temor o desaliento, causados igualmente en momentos de crisis o presión, o aun de euforia espiritual por alguna victoria o bendición grande que acaba de pasar. Tanto el orgullo, como la depresión, constituyen ocasiones muy oportunas para lanzar un dardo maligno, y Satanás gana unas victorias *“relámpago”* de este modo (**1 R 19:1-18**) (**Mt 26:33-35,56-58,69**). De repente aparece en nuestro horizonte mental un pensamiento blasfemo o sucio, o una ráfaga de odio o envidia, que distrae la atención e introduce un elemento perturbador que nos quita el sosiego y la paz interior. Si logra su objetivo, el *“dardo”* puede prender fuego en nuestra naturaleza caída y llegar a amenazar y hasta destruir la fortaleza espiritual, haciéndonos dudar de Dios y caer en la derrota.

## La armadura espiritual (Ef 6:14-17)

Hicimos referencia antes a esa escena cotidiana que presenciaba el apóstol, el relevo del guardia que le custodiaba, que seguramente prestó sustancia y fuerza a las figuras veterotestamentarias que emplea en su exhortación (**Is 52:7**) (**Is 59:17**) (**Sal 18:30-36**) (**1 Ts 5:8**). Un guardia medio armado, sin yelmo, o espada, o cuyas sandalias no estaban bien abrochadas, era un soldado desprevenido, susceptible de ser sorprendido y vencido en cualquier ataque inesperado; de ahí la necesidad de ponerse toda la armadura, a fin de poder rechazar cualquier intento subversivo por parte del enemigo.

Notamos antes que la actitud del soldado de Cristo es tanto defensiva como ofensiva en cuanto al enemigo se refiere, pero en estos versículos el énfasis recae sobre el aspecto defensivo, que se reitera en los versículos 13 y 14 por las exhortaciones a “resistir” y “estar firmes”. En el versículo 11 el poder para estar firmes se relacionaba con el discernimiento de los métodos engañosos del adversario (“asechanzas”); aquí es más bien la consciencia y la vigilancia que se necesitan en el día malo, es decir, el tener en cuenta que no se puede esperar ayuda del medio ambiente que nos rodea, que más bien va en contra del Evangelio. La misma idea de vigilancia que se vio en (**Ef 5:16**) se asoma aquí, pues, pero como ya comentamos, en ciertos momentos ese ambiente se nos puede volver especialmente hostil (“el día malo”). Pero aun en tales situaciones de crisis — implica Pablo— el tomar toda la armadura divina dará fuerza más que suficiente para resistir y derrotar al enemigo.

Se sobreentiende igualmente la necesidad de un esfuerzo continuo y paciente para “acabar todo”, cumplir lo encomendado, hasta el fin, sin moverse de la firmeza. Años más tarde el mismo apóstol pudo decir: “*He peleado la buena batalla (lucha), he acabado la carrera, he guardado la fe*”, hermoso comentario práctico del pasaje que estamos estudiando, de uno que no sólo predicaba, sino “daba trigo”. Pablo seguía fielmente en pos de quien había dicho “*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra*” (**Jn 4:34**).

La lista que sigue de las distintas piezas de la panoplia, bien que una figura gráfica extendida, es importante no sólo por lo que cada una nos enseña por separado, sino por el orden mismo, que parece ser más o menos el de la colocación física de cada una de ellas. No sólo eso, sino como ha observado Ray Stedman en su libro “La Guerra Espiritual”, se hace una clara distinción entre ciertas piezas fundamentales —la túnica, la coraza y el calzado— que constituyen el uniforme básico del soldado romano, y las demás armas, mediante un contraste en la forma gramatical de los verbos empleados: “... *habiendo ceñido..., habiendo vestido..., habiendo calzado...*”, de las primeras, y el imperativo “*tomad*” —repetido tres veces— que gobierna las restantes. La diferencia no carece de significado: el estar firmes encierra en primer lugar el tomar en cuenta desde el principio nuestra posición en Cristo y el propósito primordial para el que nos salvó. Si este enfoque o perspectiva verdadero está bien claro en la mente del cristiano, y se afianza en ello, aceptado y amado por el Padre tal como es, entonces podrá hacer frente con éxito a los ataques diabólicos con el uso de las demás armas. Pero vayamos por partes, examinando cada pieza por separado.

### I. La túnica y el cinturón que la sujeta

Esta era una especie de camisón largo que llegaba a medio muslo, formando, cuando estaba sujeta con el cinturón de cuero, algo como una pequeña falda parecida al “kilt” escocés. Era la pieza fundamental del conjunto; las demás se colocaban después y encima de ella. El estar ceñido indica una actitud de disposición pronta a marchar o servir

de alguna forma pública, recordándonos al pueblo de Israel en la noche de la primera Pascua cuando habían de comer el cordero listos para partir en seguida.

La túnica en sí, que se ponía sobre la ropa interior, constituía el uniforme básico del soldado; era, un recuerdo constante de que pertenecía a las filas del Imperio y estaba bajo las órdenes de sus superiores. Y esta realidad primordial —que es el significado de la palabra “*verdad*” aquí— no había de perderse de vista nunca; había de presidir su comportamiento siempre que lo llevaba, estuviera de servicio o de permiso, en el cuartel o en la calle. No puede haber lucha espiritual eficaz tampoco, si se olvida que se es soldado.

Por eso, en los difíciles momentos que atravesaba su colega Timoteo años más tarde, el apóstol le recordó lo que era y que esa realidad había de informar todo lo que hacía, disponiéndole a sufrir lo que fuese por amor a Aquel que le había tomado a sus órdenes **(2 Ti 2:3-4)**.

Hay otra faceta de este hecho también, que no hemos de perder de vista. Por ser la pieza fundamental y la más grande, constantemente a la vista de los demás, había de corresponder en su limpieza y buen estado a la dignidad de un militar del Emperador. Sería vergonzoso que hubiese manchas de suciedad, arrugas, algún agujero no remendado, o cosa por el estilo; denotaría no sólo la negligencia y falta de disciplina de quien los permitiese, sino un desprecio al ejército. Es así igualmente en la vertiente espiritual, cuando la falta de limpieza y negligencia espirituales empañan la conducta cristiana. Recordemos la importancia que Pablo dio a “*andar según la verdad...* (que es *Jesús...*” en el capítulo 4. Sin eso, por mucho que hagamos relucir el yelmo o la espada, haciendo alarde de una salvación personal o de un conocimiento grande de las Escrituras, la gente verá los agujeros y la suciedad de nuestra “túnica espiritual” y no creerán en nuestra integridad o autenticidad como soldados consecuentes de Cristo.

En último término, Cristo mismo es la verdad que ha de reflejar el comportamiento fundamental del creyente; el vivir y crecer según su carácter, que es el fruto del Espíritu, es lo que cuenta para Dios ante todo. ¿Cómo están nuestras “túnicas”, hermanos? ¿Están bien sujetas con el cinturón de la verdad del que depende el uso de la espada? Seamos creyentes bíblicos, seguros de nuestra salvación, eso sí, pero cuidémonos de que lo fundamental, la vivencia cotidiana y constante de la verdad, sostenga a lo demás y no nos desautorice si se aprecia un claro desfase entre la doctrina que profesamos y la práctica consecuente. Hendriksen apunta que la “*verdad*” aquí subraya muy especialmente la sinceridad en el habla, o sea, que no se trata de algo abstracto o filosófico, sino de las cosas que pronunciamos con la boca, lo cual confirma lo que acabamos de afirmar.

## 2. La coraza de justicia

Notemos también que la coraza o corselete era otra parte importante del uniforme del soldado romano. Se colocaba encima de la túnica, haciéndose una sola pieza con ella mediante unas cintas de lona o cuero colocadas por arriba sobre los hombros, unida a otra pieza análoga de cuero o metal por la espalda, y luego por debajo, al cinturón. Protegía los órganos vitales de pulmones y corazón, por lo menos contra golpes que vinieran de frente o por encima del escudo.

Vimos antes la relación de la justicia con la verdad en el carácter cristiano **(Ef 5:9) (Ef 6:14)**, por lo que sólo nos falta concretar el significado aquí: lo imprescindible que es una rectitud de carácter en el creyente, cuya vida ha de agradar a Dios y a sus semejantes, en cuanto a la rectitud moral se refiere. El concepto es más que la simple justificación —por maravillosa y trascendente que ésta sea—, como aseveran algunos expositores; tiene que ver más bien con el concepto veterotestamentario de “*la vida justa que agrada a Dios*” del

hombre de fe (**Hab 2:2**), porque se asemejaba al carácter divino. Es, si se quiere, la consecuencia lógica, en obediencia y fe, a esa justificación que Dios ofrece en Cristo y que es hecha realidad viva por el Espíritu. El hecho de nuestra aceptación por Dios, en Cristo, lejos de inducirnos a la pereza o al descuido espiritual, debiera estimularnos a una mayor toma de conciencia y actuación consecuentes, frente a lo que Dios ha hecho en Cristo. Somos justificados por su gracia; seamos justos delante de Él y de los hombres. en toda la extensión de la palabra (**2 Co 5:21-6:1**).

### 3. El calzado del apresto del Evangelio de la paz

Parece ser que la forma gramatical del original subraya la prontitud para llevar el mensaje de vida a los demás: esa disposición de dar testimonio de la propia fe según las oportunidades que se presenten. Nos recuerda que amén de soldado que guerrea, el cristiano es heraldo que corre, debiendo estar siempre dispuesto a “*dar razón de la esperanza que hay en él*” (**1 P 3:15**) a cuantos quieran saberlo. Pero también las sandalias —más bien botas o alpargatas gruesas— del soldado daban firmeza a sus pies, capacitándole para pasar por diversos terrenos sin lastimarse y quedar inutilizado para su cometido. Se atribuyeron el éxito de algunas batallas tanto de Alejandro Magno como de Julio César, al cuidado exquisito que pusieron en asegurar que su infantería estuviese bien calzada; en terreno rocoso, resbaladizo o mojado semejante detalle podía hacer toda la diferencia entre un triunfo y una derrota. Y la exhortación a “*estar firmes*” cobra relieve en este contexto. Sin un buen calzado para apoyo y protección, el enemigo podría hacernos caer fácilmente.

Estas tres piezas básicas, pues, forman parte obligada del atuendo del guerrero cristiano; ha de contar con ellas por la fe —porque ya las tiene puestas en Cristo—, y actuar en consecuencia. Las que siguen no son menos importantes, pero dependen en primer término de las anteriores.

### 4. El escudo de la fe

La palabra griega “*zureos*” se refiere al escudo grande rectangular que utilizaba la infantería regular romana. Compuesto de una armazón de hierro y madera combada, recubierta toda con piel gruesa, podía esquivar o resistir tanto los golpes más fuertes de los contrincantes de cerca como los dardos incendiarios que se lanzaban desde lejos. La “*fe*” aquí parece que se refiere más bien a esa confianza subjetiva que tenía puesta el soldado en su general, que le llevaba a obedecer todas las órdenes sin chistar y así desarrollar su parte en la batalla, por muy arriesgada que fuese. Confiaba en la pericia de sus superiores para vencer al enemigo, y esta confianza le “*cubría*” contra todo lo que éste pudiera arrojarle en el curso de la refriega.

La lección espiritual salta a la vista. La Iglesia —el ejército de Dios— tiene un Capitán general que ya ha vencido al enemigo, Uno que es todopoderoso y todo sabio, que le garantiza la victoria siempre y cuando obedezca y confíe, cubriéndose con aquella “*pieza*” que le hace invencible en todo trance. Dijo el apóstol Juan: “*Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe*”, y definió a continuación lo que quería decir: “*El que vence al mundo (es) el que cree que Jesús es el Hijo de Dios*” (**1 Jn 5:4-5**). Pero la fe en sí no tiene ningún mérito; es el Dios en quien se confía que constituye la verdadera protección del soldado cristiano, como ya hemos observado acerca de todas las piezas de la panoplia divina. Fue Jehová quien aseguró a Abraham: “*Yo soy tu escudo...*” (**Gn 15:1**), en momentos cuando el patriarca sentía de manera especial su vulnerabilidad en medio de un mundo hostil (véase el contexto). Como dijera el salmista de su Dios (probablemente David en este caso), hablando precisamente de la lucha espiritual, “*Escudo mío, en quien he confiado*” (**Sal 144:2**). La eficacia de la fe, pues, se ha de medir por la fidelidad y poder

de Aquel en quien se deposita. Es por eso que el Señor exhortó a sus discípulos *“Tened (en cuenta) la fidelidad de Dios”*, porque entonces *“nada os será imposible”*.

El hecho de que el Señor hablara en plural, dirigiéndose a los discípulos, nos recuerda otro aspecto de esta verdad. El *“zureos”* romano llevaba unos ganchos y anillos laterales que le permitían unirlo con los de sus compañeros de cada lado, cuando así convenía al desarrollo de la batalla, haciendo de este modo una pared de hierro tan fuerte que había pocos que la podían penetrar o resistir. Se dice que era temible cuando las filas de infantería romana así pertrechadas y enlazadas unas a otras avanzaban contra el enemigo en campo llano, porque literalmente barrían al enemigo.

Este pensamiento subraya la importancia de la comunión cristiana, en la que la fe de cada uno puede apoyar y hacer más fuerte la del hermano. Si un solo soldado bien armado, fuerte y confiado ya inspiraba respeto, ¡cuánto más no lo haría toda una fila de ellos con sus escudos enlazados! Si la historia secular atestigua lo temible que resultó ser esta táctica de las legiones romanas, queda confirmada en lo espiritual a lo largo de la historia de la Iglesia.

## 5. El yelmo de la salvación

La palabra traducida *“tomad”* en la RVI160 en realidad es *“recibid”*, subrayando el carácter de don de gracia que es la salvación del creyente. La pieza, una de las últimas en ponerse y que precisaba a menudo la ayuda de otro soldado para colocarse bien, protegía la cabeza de un golpe mortal, dando, por lo tanto, una gran seguridad al que salía a luchar, ya que hacerlo con la cabeza descubierta era exponerse a una muerte segura.

La que Dios nos ha dado en Cristo es *“una salvación completa”*, como reza un himno conocido, porque cubre no sólo contra la sentencia o pena que merece el pecado, sino contra el poder de éste en la vida del cristiano, como asimismo en el futuro, de su presencia en el corazón. Cubierto con tal protección, el soldado de la Cruz no necesita temer al enemigo; aun cuando le arrebatase su espada y su escudo temporalmente, perdiese su calzado, cayese en pedazos su coraza y fuese hecha jirones su túnica, no se le puede quitar su yelmo, que es don de Dios. Por extensión, la idea de salvación se aplica no sólo a la salvación personal del individuo del pecado y de la muerte, sino su seguridad, o su liberación en cualquier eventualidad, siempre que el Señor no permita otra cosa. Otro himno nos recuerda, siguiendo los conceptos del Salmo 91, *“Plagas y la muerte en mi derredor, Ordenó mi suerte Quien es Dios de amor. Ni una sola flecha me podrá dañar, Si Él no lo permite, no me alcanzará”*. El concepto del yelmo de la salvación sale del Antiguo Testamento (**Is 59:17**), utilizándolo Pablo por primera vez en (**1 Ts 5:8**).

## 6. La espada del Espíritu... la Palabra de Dios

Esta es la única pieza que realmente sirve igualmente para atacar como para defenderse, pero el hecho de que Pablo emplea la palabra *“majaira”*, que significa la espada corta — casi un machete o daga alargada— que portaba el infante romano, no la larga que solían llevar los oficiales, los jinetes de la caballería (¡y los verdugos!), nos inclina a creer que sigue pensando más bien en términos defensivos. De haber pensado en una pieza ofensiva, quizá habría añadido una lanza, que también llevaban ciertos cuerpos de infantería ligera. Entonces, ¿qué significado puede tener la palabra elegida por el apóstol, en este contexto?

En primer lugar, notemos que es la espada del Espíritu (**2 Ti 3:16**) (**He 3:7**) (**2 P 1:21**). Él es quien no sólo la da, sino que la sabe manejar como nadie porque es su Autor, por lo que puede guiar al creyente a emplearla bien. La responsabilidad del soldado —para seguir la analogía apostólica un poco más— es mantenerla bruñida y afilada y adiestrarse en su manejo, pero es el Espíritu de su Jefe quien le guiará dónde y cómo dar los golpes

necesarios. Esto nos recuerda la escena de la Tentación, cuando Jesús derrotó a Satanás empleando muy certeramente esta espada. Fue el diablo quien le atacó tres veces, pero nada pudo contra Aquel que había llenado su corazón y su memoria de *“toda palabra que sale de la boca de Dios”*, oponiendo Escritura tras Escritura a la “exégesis” mal enfocada del adversario.

En segundo lugar, hemos de notar que se especifica aquí que es *“la palabra de Dios”*; la que ha de ser la total razón de ser del soldado. Las órdenes de su Capitán han de ser la ley de su vida, por ellas *“vive”* (Mt 4:4). Es su *“comida y bebida”* espirituales (Jn 4:34). Un soldado desobediente, en cambio, es un contrasentido, y, por ende, su lucha no puede ser eficaz. Pero aquel que es consecuente con la *“espada”* que lleva, porque la conoce profundamente, es diestro en su manejo y la aplica en primer lugar a su propia vida, siempre saldrá victorioso en cualquier batalla, como su Señor.

Por último, nótese que la palabra griega empleada aquí (*“rema”*) indica más bien una palabra, no *“la Palabra”* en general o en su totalidad, de lo que deducimos que el apóstol estaba pensando en la palabra para la ocasión que se presentase, tal como hemos visto en el caso de la Tentación de Jesús. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento hablan de la espada de la Palabra de Dios que sale de la boca del Mesías (Os 6:5) (Is 11:4) (Ap 1:16) (Ap 19:13,15), que puede ser para juicio sobre los malos, o de justicia y sanidad, para los justos. En su ministerio Jesús demostró así el poder de su palabra en cada situación, de manera maravillosa, que causaba admiración en algunos, y consternación en otros. Es esta palabra también que Pablo desea recibir para cumplir su ministerio de predicación y enseñanza (Ef 6:20), y cada creyente puede contar con la misma ayuda de parte del Espíritu de Dios.

En realidad, la oración es otra arma más de que dispone el soldado cristiano —y una de las más trascendentes—, pero como sale un poco de la figura extendida que ha empleado Pablo, la vamos a considerar aparte.

## La oración (Ef 6:18-19)

El tiempo del verbo empleado, traducido por el gerundio *“orando”* (*“proseujomenoi”*) indica una actividad constante que ha de condicionar todas las acciones de *“fortalecerse”*, *“vestirse”*, *“estar firmes”*, *“tomar”*, etc., que hemos comentado. De esta manera tan gráfica el apóstol quiere señalar la importancia de la oración en cada fase de la lucha: antes, al colocarse la armadura, y mientras dure el conflicto. No dice nada específicamente de la actitud del creyente después, pero su énfasis sobre las acciones de gracias y la alabanza en otros pasajes sugiere qué tipo de oración corresponde en esos momentos.

Se subraya además la gran importancia que tiene la oración por el alcance y la amplitud manifestados mediante la reiteración de la palabra *“todo”*. No sólo abarca las ocasiones *“en todo tiempo”*, sino a *“todos los santos”* —un eco de (Ef 3:18)—, siendo no sólo súplica (deseo ferviente manifestado a un superior), sino petición, que se refiere a un ruego específico. Esta idea la usa dos veces, tanto en el singular como en la forma plural.

Sobre todo, de acuerdo con la voluntad divina expresada en la Palabra, ha de ser *“en el Espíritu”*. Algunos prefieren ver aquí una referencia al espíritu humano, y es posible tomarlo así, pero en vista de la insistencia sobre la operación del Espíritu Santo que se echa de ver en toda la epístola, preferimos interpretar la palabra como una referencia al Espíritu de Dios. En y por medio de Él nuestras oraciones alcanzan una eficacia y un poder que son imprescindibles para el creyente en su lucha contra los principados y potestades satánicos; sin Él, no son más que palabras y deseos humanos, por muy bien expresados que sean, que no pueden por sí solas darnos la victoria (Ro 8:26-27).

Notemos también la disciplina que requiere la oración; se ha de *“perseverar... velando”* (de nuevo el gerundio, indicando acción continuada), exhortación que hace eco de las que el Señor dirigió repetidas veces a sus apóstoles (**Mt 24:25**) (**Mt 25:13**) (**Mt 26:38,41**) (**1 P 5:9**) (**1 Ts 5:17**) (**Fil 4:6**) (**Col 4:2**) (**Lc 18:1**) (**Ro 12:12**). La vigilancia requerida se refiere primordialmente a la espera en fe para las contestaciones a las peticiones formuladas, pero por extensión abarca aquella actitud de disposición pronta, en todas las situaciones, ya apuntada en la frase *“ceñidos los lomos”* del v. 14.

## Pablo, embajador en cadenas (Ef 6:19-20)

Al incluirse a sí mismo como sujeto de la oración intercesora de sus lectores, Pablo demuestra una vez más su constante deseo de una comunión estrecha en la empresa del Evangelio, aun con aquellos que, como hemos notado en la Introducción, probablemente sólo le conocían indirectamente, de nombre. Pide dos cosas aquí: denuedo para cada ocasión que se presente, a fin de que se hable sin miedo ni vacilación (**Hch 4:29**), y la palabra apropiada para esa situación. *“La palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!”*, reza el proverbio hebreo (**Pr 15:23**), y Pablo anhelaba que cada mensaje procediese de Dios mismo, de quien él era sólo el portavoz.

Su autoridad. Siendo un embajador que representaba al Rey de reyes, ostentaba una gran autoridad: la que da el llamamiento del Señor que había recibido, como apóstol de los gentiles, y la que manaba de la Palabra que había recibido y que manejaba en el poder del Espíritu. Como vimos antes (**Ef 6:10-11**), la autoridad se compone de derecho conferido y facultad (poder), y Pablo manifestaba ambas facetas continuamente. Pero su autoridad se manifiesta aún más, en su identificación con la manera de ser y actuar de su Señor, su semejanza al Maestro. Es embajador en cadenas que lleva la cruz en pos del Crucificado; aquéllas son su blasón e insignia de su rango. Se gloria en ser *“un esclavo de Jesucristo”*, como éste lo fue del Padre.

Estas palabras nos recuerdan que la única autoridad espiritual que pueden ostentar los siervos de Dios es, realmente; esta identificación con el espíritu de su Maestro. Como él mismo dijo en la víspera de su Pasión, para corregir el orgullo y la ambición de los discípulos: *“Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellos tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entré vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve..., yo estoy entre vosotros como el que sirve”* (**Lc 22:25-27**).

Su mensaje. La frase *“abrir la boca”* siempre se empleaba entre los judíos para denotar algo importante, solemne, que se iba a anunciar. La encontramos al principio del Sermón del Monte (**Mt 5:2**) y cuando Pedro se dispone a hablar a los gentiles en casa de Cornelio (**Hch 10:34**) y véase también (**Sal 81:10**), que trata del testimonio profético de Israel, la razón de ser primordial de su vocación divina. Así es *“el misterio del Evangelio”*, todo lo que Dios ha hecho en Cristo para los hombres, oculto a las generaciones anteriores, pero ahora ofrecido para la revelación y proclamación de la justificación a todo aquel que cree.

Pablo no solicita oración a favor de su liberación física del encarcelamiento; siendo *“prisionero de Jesucristo”* (**Ef 3:1**) (**Ef 4:1**), eso lo puede dejar en manos de su Señor, no estando seguro de si es o no la voluntad divina, como se ve en (**Fil 1:22-26**), que tratan de la misma situación. Pero en medio de estas circunstancias harto incómodas, desea glorificar a su Señor mediante el cumplimiento fiel de la misión que le ha encomendado.

Tampoco pide que se ore por resultados, es decir, por un éxito manifiesto de la predicación medido por el número de personas visiblemente afectadas, como pasa a menudo hoy en día. Le basta pedir que Dios esté plenamente en cada oportunidad, por su

Palabra y su Espíritu, y que él sea liberado de la tentación especial que puede sobrevenir a una persona en semejante situación comprometida: mantener la boca cerrada para no provocar más oposición, o decir sólo cosas agradables que no ofendan los oídos, como hacían los falsos profetas de antaño (**Jer 23:16-17,21-22,32**) (**Jer 27:14-16**).

Una mirada somera a (**Hch 28:20**) bastará para convencernos de que su oración fue contestada plenamente, durante todo el tiempo que duraron sus prisiones, tanto en cuanto al denuedo que deseaba manifestar, como la palabra apropiada para cada ocasión, cada visita, cada carta.

## Epílogo: saludos y bendición final (Ef 6:21-24)

Probablemente las referencias tan personales que cierran la epístola —que a primera vista parecen contradecir la conclusión antes comentada de que la carta era una circular plasmada en términos generales— tendrían en cuenta más bien aquellas personas en las iglesias de Asia que sí conocerían a Pablo personalmente y desearían noticias frescas acerca de él. Pero para no añadir más detalles de esta índole en este tipo de escrito, el apóstol optó por un procedimiento que satisfaría a todos: escribir la enseñanza en la epístola, con sólo las referencias personales más imprescindibles para el desarrollo de su argumento, y reservar detalles más íntimos para los informes personales que proporcionaría verbalmente el portador de la carta.

### 1. Tíquico, colaborador del apóstol

Hay muy pocas referencias a este miembro del “equipo” apostólico (**Hch 20:4**) (**Col 4:7-8**) (**2 Ti 4:12**) (**Tit 3:12**), pero la descripción de él que tenemos aquí, en unas frases lapidarias, es elocuente. El apóstol le tiene un gran afecto —es el “*hermano amado*”—, lo cual habla de un alto grado de compenetración y de identidad de carácter y propósito entre los dos hombres. Es, además, un “*ministro fiel*”, que colabora con entusiasmo en las tareas del Evangelio, a las órdenes y según la visión peculiar del gran estratega espiritual. Como Timoteo, estaría empapado de la manera de ser —la conducta y los métodos de Pablo—, cual se ve que éste esperaba de sus colegas (**1 Co 4:16-17**) (**2 Ti 3:10-17**).

En esta ocasión sirve como portador de una o varias cartas (véase la Introducción) y de noticias personales que daría oralmente en las iglesias destinatarias. Y todo lo realizaba, no por ser un admirador, o mero entusiasta, o seguidor de Pablo en un plano humano (aunque seguramente lo sería), sino “*en el Señor*”; o sea, con una convicción plena que al servir al apóstol, servía al Señor y su causa en primer lugar. Por eso, podría traer verdadero consuelo a los hermanos que esperaban ansiosamente noticias de “su” apóstol.

Era un gran honor ministrar al Señor y a los suyos de esa manera, pero cuando consideramos, por encima aun de estos toques personales, el sublime contenido de la carta (o cartas, si portaba las de Colosenses y Filemón también), el privilegio y el honor que le cupieron se multiplicaban mil veces. Gracias a Dios por todos los “Tíquicos” humildes y fieles que han servido y sirven a los siervos y al pueblo de Dios; su galardón será muy grande.

### 2. El saludo final (Ef 6:23-24)

¡Cuán interesante, por original, es este saludo, distinto a todos los demás de las cartas paulinas! Su carácter general se advierte por la fórmula “*Paz a los hermanos... de Dios Padre y del Señor Jesucristo*”, que hace eco de (**Ef 1:2**), pero que no especifica nombres ni situaciones locales. Difiere notablemente de los saludos apostólicos normales por algunas frases aditivas que pasamos a examinar.

“Amor con fe”. El amor ya ha jugado un papel destacado a lo largo de la carta, y Pablo la cierra con nada menos que tres referencias en el corto espacio de dos versículos. No es fácil entender el significado exacto de la frase “*amor con fe*” en el contexto de un saludo, y quizá es mejor tomarlo en el sentido de “amor fiel” o “leal”. Puede que se refiere a su amor constante para con ellos, a pesar de las circunstancias difíciles por las que pasaba, pero es más probable que se refiere al amor de Dios, que no cambia nunca e informa todo su gran Plan de los siglos, pese a la oposición furiosa de los demonios y los hombres rebeldes.

“*Los que aman... con amor inalterable*” (“*imperecedero*”, V. H. A., “*incorruptible*”, B. L. A.). ¿Por qué esta reiteración aquí, como toque final al escrito? ¿Es una insinuación o indirecta, acaso, dirigida contra algunas personas que, a juicio de Pablo, necesitaban ser reprendidas por su falta de amor hacia él u otros, en alguna situación concreta que sólo ellas y el apóstol conocían? No lo creemos así, por el carácter general de la carta y por la manera de ser del apóstol, que no solía andar con indirectas ni rodeos cuando hacía falta corregir públicamente a alguien que había ofendido. Más bien responden estas palabras a la consciencia de Pablo de que, por propia experiencia, cuando el enemigo “aprieta las tuercas” de oposición contra los creyentes, es muy fácil que el fervor, el amor y la lealtad que todos deben al Señor y a sus hermanos, se enfríen, entrando en juego entonces el olvido, la desgana espiritual y el egoísmo que sólo busca lo suyo y no tiene en cuenta los sufrimientos y necesidades de los demás. Es de humanos pecar, se dice, pero de creyentes consecuentes es el ser fieles a la vocación celestial recibida, que implica una preocupación mutua, mostrada por la intercesión unos por otros, el intercambio de noticias y el acordarse en amor de los hermanos, según sea su situación particular (**He 13:1-3**). O sea, este versículo último es todo un ruego, toda una exhortación o provocación (en el buen sentido de la palabra) “*al amor y a las buenas obras*” (**He 10:24**).

Para los que así corresponden con fidelidad y amor al amor de Dios manifestado en el gran Plan de los siglos que el apóstol ha tratado tan magistralmente en la carta, hay la seguridad de aquella gracia divina, su auxilio abundante para toda necesidad que pueda presentarse. Y esta gracia no será recibida en vano (**2 Co 6:1**), sino que los alcanzará en plenitud, si los lectores —de entonces y de hoy— tomamos en cuenta lo que se espera de cada uno de ellos, echando mano de los recursos divinos en el Espíritu, en la Palabra y en la comunión de los santos, para llevar a cabo cada uno su parte en la tarea común del Evangelio. Sólo el amor que es fruto de las poderosas operaciones del Espíritu de Dios en el corazón obediente, el amor sin mezcla, de calidad eterna, puede resistir el fuego de la prueba que el enemigo constantemente maneja y aviva, pero el resultado será el cumplimiento de aquella meta que Pablo colocó al final de su oración en el capítulo 3: “... *gloria (a Dios) en la Iglesia, en Cristo Jesús, por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*”.

## Temas para meditar y recapacitar

1. ¿Qué importancia tienen los versículos 10-20 en el contexto del resto de la carta? Comente sobre la figura de la “*armadura de Dios*”, destacando las enseñanzas principales.
2. Haga un breve comentario de los versículos 21-24, contrastando sus rasgos más originales con otros saludos finales de las cartas de Pablo. ¿De qué manera proveen un final acorde con el tema de la epístola?

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).